

CUENTOS

DE

BUENAS
NOCHES

PARA

ADULTOS
ESTRESADOS

INTRODUCCIÓN DE
LUCY
MANGAN

CUENTOS

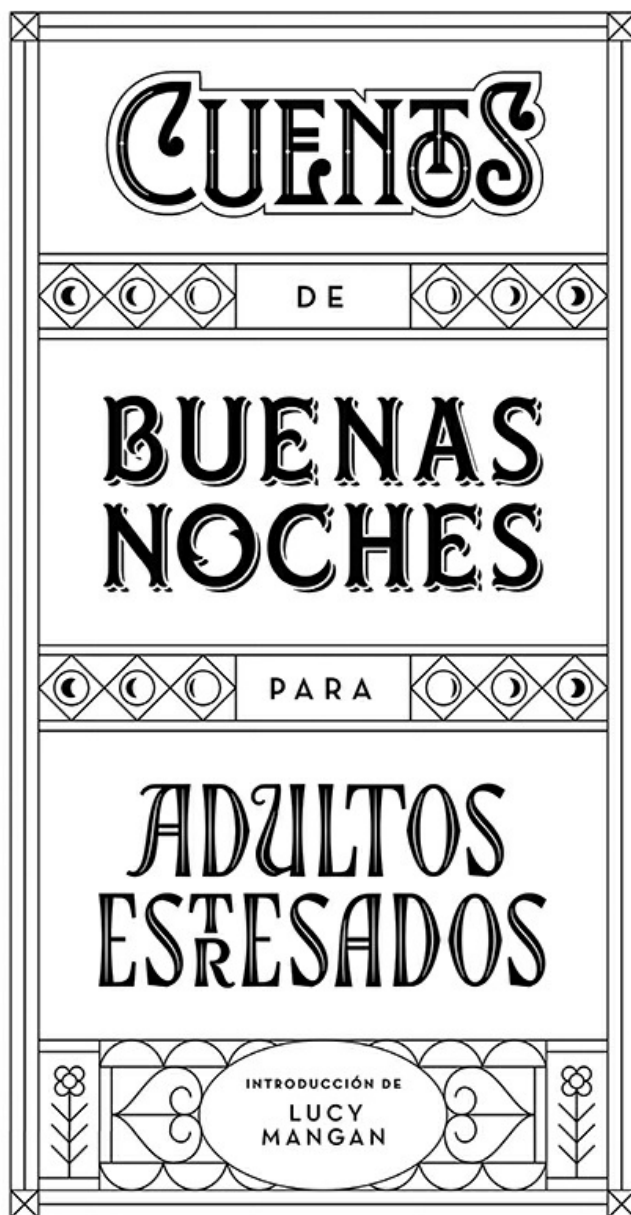
DE

BUENAS
NOCHES

PARA

ADULTOS
ESTRESADOS

INTRODUCCIÓN DE
LUCY
MANGAN



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Introducción de Lucy Mangan



Recuerdas lo que era leer de niño? Aquella maravillosa facilidad para sumergirte en un libro, para pasar sin darte cuenta de la realidad a la imaginación. Te sentabas en el sofá mientras Cair Paravel, jardines olvidados, zonas costeras canadienses, campos cubiertos de helechos, ruinas misteriosas, praderas de Minnesota y cordilleras suizas surgían a tu alrededor, y acompañabas en sus aventuras a heroínas pelirrojas, perros fieles, leones que hablaban, fantasmas, brujas y niños como tú, pero que no habían tenido la desgracia de nacer en el aburrido aquí y ahora, hasta que te llamaban para que fueras a cenar o a dormir y volvías a tu vida cotidiana.

Yo lo recuerdo bien y daría mucho por recuperarlo. Aunque quizá no tanto como por recuperar la facilidad para dormir que tenía de niña. Es cierto que odiaba meterme en la cama —que me llamaran para cenar estaba bien, pero a lo otro le temía, porque... a saber cuánto iban a divertirse los mayores sin mí—, pero, ya en la cama, la paz y el calor se apoderaban rápidamente de mí y me deslizaba del mundo de los despiertos a la tierra de Morfeo con la misma facilidad que desde Catford a la Academia Cackle para brujas.

Como casi todo en la vida, la alegría del sueño profundo y de sumergirse en la lectura se pierde en la juventud. Y ahora, como adultos, es cuando más necesitamos sus propiedades reparadoras. Imagínate un mundo en el que te metieras en la cama y... te durmieras. Simplemente te durmieras. Sin pasarte una hora dando vueltas a lo que ha sucedido durante el día, quizá actualizando tu tabla mental de éxitos y fracasos personales (divido la mía en las siguientes categorías: «profesionales», «domésticos», «maternales» y «filiales», para que me resulte más fácil acceder a ella y flagelarme mentalmente por temas concretos; estoy tan ocupada que no me puedo permitir dispersarme cuando me autocondeno) y prometiéndote hacerlo mejor mañana. Sin tener que hacer la lista de tareas para el día siguiente, trazar un plan para la semana y cotejarlo con el plan mensual que tienes en mente (¿por qué no dejas una libreta junto a la cama?, grita tu implacable crítico interno marcando otra cruz en la columna de fallos domésticos). Sin repasar la lista de

preocupaciones menores y mayores (desde el lavavajillas roto hasta el inevitable cáncer, pasando por el calentamiento global) hasta por fin quedarte dormido de puro agotamiento psicológico.

Imagínate leyendo un libro sin una lista como esta de responsabilidades que expulsa las palabras de tu cerebro, sin una avalancha de ansiedad que derriba el mundo de la ficción en cuanto empiezas a construirlo.

Este libro es un pequeño intento de recrear aquellas alegrías perdidas para —como dice el título— adultos estresados, enloquecidos por las exigencias de la casa, la familia, el trabajo y los límites, inevitablemente porosos, entre los tres. Que, por supuesto, están iluminadas por la fría luz azul de la pantalla del móvil, que, pese a nuestros esfuerzos, al parecer es lo primero que cogemos por la mañana y lo último que miramos —¿por qué?, ¿por qué nos hacemos esto?, ¿por qué?— por la noche. Los cuentos (o los extractos de libros que suponen en sí mismos un cuento) y poemas de este volumen pretenden detener por un momento las corrientes cruzadas de exigencias que fluyen sin cesar por la vida moderna y recuperar un poco de tranquilidad a última hora del día, de unos días cada vez más largos y frenéticos.

Deja que el ritmo de los poemas te arrulle («así que cierra los ojos mientras Mamá te canta / las maravillosas escenas / y verás todas las cosas hermosas / mientras te meces en el mar de niebla / donde el viejo zueco mecía al trío pescador: / Guiño / Párpado / y Cabezón»), deja que los cuentos te arrastren. La fuerza de un cuento de hadas como «Al este del sol y al oeste de la luna» funciona en todos nosotros de forma instintiva —pocas preocupaciones e irritantes molestias se resisten a su insistente tirón—, aunque mi gran amor siempre serán los mitos, aquí bellamente representados por la versión de Andrew Lang del momento más potente de todos ellos: la revelación de que Arturo es el rey, en «La extracción de la espada». Me gustaría quedarme dormida cada noche con la esperanza de que esta leyenda sea cierta y de que Arturo volverá para salvarnos en nuestro momento más oscuro. Lo cual, por cierto, metafóricamente, si no literalmente, sucede a las cuatro de la madrugada, como sabe todo aquel que alguna vez —por mala suerte, porque ha bebido demasiado o porque tiene un bebé— ha estado despierto a estas horas.

Pero todos nosotros podemos escapar de la rutina diaria, por supuesto, y volver sobre nuestros pasos infantiles. Aunque ya no puedas leer como un niño, puedes acercarte volviendo a leer lo que leías de niño. Por eso aquí tienes «La tía y Amabel», de E. Nesbit, cuya joven y desdichada protagonista entra en un armario desde el que se accede a otro mundo (¿y por qué no dejar que te distraigan los recuerdos de otros armarios-portales que has leído, conocido y amado? Es mucha mejor opción que enfadarte por la inminente huelga de metro, porque tienes que confeccionar un disfraz para el Día Nacional de la Tontería Inútil de la escuela o porque los maridos son incapaces de cambiar el rollo de papel higiénico) y donde encuentra simpatía y redención. O puedes volver a visitar a Heidi, que come carne ahumada y queso de cabra con su abuelo en la cabaña, acompañar a Ana de las Tejas Verdes y a Diana en su viaje a la ciudad para asistir a una

exposición o adentrarte en los rincones ocultos de Misselthwaite Manor con Mary y Dickon, y dejar que la mágica paz de «El jardín secreto» se apodere de ti una vez más. Con un poco de suerte, pronto rodarás como Alicia, que también aparece aquí, por la madriguera de la conciencia, aunque irás a parar a un paisaje no tan vigoroso como el que Lewis Carroll construyó para su niña.

Si la infancia no es un lugar al que huir, o el escapismo no es lo tuyo, este libro también tiene cuentos para ti. Si eres de esos adultos que precisan el consuelo adulto de compartir un destino en lugar de retirarse, lee «El cansancio de Rosabel», que repite mentalmente lo acontecido en la tienda en la que trabaja, modificándolo y mejorándolo a medida que avanza hasta caer en lo que promete ser, al menos por un breve tiempo, un sueño reparador. O deja que la elusión de la responsabilidad y el deseo de fugarse a los que sucumbe la protagonista y madre de cuatro hijos en «Un par de medias de seda» te provoque esas mismas sensaciones durante los magníficos minutos que tardas en leer su cuento, serenamente subversivo.

Cada cual tiene sus gustos, por supuesto, pero todos los relatos —ya sean prosa, poesía o un extracto de una obra más amplia— son la opción perfecta a la hora de irse a dormir por dos importantes razones. ¿Por qué? Porque son breves y estamos cansados, y porque cuentan historias.

Tengamos la edad que tengamos, las historias nos tranquilizan. Las historias son lo que los psicólogos llaman «una actividad mental primaria». En otras palabras, narrando damos sentido al mundo. No estamos diseñados para experimentar la vida como una serie aleatoria de acontecimientos aislados que actúan sobre nosotros. Si nos pensáramos a nosotros mismos como un conjunto cualquiera de datos en un universo indiferente (aunque parece que esta cruel verdad suele presentarse a las cuatro de la madrugada, como decíamos antes), nos volveríamos locos. Así que relacionamos, inferimos causalidad, predecimos, atribuimos, convertimos en anécdota... y seguimos adelante.

Historias creadas deliberadamente, trabajadas, planificadas y pulidas para que sean más perfectas y nos ofrezcan una satisfacción narrativa y un final claro, que la vida, por más que nos esforcemos, rara vez nos proporciona. Las de este libro lo hacen en pocas páginas o versos. Desafío a cualquiera a cerrar el libro tras el delicado ciclo vital de «El gigante egoísta», de Oscar Wilde, del brillante rigor de «Las ventanas de oro», de Laura E. Richards, o de la obra maestra de O. Henry «El regalo de los Reyes Magos» (cuyas partes, elaboradas con especial precisión, se ensamblan y ronronean como el motor de un Rolls Royce), sin suspirar profundamente de satisfacción.

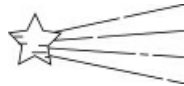
En una época en la que la existencia en general parece definida —o al menos circunscrita— por la cantidad de cosas que se quedan sin hacer (la lista de tareas pendientes nunca se termina, las tareas más duras se pudren como la porquería en un lavavajillas roto porque llamar al fontanero sigue en la lista de tareas pendientes, y lo peor es que mis amigas más mayores me dicen que, pese

a mis esperanzas, nunca creeré que he terminado de criar a mis hijos, aunque no sea del todo bien), ¿qué mejor manera de acabar el día que leyendo un cuento entero? Escapa, y luego termina con un logro sólido en la vida real.

Disfruta del cuento que elijas. Ojalá esta noche todos durmamos felices.

El regalo de los Reyes Magos

O. HENRY



Un dólar y ochenta y siete centavos. Eso era todo. Y de los ochenta y siete centavos, sesenta estaban en peniques. Peniques ahorrados de uno en uno o de dos en dos intimidando al tendero, al frutero y al carnicero hasta que la silenciosa acusación de avaricia que suponía aquel regateo hacía que les ardieran las mejillas. Della lo contó tres veces. Un dólar y ochenta y siete centavos. Y el día siguiente era Navidad.

Estaba claro que poco podía hacer, aparte de dejarse caer en el raído sofá y lamentarse. Y eso hizo Della. Lo que lleva a la reflexión moral de que la vida consiste en llantos, sollozos y sonrisas, aunque mayormente en sollozos.

Mientras la mujer se calma un poco, echemos un vistazo a la casa. Un piso amueblado por el que pagan ocho dólares por semana. No era exactamente la imagen de la pobreza, pero sin duda así lo habría descrito la patrulla antimendigos de la policía.

Abajo, en la entrada, había un buzón al que no llegaba ninguna carta, y un timbre al que ningún dedo humano se decidía a llamar. Junto al timbre, una tarjeta en la que ponía: «Sr. James Dillingham Young».

El «Dillingham» había llegado allí transportado por la brisa de un anterior período de prosperidad, cuando el susodicho cobraba treinta dólares semanales. Aunque ahora que sus ingresos se habían reducido a veinte, pensaban seriamente en sustituirlo por una humilde y discreta «D». Pero cada vez que el señor James Dillingham Young llegaba al edificio y subía a su casa, la señora de James Dillingham Young, a la que ya hemos presentado como Della, lo llamaba «Jim» y le daba un fuerte abrazo. Y todo eso está muy bien.

Della dejó de llorar y se empolvó las mejillas. Se acercó a la ventana y observó sombríamente un gato gris que caminaba por la verja gris de un patio gris. El día siguiente era Navidad, y solo

tenía un dólar con ochenta y siete centavos para comprarle un regalo a Jim. Llevaba meses ahorrando todos los peniques que podía, y este era el resultado. Veinte dólares semanales no dan para mucho. Había tenido más gastos de los previstos. Como siempre. Solo un dólar y ochenta y siete centavos para comprarle un regalo a Jim. A su Jim. Había pasado muchas horas felices pensando en algo bonito para él. Algo elegante, excepcional y valioso, algo que mereciera mínimamente el honor de ser propiedad de Jim.

Entre las ventanas había un gran espejo. Quizá hayáis visto un gran espejo en un piso de ocho dólares. Una persona muy delgada y ágil que observara su reflejo rápidamente, de arriba abajo, se haría una idea bastante exacta de su aspecto. Como Della era esbelta, dominaba el arte de mirarse en aquel espejo.

De repente se apartó de la ventana y se colocó delante del espejo. Le brillaban los ojos, pero al cabo de veinte segundos su rostro perdió el color. Se soltó rápidamente el pelo y lo dejó caer en toda su longitud.

Los Dillingham tenían dos cosas de las que estaban muy orgullosos. Una era el reloj de oro de Jim, que había sido de su padre y de su abuelo. La otra era el pelo de Della. Si la reina de Saba hubiera vivido en el piso de enfrente, algún día Della habría puesto a secar su pelo colgándolo de la ventana solo para mostrar su desprecio por las joyas y los dones de Su Majestad. Si el rey Salomón hubiera sido el portero, con todos sus tesoros amontonados en el sótano, Jim habría sacado su reloj cada vez que pasara solo para verlo arrancándose la barba de envidia.

Y ahora la hermosa melena de Della caía sobre sus hombros ondeando como una cascada de aguas castañas. Le llegaba por debajo de la rodilla y casi la cubría como una prenda de ropa. Luego se la volvió a recoger rápidamente, muy nerviosa. Dudó un minuto y se quedó inmóvil. Un par de lágrimas cayeron sobre la raída alfombra roja.

Se puso su vieja chaqueta marrón y su viejo sombrero marrón. Su falda formó un torbellino al dirigirse a la puerta y, con los ojos aún brillantes, bajó las escaleras y salió a la calle.

Se detuvo ante un cartel que decía: «Madame Sofronie. Todo tipo de artículos para el cabello». Della subió rápidamente. Una vez arriba, jadeando, intentó calmarse. La mujer, alta, demasiado blanca y distante, no parecía «Madame Sofronie».

—¿Le interesa comprar mi pelo? —le preguntó Della.

—Compro pelo —le contestó la mujer—. Quítese el sombrero para que lo vea.

Della soltó la cascada de color castaño.

—Veinte dólares —le dijo la mujer levantando la melena con mano experta.

—Démelos inmediatamente —le dijo Della.

Oh, y las siguientes dos horas volaron con alas rosadas. No me tengáis en cuenta la trillada metáfora. Della revolvió una tienda tras otra en busca de un regalo para Jim.

Por fin lo encontró. Sin duda estaba hecho para Jim, y para nadie más. No había visto nada

igual en ninguna de las tiendas anteriores, y eso que las había revuelto de arriba abajo. Era una cadena de reloj de platino, sencilla y clásica, que proclamaba su valor por el material en sí, no mediante adornos ostentosos, como suele suceder con los objetos de valor. Era digna del reloj. En cuanto la vio supo que debía ser de Jim. Era como él. De los dos podía decirse que eran discretos y valiosos. Le pidieron veintiún dólares por ella, y Della volvió corriendo a casa con los ochenta y siete centavos restantes. Con aquella cadena en el reloj, Jim no podría dejar de mirar la hora, estuviera con quien estuviese. Porque, aunque el reloj era excelente, a veces lo miraba a escondidas porque en lugar de cadena utilizaba un viejo cordón de cuero.

Cuando Della llegó a casa, su entusiasmo dio paso a cierta prudencia y sensatez. Cogió el rizador de pelo, lo encendió y empezó a reparar los estragos causados por la generosidad y el amor. Y esa siempre es una labor tremenda, amigos míos, una labor gigantesca.

Cuarenta minutos después su cabeza estaba cubierta de diminutos rizos que la hacían parecer un colegial olgazán. Observó su reflejo en el espejo con mirada atenta y crítica.

«Si Jim no me mata —se dijo—, nada más verme dirá que parezco una corista de Coney Island. Pero ¿qué podía hacer? Oh, ¿qué podía hacer con un dólar y ochenta y siete centavos?»

A las siete en punto de la tarde el café estaba preparado, y la sartén estaba al fondo de la cocina, caliente y preparada para freír las chuletas.

Jim nunca llegaba tarde. Della apretó en la mano la cadena del reloj y se sentó junto a la esquina de la mesa más cercana a la puerta por la que siempre entraba su marido. Oyó sus pasos en la escalera y por un momento empalideció. Solía rezar mentalmente breves oraciones por las cosas más cotidianas, y ahora susurró: «Dios mío, que crea que sigo siendo hermosa».

La puerta se abrió, y Jim entró y la cerró. Parecía débil y muy serio. Pobre hombre. Con solo veintidós años tenía que cargar con el peso de una familia. Necesitaba un abrigo nuevo y no tenía guantes.

Jim se detuvo y se quedó inmóvil como un setter que acaba de olfatear una codorniz. Sus ojos se clavaron en su mujer con una expresión que Della no supo interpretar y que la aterrorizó. No era enfado, ni sorpresa, ni desaprobación, ni horror, ni ninguno de los sentimientos para los que se había preparado. Se limitó a mirarla fijamente con aquella extraña expresión en su rostro.

Della se levantó de la mesa y se dirigió hacia él.

—Jim, cariño —le dijo—, no me mires así. Me he cortado el pelo y lo he vendido porque no habría soportado que te quedaras sin regalo de Navidad. Volverá a crecer. No te importa, ¿verdad? He tenido que hacerlo. El pelo me crece muy rápido. Jim, dime «¡Feliz Navidad!» y seamos felices. No te imaginas el regalo tan bonito... tan hermoso que te he comprado.

—¿Te has cortado el pelo? —le preguntó Jim con dificultad, como si no pudiera entender algo tan evidente ni haciendo un gran esfuerzo mental.

—Me lo he cortado y lo he vendido —le contestó Della—. Pero te gusto igual, ¿verdad? Sin mi

pelo sigo siendo la misma, ¿no?

Jim observó la sala con curiosidad.

—¿Dices que tu pelo ha desaparecido? —le preguntó con expresión casi idiota.

—No lo busques —le dijo Della—. Te he dicho que lo he vendido. Lo he vendido, y sí, ha desaparecido. Es Nochebuena. Sé bueno conmigo, porque lo he hecho por ti. Quizá los pelos de mi cabeza podían contarse —siguió diciendo con repentina dulzura—, pero nadie podría contar lo mucho que te quiero. ¿Frío las chuletas, Jim?

Jim pareció despertar rápidamente de su trance. Abrazó a su Della. Seamos discretos, giremos la mirada y observemos durante diez segundos cualquier objeto intrascendente. Ocho dólares por semana o un millón al año... ¿cuál es la diferencia? Un matemático o un hombre sensato os daría una respuesta errónea. Los Reyes Magos llevaron regalos valiosos, pero este no estaba entre ellos. Esta oscura afirmación se aclarará más adelante.

Jim sacó un paquete del bolsillo de su abrigo y lo dejó en la mesa.

—No te equivoques conmigo, Dell —le dijo—. Me temo que ningún corte de pelo, afeitado o champú podría conseguir que mi chica me gustara menos. Pero si abres este paquete verás por qué al principio me costaba creerte.

Los blancos y ágiles dedos de Della rasgaron la cinta y el papel. Se oyó un grito de alegría. Y entonces, ay, el entusiasmo de la mujer dio paso a las lágrimas y a los lamentos histéricos, lo que exigió el inmediato despliegue de toda la capacidad de consuelo del hombre de la casa.

Porque ahí estaban las peinetas, el juego de peinetas, una al lado de la otra, que Della llevaba mucho tiempo admirando en un escaparate de Broadway. Unas peinetas muy bonitas, de carey, decoradas con piedras preciosas y en un tono que combinaba perfectamente con el hermoso pelo desaparecido. Como sabía que eran muy caras, se había limitado a suspirar por ellas y a desearlas sin la menor esperanza de poseerlas. Y ahora eran suyas, aunque los mechones que deberían haber adornado los tan ansiados ornamentos habían desaparecido.

Pero Della los estrechó contra su pecho, al final levantó la cabeza, con los ojos húmedos y una sonrisa, y dijo:

—¡Jim, el pelo me crece muy rápido! —Se levantó de un salto, como un gatito chamuscado, y gritó—: ¡Oh, oh!

Jim aún no había visto su bonito regalo. Della, nerviosa, abrió la palma de la mano y se lo tendió. El metal precioso, mate, pareció reflejar su alma, brillante y ardiente.

—¿Verdad que es preciosa, Jim? He buscado por toda la ciudad hasta encontrarla. Ahora tendrás que mirar la hora cien veces al día. Dame el reloj. Quiero ver cómo queda.

En lugar de obedecerla, Jim se dejó caer en el sofá, se llevó las manos a la nuca y sonrió.

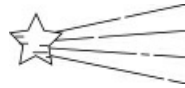
—Dell —le dijo—, guardemos nuestros regalos de Navidad durante un tiempo. Son demasiado bonitos para utilizarlos ahora mismo. He vendido el reloj para comprarte las peinetas. Así que

supongo que lo mejor será que frías ya las chuletas.

Como sabéis, los Reyes Magos fueron hombres sabios —hombres maravillosamente sabios— que llevaron regalos al Niño en el pesebre. Inventaron el arte de hacer regalos en Navidad. Como eran sabios, sin duda sus regalos también lo eran, y seguramente contaban con la ventaja de que podían cambiarse en caso de tenerlos repetidos. Y aquí os he contado con torpeza la sencilla historia de dos jóvenes atolondrados que insensatamente sacrificaron el uno por el otro los mayores tesoros de su casa. Pero, para terminar, digamos a los sabios de hoy en día que de todas las personas que hacen regalos, Della y Jim fueron las más sabias. De todos aquellos que hacen y reciben regalos, ellos son los más sabios. Los más sabios del mundo. Ellos son los Reyes Magos.

El ratón

SAKI



ATheodoric Vler lo había criado, desde la infancia hasta casi la madurez, una madre cariñosa cuya principal preocupación había sido protegerlo de lo que ella llamaba las zafias realidades de la vida. Al morir, dejó a Theodoric solo en un mundo que era tan real como siempre, y mucho más zafio de lo que a él le parecía necesario. Para un hombre de su carácter y educación, incluso un simple viaje en tren estaba colmado de pequeñas molestias y disonancias menores, y una mañana de septiembre, mientras se instalaba en un compartimento de segunda clase, fue consciente de que se sentía confundido y mentalmente alterado en general.

Había vivido en la casa de un vicario rural cuyos habitantes sin duda no habían sido crueles ni orgiásticos, pero la supervisión doméstica era tan permisiva que invitaba al desastre. No habían solicitado para la hora prevista el carruaje que debía llevarlo a la estación, así que cuando llegó el momento de marcharse, el mozo que debía ocuparse del tema no había aparecido. Ante tal situación de emergencia, Theodoric, para su mudo pero enorme disgusto, se vio obligado a colaborar con la hija del vicario en la labor de enganchar al poni, lo que le exigió moverse a tientas por una dependencia anexa escasamente iluminada que llamaban «establo» y que olía como un establo, salvo en algunas zonas, en las que olía a ratón. Aunque en realidad a Theodoric no le daban miedo los ratones, los clasificaba entre los incidentes más zafios de la vida, y consideraba que la Providencia, con un pequeño esfuerzo de valentía moral, bien podría haber reconocido hacía mucho tiempo que no eran indispensables y haberlos retirado de la circulación.

Mientras el tren dejaba atrás la estación, la nerviosa imaginación de Theodoric lo acusó de despedir un ligero olor a establo y seguramente de exhibir un par de pajitas mohosas en su traje, siempre tan bien cepillado. Por suerte, la única persona que viajaba en el compartimento además de él, una mujer de aproximadamente su misma edad, parecía más inclinada a dormir que a

escudriñar. El tren no iba a detenerse hasta llegar a la estación terminal, en más o menos una hora, y se trataba de un tren antiguo, cuyos compartimentos no se comunicaban mediante un pasillo, de modo que no era probable que otros viajeros irrumpieran en la semiprivacidad de Theodoric. Pero el tren apenas había alcanzado su velocidad normal cuando fue del todo consciente, a su pesar, de que no estaba a solas con la mujer dormida. Ni siquiera estaba a solas dentro de su ropa.

Un movimiento cálido que le recorría la piel delató la desagradable y muy molesta presencia, invisible aunque turbadora, de un ratón extraviado, que evidentemente se había refugiado allí durante el episodio de enganchar al poni. Ni las sacudidas y los golpecitos furtivos, ni los pellizcos feroces lograron desalojar al intruso, cuyo lema parecía ser «Excelsior». Y el legítimo ocupante de la ropa se recostó contra el asiento e intentó de inmediato dar con la manera de acabar con aquella propiedad compartida. Ni se le pasaba por la cabeza seguir durante toda una hora en calidad de albergue para ratones vagabundos (su imaginación ya había elevado como mínimo al doble la cantidad de invasores). Por otra parte, solo algo tan drástico como quitarse parte de la ropa lo libraría de aquel tormento, pero la idea de desnudarse en presencia de una dama, incluso por una razón tan loable, hizo que las orejas le ardieran de humillante vergüenza. Jamás se había atrevido a mostrar siquiera en parte unos calcetines calados en presencia del bello sexo. Pero en este caso la mujer parecía profundamente dormida. El ratón, por su parte, parecía querer concentrar todo un año de viaje de aprendizaje en unos agotadores minutos. Si hay algo de cierto en la teoría de la reencarnación, sin duda aquel ratón había sido miembro de un club alpinista en otra vida. A veces, impaciente, perdía pie y resbalaba un centímetro, y después, asustado, o con más probabilidad enfadado, le pegaba un mordisco. Theodoric tenía ante sí la empresa más audaz de su vida. Colorado como un tomate y sin dejar de lanzar agónicas miradas a su adormecida compañera de viaje, ató rápida y silenciosamente los extremos de su manta a los portaequipajes a ambos lados del compartimento, de modo que quedó dividido por una gran cortina. En el estrecho vestidor que acababa de improvisar, procedió a toda prisa a liberarse en parte de las envolturas de tweed y de lana, y del ratón por completo.

Cuando el ratón, liberado, saltó con brusquedad al suelo, la manta, que se había soltado por ambos lados, cayó también con un ruido sordo que le heló la sangre, y casi en ese mismo instante la mujer se despertó y abrió los ojos. Con un movimiento casi más rápido que el del ratón, Theodoric cogió la manta, cubrió su desnudo cuerpo hasta la barbilla con sus grandes pliegues y se desmoronó en el rincón del compartimento más alejado de ella. La sangre le corría y le latía por las venas del cuello y de la frente mientras, sin decir una palabra, esperaba a que su compañera de viaje tirara de la alarma. Pero la mujer se limitó a observar en silencio a su compañero, extrañamente envuelto en una manta. Theodoric se preguntó qué habría visto. Y, en cualquier caso, ¿qué demonios debía de estar pensando de su situación actual?

—Creo que he cogido frío —comentó desesperado.

—Lo siento mucho —le contestó la mujer—. Precisamente iba a pedirle que abriera la ventana.

—Supongo que es malaria —añadió con un ligero castañeteo de dientes, tanto de miedo como para apoyar su teoría.

—Llevo un poco de brandy en la bolsa. ¿Sería tan amable de bajármela? —le dijo a su compañero.

—Por nada del mundo... Quiero decir que nunca tomo nada para la malaria —le aseguró muy serio.

—Supongo que la pilló en los trópicos...

Theodoric, cuya relación con los trópicos se limitaba a una caja de té que un tío suyo que vivía en Ceilán le regalaba cada año, sintió que incluso la malaria lo abandonaba. ¿Sería posible contarle poco a poco lo que realmente había sucedido?, se dijo.

—¿Le dan miedo los ratones? —le preguntó ruborizándose aún más, si es que era posible.

—No, si no son muchos. ¿Por qué me lo pregunta?

—Ahora mismo tenía uno corriendo por dentro de mi ropa —le contestó Theodoric con una voz que apenas le pareció la suya—. Ha sido una situación muy incómoda.

—Debe de haberlo sido, si lleva ropa ajustada —observó la mujer—. Aunque los ratones tienen ideas extrañas sobre la comodidad.

—He tenido que quitarme la ropa mientras usted dormía —siguió diciéndole Theodoric. Y tras tragar saliva añadió—: Deshacerme del ratón ha sido lo que me ha llevado... a esto.

—Seguro que no cogerá frío por librarse de un ratoncito —le dijo la mujer con una ligereza que a Theodoric le pareció abominable.

Era evidente que la mujer se había dado cuenta de que estaba en apuros y disfrutaba de su confusión. Parecía que toda la sangre de su cuerpo se había concentrado en el rubor de su cara, y la agonía de la humillación, peor que mil ratones, le recorrió el alma. Y luego, cuando la reflexión empezó a afirmarse, la humillación dio paso al puro terror. Cada minuto que pasaba, el tren se acercaba más a la concurrida y bulliciosa estación terminal, donde decenas de miradas indiscretas sustituirían a los dos ojos paralizantes que lo observaban desde el rincón más alejado del compartimento. Había una pequeña y desesperada posibilidad, que se decidiría en los siguientes minutos. Su compañera de viaje podía volver a sumirse en un feliz sueño. Pero a medida que transcurrían los minutos, esa posibilidad se desvanecía. La mirada furtiva que Theodoric le lanzaba de vez en cuando le permitía confirmar que ni siquiera pestañeaba.

—Creo que ya debemos de estar cerca —le comentó la mujer.

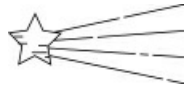
Theodoric ya había observado, con creciente terror, los recurrentes grupos de pequeñas y feas viviendas que anunciaban el final del trayecto. Las palabras de la mujer fueron la señal. Como un animal acorralado que sale de su refugio y corre como un loco en busca de otro lugar donde ponerse a salvo momentáneamente, apartó la manta y se abalanzó con frenesí hacia su desaliñada

ropa. Era consciente de las anodinas estaciones de las afueras de la ciudad que desfilaban por la ventana, de la sensación de ahogo que le golpeaba la garganta y el corazón, y del silencio helado en el rincón que no se atrevía a mirar. Luego, al volver a dejarse caer en su asiento, vestido y casi delirando, el tren redujo la velocidad, se detuvo por fin y la mujer habló.

—¿Sería tan amable de ir a buscar a un mozo para que me acompañe a un carruaje? —le preguntó—. Lamento mucho molestarlo sabiendo que se encuentra usted mal, pero cuando una es ciega se siente muy desamparada en una estación de tren.

Al este del sol y al oeste de la luna

ANDREW LANG



Érase una vez un pobre campesino que tenía muchos hijos, pero poca comida y poca ropa que ofrecerles. Todos sus hijos eran muy guapos, pero la más hermosa de todos era su hija menor, que era tan hermosa que su belleza no tenía límites.

Un día —era un jueves de otoño, por la noche, fuera hacía muy mal tiempo, estaba terriblemente oscuro, llovía a mares y el viento soplaba con tanta fuerza que las paredes de la cabaña no dejaban de temblar— estaban todos sentados junto a la chimenea, cada uno ocupado en su labor, cuando de repente alguien llamó tres veces al cristal de la ventana. El hombre salió a ver qué pasaba y vio a un gran oso blanco.

—Buenas noches —le dijo el oso.

—Buenas noches —le contestó el hombre.

—¿Me entregarías a tu hija menor? —le preguntó el oso—. Si aceptas, serás tan rico como pobre eres ahora.

Lo cierto es que el hombre no habría tenido nada que objetar a la oferta de ser rico, pero pensó: «Antes tengo que preguntárselo a mi hija», así que entró en la cabaña y contó a su familia que fuera había un gran oso blanco que le había prometido hacerlos ricos a cambio de la hija menor.

La muchacha dijo que no, que ni se le ocurriera, así que el hombre volvió a salir y le pidió al oso que volviera el jueves siguiente y le daría la respuesta. Entonces el hombre intentó convencerla, y le habló tanto de lo ricos que serían y de lo bueno que sería para ella que al final la muchacha decidió irse con el oso; lavó y remendó todos sus harapos, se arregló lo mejor que pudo y se preparó para marcharse. Tenía poco que llevarse.

El siguiente jueves por la noche, el oso blanco fue a buscarla. La muchacha se sentó en su lomo con su hatillo y se marcharon. Cuando habían recorrido buena parte del camino, el oso blanco le

preguntó:

—¿Tienes miedo?

—No, no tengo miedo —le contestó la muchacha.

—Agárrate fuerte a mi pelo y así no correrás peligro —le dijo el oso.

Y así cabalgó lejos, muy lejos, hasta que llegaron a una gran montaña. El oso blanco dio unos golpecitos con los nudillos, se abrió una puerta y entraron en un castillo con muchas habitaciones iluminadas en las que brillaba el oro y la plata, y un gran salón con la mesa preparada, tan magnífica que costaría hacer entender a cualquiera cuán espléndida era. El oso blanco dio a la muchacha una campanilla de plata y le dijo que cuando necesitara cualquier cosa, no tenía más que tocar la campanilla, y lo que quisiera aparecería. Después de cenar, como era de noche, le entró sueño tras el viaje y pensó que le gustaría irse a la cama. Tocó la campanilla, y apenas la hubo hecho sonar, se encontró en una alcoba con una cama a su disposición, más bonita de lo que cualquiera podría desear. Tenía almohadas de seda y cortinas también de seda con ribetes de oro, y todo lo que había en la habitación era de oro o de plata. Pero cuando se acostó y apagó la luz, llegó un hombre y se tumbó a su lado, y resultó que era el oso blanco, que durante la noche se desprendía de su aspecto animal. Sin embargo, ella no lo veía, porque siempre llegaba cuando ya había apagado la luz y se marchaba antes de que hubiera amanecido.

Durante un tiempo todo fue bien y vivió feliz, pero después empezó a estar muy triste y afligida porque tenía que pasarse el día sola. Y también deseaba volver a casa con su padre, su madre y sus hermanos. El oso blanco le preguntó qué quería, y ella le contó que en la montaña se aburría, que tenía que ir a todas partes sola, que en la casa de sus padres estaban sus hermanos y que estaba tan triste porque no podía ir a verlos.

—Podemos solucionarlo —le dijo el oso— si me prometes que no hablarás con tu madre a solas, sino solo cuando los demás estén con vosotras. Te cogerá de la mano y querrá llevarte a una habitación para hablar contigo, pero bajo ningún concepto debes hacerlo, porque en ese caso los dos seremos muy infelices.

Un domingo llegó el oso blanco, le dijo que podían ir a ver a su padre y a su madre, y se pusieron en camino. La muchacha se sentó a lomos del oso y ambos recorrieron un larguísimo trayecto, lo que les llevó mucho tiempo, pero por fin llegaron a una gran granja blanca. Sus hermanos correteaban y jugaban, y era tan bonito que daba gusto verlos.

—Ahora tus padres viven aquí —le dijo el oso—, pero no olvides lo que te dije o los dos seremos muy desgraciados.

—No, no —le contestó la muchacha—, no lo olvidaré.

Y en cuanto llegó a la casa, el oso dio media vuelta y se marchó.

Al entrar en la casa de sus padres todos se alegraron infinitamente. Pensaban que nunca podrían agradecerle lo bastante lo que había hecho por ellos. Ahora tenían todo lo que querían y nada

podía ir mejor. Le preguntaron qué tal le iba a ella. La muchacha les contestó que a ella también le iba bien y que tenía todo cuanto quería. No sé qué más les contó, aunque seguro que no les dio demasiados detalles. Pero por la tarde, después de comer, sucedió lo que le había dicho el oso blanco. Su madre quiso hablar a solas con ella en su habitación. Pero la muchacha recordó lo que le había dicho el oso y no quiso ir.

—Lo que tengo que contarte puedo contártelo en cualquier momento —le contestó.

Pero su madre se las arregló para convencerla, y la muchacha se vio obligada a contarle todo. Así que le explicó que cada noche, después de apagar la luz, un hombre entraba en su habitación y se tumbaba a su lado, que nunca lo veía, porque siempre se marchaba antes del amanecer, que ella estaba muy triste y pensaba que sería muy feliz si pudiera verlo, que se pasaba el día sola y que se aburría mucho.

—¡Oh! —exclamó la madre, horrorizada—. ¡Seguramente estás durmiendo con un troll! Pero te contaré cómo puedes verlo. Escóndete una vela en el pecho. Cuando esté dormido, enciendes la vela y lo miras, pero ten cuidado de que no le caiga una gota de cera.

La muchacha cogió la vela, se la escondió en el pecho, y al atardecer el oso blanco volvió a buscarla. Cuando ya habían recorrido parte del camino, el oso le preguntó si había sucedido lo que él había previsto, y ella tuvo que admitir que sí.

—Si has hecho lo que quiere tu madre —le dijo—, nos harás a los dos muy desgraciados.

—No —le contestó la muchacha—. No he hecho nada.

Cuando la muchacha llegó a casa y se metió en la cama, sucedió lo de siempre. Un hombre entró en la habitación y se acostó a su lado. Pero en plena noche, cuando estuvo segura de que estaba dormido, se levantó, encendió la vela, la acercó a él y lo vio. Y era el príncipe más guapo que había visto jamás. Se quedó tan prendada de él que pensó que se moriría si no lo besaba de inmediato. Y lo besó. Pero mientras lo hacía, tres gotas de cera cayeron sobre su camisa, y se despertó.

—¿Qué has hecho? —le dijo—. Ahora los dos seremos desgraciados. Si hubieras esperado un año, yo habría sido libre. Mi madrastra me hechizó, y por eso durante el día soy un oso blanco, y por la noche un hombre. Pero ahora todo ha acabado entre nosotros. Tengo que dejarte y volver con ella. Vive en un castillo al este del sol y al oeste de la luna, en el que vive también una princesa con una nariz de tres palmos con la que tendré que casarme.

La muchacha lloró y se lamentó, pero fue en vano, porque el príncipe tenía que marcharse. Le preguntó si podía ir con él, pero él le dijo que no, que era imposible.

—Entonces dime el camino e iré a buscarte. Seguro que eso sí puedo hacerlo.

—Sí, puedes ir a buscarme —le dijo el príncipe—, pero no hay camino. Está al este del sol y al oeste de la luna, pero nunca lo encontrarás.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, tanto el príncipe como el castillo habían

desaparecido. Se descubrió a sí misma tumbada en la hierba, en medio de un tupido y oscuro bosque. A su lado estaba el hatillo de harapos con el que había salido de su casa. Se frotó los ojos para despertarse del todo, lloró hasta hartarse, se puso en marcha y caminó durante días y días hasta que por fin llegó a una gran montaña. Al pie de la montaña vio a una anciana jugueteando con una manzana de oro. La muchacha le preguntó si sabía el camino para llegar al príncipe que vivía con su madrastra en el castillo que se encontraba al este del sol y al oeste de la luna, y que iba a casarse con una princesa con una nariz de tres palmos.

—¿De qué lo conoces? —le preguntó la anciana—. Quizá seas la que debería haberse casado con él.

—Sí, soy yo —le contestó la muchacha.

—Así que eres tú... —le dijo la anciana—. No sé nada de él, aparte de que vive en un castillo situado al este del sol y al oeste de la luna. Tardarás mucho en llegar, si es que llegas, pero te prestaré mi caballo. Con él podrás llegar a la casa de mi vecina más cercana. Quizá ella pueda decirte algo. Cuando hayas llegado, solo tienes que darle un golpecito al caballo debajo de la oreja izquierda y pedirle que vuelva a casa. Llévate esta manzana de oro.

La muchacha subió al caballo, cabalgó un largo trecho y por fin llegó a una montaña en la que vio a una anciana con un cepillo de oro en las manos. La muchacha le preguntó si sabía el camino para llegar al castillo que estaba al este del sol y al oeste de la luna, pero la anciana le contestó lo mismo que la anterior:

—No sé nada de él, aparte de que está al este del sol y al oeste de la luna, y de que tardarás mucho en llegar, si es que llegas, pero te prestaré mi caballo para que llegues hasta mi vecina más cercana. Quizá ella sepa dónde está el castillo, y cuando hayas llegado, solo tienes que darle un golpecito al caballo debajo de la oreja izquierda y pedirle que vuelva a casa.

La anciana le dio el cepillo de oro y le dijo que podría serle útil.

La muchacha subió al caballo, volvió a cabalgar un largo y agotador camino, y mucho tiempo después llegó a una gran montaña en la que una anciana hacía girar una rueda de oro. También a esta mujer le preguntó si sabía el camino para llegar al príncipe y dónde podía encontrar el castillo que estaba al este del sol y al oeste de la luna. Pero volvió a suceder lo mismo.

—Quizá eras tú la que debería haberse casado con el príncipe —le dijo la anciana.

—Sí, sí, debería haber sido yo —le contestó la muchacha.

Pero la vieja bruja tampoco sabía el camino. Solo sabía que estaba al este del sol y al oeste de la luna, y le dijo:

—Tardarás mucho en llegar, si es que llegas, pero te prestaré mi caballo. Creo que lo mejor es que cabalgues hasta el Viento del Este y se lo preguntes a él. Quizá sepa dónde está el castillo y te empuje hasta allí. Pero cuando hayas llegado, solo tienes que darle un golpecito al caballo debajo de la oreja izquierda y pedirle que vuelva a casa.

La anciana le entregó la rueca de oro y le dijo:

—Quizá descubras que puede serte útil.

La muchacha tuvo que cabalgar durante muchos días, durante largos y agotadores días, para llegar. Pero por fin llegó y le preguntó al Viento del Este si podía decirle cómo llegar al príncipe que vivía al este del sol y al oeste de la luna.

—Bueno —le contestó el Viento del Este—, he oído hablar del príncipe y de su castillo, pero no sé el camino, porque nunca he llegado tan lejos. Pero, si quieres, iré contigo a ver a mi hermano, el Viento del Oeste. Como es mucho más fuerte que yo, quizá lo sepa. Siéntate en mi espalda y te llevaré.

La muchacha se sentó en su espalda y se pusieron rápidamente en camino. Cuando llegaron, el Viento del Este entró y dijo que la muchacha a la que había acompañado era la que debería haberse casado con el príncipe que vivía en el castillo situado al este del sol y al oeste de la luna. Que, como la muchacha estaba buscándolo, había llegado con ella y le gustaría saber si el Viento del Oeste sabía dónde estaba el castillo.

—No —le contestó el Viento del Oeste—. Nunca he llegado tan lejos. Pero, si quieres —le dijo a la muchacha—, iré contigo a ver al Viento del Sur. Como es mucho más fuerte que nosotros dos, y ha deambulado por todas partes, quizá pueda decirte lo que quieres saber. Siéntate en mi espalda y te llevaré con él.

La muchacha lo hizo y viajó hasta el Viento del Sur, lo que no le llevó mucho tiempo. Cuando llegaron, el Viento del Oeste le preguntó si podría decirle a la muchacha cómo llegar al castillo que estaba al este del sol y al oeste de la luna, ya que ella era la que debería haberse casado con el príncipe que vivía allí.

—Ah, ¿sí? —exclamó el Viento del Sur—. ¿Es ella? Bueno, he deambulado mucho y por todo tipo de sitios, pero nunca he llegado tan lejos. Pero, si quieres, iré contigo a ver a mi hermano, el Viento del Norte. Es el más viejo y el más fuerte de todos nosotros, y si él no sabe dónde está, nadie en el mundo podrá decírtelo. Siéntate en mi espalda y te llevaré.

La muchacha se sentó en su espalda. El Viento del Sur salió de su casa a toda prisa y no tardaron mucho en llegar. Cuando se acercaban a la morada del Viento del Norte, este soplaba con tanta fuerza que sintieron sus frías ráfagas mucho antes de haber llegado.

—¿Qué queréis? —rugió desde lejos.

La muchacha y el Viento del Sur se quedaron helados al oírlo.

—Soy yo —le dijo el Viento del Sur—, y esta es la muchacha que debería haberse casado con el príncipe que vive en el castillo situado al este del sol y al oeste de la luna. Y quiere preguntarte si has estado allí alguna vez y si puedes indicarle el camino, porque le encantaría encontrarlo.

—Sí —le contestó el Viento del Norte—. Sé dónde está. Una vez arrastré hasta allí una hoja de álamo, pero me cansé tanto que durante muchos días no pude volver a soplar. No obstante, si de

verdad quieres ir y no te da miedo viajar conmigo, te subiré a mi espalda e intentaré llevarte.

—Tengo que llegar —le dijo la muchacha—, y si hay alguna manera de conseguirlo, llegaré. Y no me da miedo, por deprisa que vayas.

—Muy bien —le dijo el Viento del Norte—, pero esta noche tienes que dormir aquí. Si queremos llegar, debemos tener todo el día por delante.

A la mañana siguiente, el Viento del Norte la despertó. Luego se hinchó, se volvió tan grande y tan fuerte que daba miedo verlo, y ambos volaron por los aires como si no pensarán detenerse hasta llegar al fin del mundo. Abajo se desató una gran tormenta que derribó bosques y casas, y al pasar por encima del mar, cientos de barcos naufragaron. Y así siguieron avanzando; transcurrió mucho tiempo, y mucho tiempo más, y aún estaban sobrevolando el mar cuando el Viento del Norte se cansó, cada vez estaba más cansado, y al final estaba tan agotado que apenas podía seguir soplando. Empezó a descender más y más, hasta que al final soplaba tan bajo que las olas golpeaban los talones de la pobre muchacha.

—¿Tienes miedo? —le preguntó el Viento del Norte.

—No tengo miedo —le contestó.

Y era verdad. Pero, como no estaban muy lejos de la costa, al Viento del Norte le quedaron fuerzas para dejarla en tierra, justo debajo de las ventanas de un castillo situado al este del sol y al oeste de la luna. Pero llegó tan cansado y agotado que tuvo que descansar varios días antes de volver a casa.

A la mañana siguiente, la muchacha se sentó junto a los muros del castillo y se puso a jugar con la manzana de oro. La primera persona a la que vio fue a la señorita nariguda que iba a casarse con el príncipe.

—¿Cuánto quieres por tu manzana de oro? —le preguntó abriendo la ventana.

—No puede comprarse ni con oro ni con dinero —le respondió la muchacha.

—Si no puede comprarse ni con oro ni con dinero, ¿con qué? Dime lo que quieres —le dijo la princesa.

—Bueno, si puedo pasar esta noche con el príncipe que vive en este castillo, será tuya —le contestó la muchacha que había llegado con el Viento del Norte.

—Hecho —le dijo la princesa, que había decidido qué hacer.

Así que la princesa se quedó con la manzana de oro, pero cuando aquella noche la muchacha subió a la alcoba del príncipe, lo encontró dormido, porque así lo había planeado su prometida. La pobre muchacha lo llamó, lo sacudió, lloró y se lamentó, pero no pudo despertarlo. Por la mañana, en cuanto amaneció, la princesa nariguda entró en la alcoba y la echó. Durante el día, la muchacha volvió a sentarse bajo las ventanas del castillo y empezó a cardar hilo con su cepillo de oro. Y sucedió lo que ya había sucedido antes. La princesa le preguntó qué quería por él, y la muchacha le contestó que no estaba en venta ni por oro ni por dinero, pero que, si podía pasar la

noche con el príncipe, el cepillo sería suyo. Sin embargo, cuando subió a la alcoba del príncipe, volvió a encontrarlo dormido, y por más que lo llamó, lo sacudió y lloró, siguió dormido y no hubo manera de despertarlo. Cuando amaneció, la princesa nariguda entró de nuevo en la alcoba, y de nuevo la echó. La muchacha se sentó bajo las ventanas del castillo a hilar con su rueca de oro, y la princesa nariguda también la quiso. Así que abrió la ventana y le preguntó qué quería por la hiladora. La muchacha le contestó lo mismo que le había contestado en las dos ocasiones anteriores, que no estaba en venta ni por oro ni por dinero, pero que si podía pasar la noche con el príncipe que vivía en el castillo, la rueca sería suya.

—Sí —le contestó la princesa—, lo acepto encantada.

Pero en el castillo había unos cristianos encerrados en una cámara contigua a la alcoba del príncipe que las dos noches anteriores habían oído a una mujer llorando y llamándolo, y se lo contaron al príncipe. Aquella misma noche, cuando la princesa llegó con la bebida que el príncipe solía tomar antes de irse a dormir, él fingió bebérsela, pero la tiró, porque sospechaba que le había echado somníferos. Así que esta vez, cuando la muchacha entró en la alcoba, el príncipe estaba despierto y le contó cómo había llegado hasta allí.

—Has llegado justo a tiempo —le dijo el príncipe—, porque iba a casarme mañana. Pero no me casaré con la princesa nariguda. Solo tú puedes salvarme. Diré que quiero poner a prueba lo que sabe hacer mi prometida y le pediré que lave la camisa con las tres gotas de cera. Ella aceptará, porque no sabe que esa cera se te derramó a ti. Pero solo puede limpiarlas un cristiano, no un trol. Luego diré que solo me casaré con la mujer que pueda quitar esas manchas, y sé que tú podrás.

Pasaron la noche felices y contentos, y al día siguiente, cuando iba a celebrarse la boda, el príncipe dijo:

—Quiero poner a prueba a mi prometida.

—Estás en tu derecho —le contestó su madrastra.

—Tengo una camisa muy elegante que me gustaría ponerme para la boda, pero le han caído tres gotas de cera y quiero que las limpien. He jurado que solo me casaré con la mujer que lo consiga. Si mi prometida no puede hacerlo, no merece ser mi esposa.

Las mujeres pensaron que era muy sencillo y aceptaron el reto. La princesa nariguda empezó a lavar la camisa lo mejor que pudo, pero cuanto más la lavaba y la frotaba, más se extendían las manchas.

—¡Oh! No sabes lavarla —le dijo su madre, que era una vieja bruja trol—. Dámela.

Pero al poco de estar en sus manos, la camisa aún parecía más sucia, y cuanto más la lavaba y la frotaba, más se extendían y oscurecían las manchas.

Llamaron a las demás trols para que lavaran la camisa, pero cuanto más se empeñaban, más oscura y fea se volvía, y al final quedó tan negra como si la hubieran sacado de la chimenea.

—¡Oh! —gritó el príncipe—. ¡Ninguna de vosotras sirve para nada! ¡Bajo la ventana hay una pordiosera que seguro que lava la ropa mejor que cualquiera de vosotras! ¡Entra, muchacha!

Y la muchacha entró.

—¿Puedes lavar esta camisa? —le preguntó.

—¡Oh! No lo sé —le contestó—. Pero lo intentaré.

Y en cuanto la cogió y la introdujo en el agua, la camisa quedó blanca como la nieve, incluso más.

—Me casaré contigo —le dijo el príncipe.

Entonces la vieja bruja se enfureció tanto que explotó, y la princesa nariguda y las demás trols también debieron de explotar, porque nunca más se supo de ellas. El príncipe y su prometida liberaron a los cristianos que estaban encerrados en el castillo, cogieron todo el oro y la plata que pudieron cargar y se alejaron del castillo situado al este del sol y al oeste de la luna.

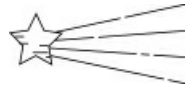


Canción nocturna del caminante
JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

Sobre las cimas
hay paz,
en las ramas de los árboles
sientes
apenas un hálito;
las avcillas callan en el bosque.
Espera, y pronto
descansarás también.

El gigante egoísta

OSCAR WILDE



Todas las tardes, al volver del colegio, los niños tenían la costumbre de ir a jugar al jardín del gigante.

Era un amplio y hermoso jardín, con un suave y verde césped. Brillaban aquí y allí bellas flores entre la hierba, como estrellas, y había doce melocotoneros que, en primavera, se cubrían con una delicada floración blanquirrosada y que, en otoño, daban hermoso fruto. Los pájaros posados sobre los árboles cantaban con tanta dulzura que los niños solían interrumpir sus juegos para escucharlos.

—¡Qué dichosos somos aquí! —se gritaban unos a otros.

Un día volvió el gigante. Había ido a visitar a su amigo, el ogro de Cornualles, y vivió siete años con él. Al cabo de los siete años había dicho todo lo que tenía que decir, pues su conversación era limitada, y decidió regresar a su castillo. Al llegar vio a los niños jugando en su jardín.

—¿Qué hacéis aquí? —les gritó con voz agria. Y los niños huyeron, corriendo.

—Mi jardín es mi jardín —dijo el gigante—. Todos deben entenderlo así, y no permitiré que nadie más que yo juegue en él.

Lo cercó entonces con un alto muro, y colocó este cartel:

PROHIBIDA LA ENTRADA
SE PROCEDERÁ JUDICIALMENTE
CONTRA LOS TRANSGRESORES

Era un gigante muy egoísta. Los pobres niños no tenían ahora sitio donde jugar.

Lo intentaron en la carretera, pero la carretera estaba muy polvorosa, toda llena de agudas piedras, y no les gustó.

Tomaron la costumbre de pasearse, una vez terminadas sus lecciones, alrededor del alto muro, para hablar del hermoso jardín que había al otro lado.

—¡Qué felices éramos ahí! —se decían unos a otros.

Entonces llegó la primavera, y en todo el país aparecieron pajaritos y florecillas.

Solo en el jardín del gigante egoísta continuaba siendo invierno. Los pájaros, desde que no había niños, no tenían interés en cantar, y los árboles se olvidaron de florecer.

En cierta ocasión una bonita flor levantó su cabeza sobre el césped; pero al ver el cartelón se entristeció tanto pensando en los niños que se dejó caer de nuevo en la tierra, y se volvió a dormir.

Los únicos que se alegraron fueron el hielo y la nieve.

—La primavera se ha olvidado de este jardín —exclamaban—, gracias a esto viviremos en él todo el año.

La nieve extendió su gran manto blanco sobre el césped, y el hielo pintó de plata todos los árboles. Entonces invitaron al viento del norte a pasar una temporada con ellos, y él fue. Estaba envuelto en pieles, y bramaba durante todo el día por el jardín, derribando chimeneas.

—Este es un sitio delicioso —decía—. Diremos al granizo que nos haga una visita.

Y llegó el granizo. Todos los días, durante tres horas, tocaba el tambor sobre la techumbre del castillo, hasta que rompió casi todas las tejas, y entonces se puso a dar vueltas alrededor del jardín, corriendo lo más deprisa que pudo. Iba vestido de gris, y su aliento era como el hielo.

—No comprendo por qué la primavera tarda tanto en llegar —decía el gigante egoísta cuando se asomaba a la ventana y veía su jardín blanco y frío—. ¡Espero que cambie el tiempo!

Pero la primavera no llegaba nunca, ni el verano tampoco. El otoño trajo frutos dorados a todos los jardines, pero no dio ninguno al del gigante.

—Es demasiado egoísta —dijo.

Y era siempre invierno en casa del gigante, y el viento del norte, el granizo, el hielo y la nieve danzaban por entre los árboles.

Una mañana, el gigante, acostado en su lecho, pero despierto ya, oyó una música deliciosa. Sonaba tan dulcemente en sus oídos que le hizo imaginarse que el rey de los músicos pasaba por allí. En realidad, era un jilguerillo que cantaba en su ventana, pero como no había oído a un pájaro en su jardín desde tanto tiempo atrás, le pareció la música más bella del mundo. Entonces el granizo dejó de bailar sobre su cabeza, y el viento del norte de rugir, y un perfume delicioso llegó hasta él por la ventana abierta.

—Creo que ha llegado, al fin, la primavera —dijo el gigante; y saltando del lecho, se asomó y

miró afuera.

¿Qué fue lo que vio?

Vio un espectáculo maravilloso. Por una brecha abierta en el muro los niños se habían escurrido en el jardín y se habían encaramado a los árboles. Sobre todos los árboles que alcanzaba a ver había un niño. Y los árboles se sentían tan dichosos de sostener de nuevo a los niños que se habían cubierto de flores, y agitaban con gracia sus brazos sobre las cabezas infantiles. Los pájaros revoloteaban de aquí para allá, cantando con delicia, y las flores reían, irguiendo sus cabezas sobre el césped. Era un bello cuadro; solo en un rincón seguía siendo invierno. Era el rincón más apartado del jardín, y allí se encontraba un niño muy pequeño. Tan pequeño era, que no había podido alcanzar las ramas del árbol, y daba vueltas a su alrededor llorando con amargura. El pobre árbol estaba aún cubierto por completo de hielo y nieve, y el viento del norte soplabla y rugía por encima de él.

—¡Sube, pequeño! —decía el árbol, y le tendía sus ramas, inclinándolas todo cuanto podía; pero el niño era demasiado pequeño.

El corazón del gigante se enterneció al mirar hacia afuera.

«¡Qué egoísta he sido! —se dijo—. Ya sé por qué la primavera no ha querido venir aquí. Voy a encaramar a ese pobre pequeñuelo sobre la copa del árbol, y luego tiraré el muro, y mi jardín será ya siempre el sitio de recreo de los niños.»

Estaba verdaderamente arrepentido de lo que había hecho.

Bajó las escaleras, abrió de nuevo la puerta con toda suavidad, y entró en el jardín. Pero cuando los niños le vieron se quedaron tan aterrorizados que huyeron, y el jardín se quedó otra vez como en invierno. Solo el niño pequeñito no había huido, pues sus ojos estaban tan llenos de lágrimas que no vio venir al gigante. Y el gigante se deslizó hasta su espalda, lo cogió cariñosamente con sus manos y lo depositó sobre el árbol. El árbol floreció de inmediato, y los pájaros fueron a posarse y a cantar sobre él, y el niño extendió los brazos, rodeó con ellos el cuello del gigante y le besó. Y los otros niños, viendo que el gigante ya no era malo, se acercaron corriendo, y la primavera volvió con ellos.

—Desde ahora este es vuestro jardín, pequeñuelos —dijo el gigante, y, cogiendo un hacha muy grande, echó abajo el muro. Y cuando las gentes pasaron al mediodía hacia el mercado vieron al gigante jugando con los niños en el jardín más hermoso que hubiesen visto nunca.

Estuvieron jugando durante todo el día, y al caer la noche fueron a decir adiós al gigante.

—Pero... ¿dónde está vuestro compañerito —les preguntó—, ese chiquillo que subí al árbol?

A él era a quien quería más el gigante, porque le había besado.

—No lo sabemos —respondieron los niños—; se ha ido.

—Decidle que venga mañana sin falta —repuso el gigante.

Pero los niños contestaron que no sabían dónde vivía y que no lo habían visto nunca hasta

entonces; y el gigante se quedó muy triste.

Todas las tardes, a la salida del colegio, venían los niños a jugar con el gigante. Pero ya no se volvió a ver al pequeñuelo a quien quería tanto. El gigante era muy bondadoso con todos los niños; pero echaba de menos a su primer amiguito y hablaba de él con frecuencia.

—¡Cuánto me gustaría verle...! —solía decir.

Pasaron los años, y el gigante envejeció mucho y fue debilitándose. Ya no podía tomar parte en los juegos; permanecía sentado en un gran sillón viendo jugar a los niños y admirando su jardín.

—Tengo muchas flores bellas —decía—, pero los niños son las flores más bellas de todas.

Una mañana de invierno, mientras se vestía, miró por la ventana. Ya no detestaba el invierno, pues sabía que no es sino la primavera adormecida y el reposo de las flores.

De pronto, atónito, se frotó los ojos y miró y miró. Lo cierto es que era una visión maravillosa. En el rincón más apartado del jardín había un árbol cubierto por completo de flores blancas. Sus ramas eran todas doradas, y colgaban de ellas frutos de plata, y debajo estaba, en pie, el pequeñuelo a quien quiso tanto.

El gigante se precipitó por las escaleras con gran alegría, y salió al jardín. Corrió por el césped y se acercó al niño. Y cuando estuvo junto a él, su cara enrojeció de cólera y exclamó:

—¿Quién se ha atrevido a herirte?

Pues en las palmas de las manos del niño y en sus piecitos se veían las señales de dos clavos.

—¿Quién se ha atrevido a herirte? —gritó el gigante—. Dímelo. Iré a por mi gran espada y le mataré.

—No —respondió el niño—; estas son las heridas del amor.

—¿Quién eres? —preguntó el gigante; y un extraño temor le invadió, haciéndole caer de rodillas ante el pequeñuelo.

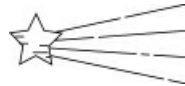
Y este sonrió al gigante y le dijo:

—Me dejaste jugar una vez en tu jardín; hoy vendrás conmigo a mi jardín, que es el Paraíso.

Y cuando llegaron los niños aquella tarde, encontraron al gigante tendido, muerto, bajo el árbol, todo cubierto de flores blancas.

Un par de medias de seda

KATE CHOPIN



Un día, la señora Sommers descubrió inesperadamente que disponía de quince dólares. Le parecía mucho dinero, y su viejo monedero, repleto, le proporcionó una sensación de importancia que hacía años que no sentía.

La cuestión de cómo gastarlo ocupó gran parte de sus pensamientos. Durante un par de días deambuló de un lado a otro en un aparente estado de ensoñación, aunque en realidad estaba sumida en conjeturas y cálculos. No quería precipitarse y hacer algo de lo que después se arrepintiera. Pero durante las tranquilas horas de la noche se quedaba despierta planificando cómo emplear adecuada y sensatamente aquel dinero.

Debía añadir un dólar o dos al precio que solía pagar por los zapatos de Janie, lo que garantizaría que duraran bastante más tiempo del que solían. Compraría muchos metros de tela para hacer camisas a los niños, a Janie y a Mag. Hasta entonces su intención era remendar las viejas. Mag necesitaba un vestido. Había visto algunos preciosos, auténticas gangas, en los escaparates. Y aún le quedaría dinero para medias nuevas —dos pares para cada una—, y durante un tiempo se libraría de zurcir. Compraría gorras para los niños y gorros de marinero para las niñas. Imaginarse a sus hijos arreglados y con ropa nueva por una vez en su vida la entusiasmó y la puso tan nerviosa que apenas podía dormir.

De vez en cuando los vecinos hablaban de los «buenos tiempos» que la señora Sommers había conocido antes de haberse planteado siquiera convertirse en la señora Sommers. Ella no se permitía caer en aquella nostalgia macabra. No tenía tiempo, no podía dedicar ni un segundo al pasado. Las necesidades del presente la absorbían por completo. A veces imaginaba el futuro como un monstruo sombrío y demacrado, y esa imagen la horrorizaba, pero por suerte el futuro aún tardaría en llegar.

La señora Sommers sabía que las gangas eran importantes. Podía pasarse horas avanzando centímetro a centímetro hacia el objeto deseado que vendían por debajo de su precio. Se abría camino a codazos si era necesario. Había aprendido a coger un artículo y aferrarse a él con insistencia y determinación hasta que le llegaba su turno, por mucho que tardara en llegar.

Pero aquel día se sentía un poco débil y cansada. Había comido muy poco... ¡No! Cuando llegó su hora, después de haber dado de comer a los niños y antes de dejar la casa arreglada y prepararse para ir de compras, se olvidó totalmente de comer.

Se sentó en un taburete giratorio ante un mostrador en el que, comparado con los demás, no había mucha gente e intentó reunir fuerzas y valor para abalanzarse hacia una ávida multitud que sitiaba murallas de telas y entretelas. Sintió que flaqueaba y apoyó la mano en el mostrador. No llevaba guantes. Poco a poco se dio cuenta de que su mano había encontrado algo muy suave, muy agradable al tacto. Bajó la mirada y vio que había apoyado la mano sobre una pila de medias de seda. Un cartel cercano indicaba que su precio había pasado de dos dólares con cincuenta centavos a un dólar con noventa y ocho centavos, y una chica que estaba al otro lado del mostrador le preguntó si quería ver su gama de medias de seda. Sonrió como si le hubieran pedido que examinara una diadema de diamantes antes de comprarla. Pero siguió sintiendo las prendas suaves y brillantes, ahora con las dos manos. Las levantó para verlas brillar y sentir las deslizándose como serpientes entre sus dedos.

De repente sus pálidas mejillas se tiñeron de un rubor agitado. Levantó la mirada hacia la dependienta.

—¿Crees que hay de la talla cuarenta y dos?

Había muchas de la talla cuarenta y dos. De hecho, había más de esa talla que de cualquier otra. Vio un par azul claro, varios pares color lavanda, varios más negros y algunos otros en tonos marrones y grises. La señora Sommers eligió un par negro y lo observó con atención un buen rato. Fingió examinar el tejido, que la dependienta le aseguró que era excelente.

—Un dólar con noventa y ocho centavos —pensó en voz alta—. Bueno, me llevo este par.

Tendió a la dependienta un billete de cinco dólares y esperó el cambio y su paquete. Era un paquete muy pequeño. Parecía perdido en las profundidades de su andrajoso bolso.

Después, la señora Sommers no se dirigió al mostrador de gangas. Cogió el ascensor, que la llevó a una planta superior, donde estaba el lavabo de señoras. Allí, en un rincón, se quitó las medias de algodón y se puso las de seda que acababa de comprar. No se sometió a ningún proceso mental, ni se lo planteó, ni intentó explicarse por qué lo hacía. No pensó en nada. En aquel momento parecía estar tomándose un descanso de sus laboriosas y agotadoras funciones, abandonándose a un impulso mecánico que dirigía sus acciones y la eximía de responsabilidades.

¡Qué agradable el contacto de la seda con su piel! Le apeteció sentarse en la butaca y disfrutar un rato de aquel lujo, y eso hizo. Luego se volvió a poner los zapatos, enrolló las medias de

algodón y las metió en el bolso. A continuación, se dirigió directamente a la sección de zapatería y se sentó para que la atendieran.

Empezó a impacientarse. El dependiente no lograba complacerla. No era capaz de encontrar unos zapatos que pegaran con las medias, y ella no era fácil de complacer. Se levantó la falda y movió los pies y la cabeza para observar las brillantes botas puntiagudas. Tenía los pies y los tobillos muy bonitos. No se podía creer que fueran suyos y formaran parte de ella. Le dijo al joven dependiente que la atendía que quería unos zapatos buenos y elegantes, y que no le importaba pagar un dólar o dos más si encontraba lo que quería.

Hacía mucho tiempo que la señora Sommers no se ponía guantes. En las pocas ocasiones en que se había comprado un par, habían sido gangas, tan baratos que habría sido ridículo y poco razonable esperar que se ajustaran a sus manos.

Ahora apoyó el codo en el mostrador de la sección de guantes, y una joven hermosa y agradable, delicada y hábil, le introdujo la mano en un guante. Lo alisó desde los dedos hasta la muñeca, lo abotonó cuidadosamente y por un segundo las dos se quedaron absortas contemplando la pequeña y bien proporcionada mano enguantada. Pero había otros lugares en los que gastar dinero.

Unos pasos más allá había libros y revistas apilados en un puesto. La señora Sommers compró dos revistas carísimas, como las que solía leer en los tiempos en los que podía permitirse otros placeres. Se las llevó sin que se las envolvieran. Al cruzar la calle se levantaba la falda lo mejor que podía. Las medias, las botas y los guantes perfectamente ajustados hacían maravillas y le otorgaban una sensación de seguridad, una sensación de formar parte de la multitud bien vestida.

Estaba hambrienta. En otro momento habría aguantado las ganas de comer hasta llegar a casa, donde se habría preparado una taza de té y habría comido cualquier cosa que hubiera tenido a mano. Pero el impulso que la guiaba no iba a permitir que se planteara tal cosa.

En la esquina había un restaurante. Nunca había cruzado la puerta. Desde fuera a veces había vislumbrado impolutas telas de damasco, cristal resplandeciente y unos camareros que atendían pausadamente a personajes de moda.

Cuando entró, su aspecto no provocó sorpresa ni consternación alguna, como había temido. Se sentó sola a una pequeña mesa, y de inmediato un atento camarero se acercó a tomarle la comanda. No quería grandes lujos. Le apetecía algo bueno y sabroso: media docena de ostras, una tierna chuleta con berros y algo dulce, *crème-frappée*, por ejemplo; un vaso de vino del Rin y para finalizar una taza de café solo.

Mientras esperaba a que la sirvieran, se quitó los guantes muy despacio y los dejó a un lado de la mesa. Cogió una revista, cortó las páginas con el filo de un cuchillo y la hojeó. Todo era muy agradable. Las telas de damasco estaban aún más impolutas de lo que parecía desde fuera, y el cristal, más resplandeciente. Había damas y caballeros silenciosos, que no se fijaban en ella,

comiendo en pequeñas mesas como la suya. Sonaba una música suave, y una agradable brisa entraba por la ventana. Dio un bocado, leyó un par de palabras, dio un sorbo del vino de color ámbar y movió los dedos de los pies, metidos en las medias de seda. No le importó el precio de la comida. Contó el dinero y dejó una moneda extra en la bandeja. El camarero se inclinó ante ella como ante una princesa de sangre real.

Aún le quedaba dinero en la cartera, y la siguiente tentación se presentó en forma de cartel teatral.

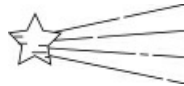
Cuando entró en el teatro era un poco tarde, la obra había empezado y le pareció que la sala estaba llena. Pero quedaban algunos asientos libres, y la acompañaron a uno de ellos, entre mujeres elegantemente vestidas que habían ido a matar el tiempo, a comer caramelos y a exhibir su llamativo atuendo. Muchos otros habían ido solo a ver la obra. Pero sin la menor duda ninguno de los presentes mostraba la actitud de la señora Sommers. Ella lo miraba todo, el escenario, a los actores y al público en general, lo absorbía y lo disfrutaba. Se reía en los momentos cómicos y lloraba en los trágicos, ella y la llamativa mujer que estaba sentada a su lado. Hablaron brevemente sobre la obra. La mujer llamativa se secó los ojos y se sonó la nariz con un pequeño y perfumado pañuelo de encaje y pasó a la señora Sommers su caja de caramelos.

La obra terminó, la música cesó y la multitud empezó a salir. Fue como despertar de un sueño. La gente se dispersó. La señora Sommers se dirigió a la esquina y esperó el tranvía.

En el tranvía, un hombre sentado frente a ella parecía disfrutar observando con mirada insistente su pálido rostro. Intentaba descifrar lo que veía. En realidad no veía nada, a menos que fuera un mago capaz de detectar el deseo desgarrador, el intenso anhelo de que aquel tranvía nunca se detuviera, de seguir viajando en él para siempre.

La tía y Amabel

E. NESBIT



No es agradable ser un pez fuera del agua. A nadie le gustaría ser un gato en el agua. Llevarse un berrinche es incómodo. Y nadie puede disfrutar de las alegrías de la vida vestido como el pequeño lord. Pero lo más incómodo, con diferencia, es vivir en el oprobio, o, como dicen a veces los que no tienen esa desgracia, en Coventry.

Todos hemos estado ahí. Es un lugar en el que el corazón se encoge y duele, en el que las caras conocidas se ensombrecen y cambian, en el que cualquier comentario que se haga, con voz temblorosa, se recibe con un frío silencio o con la afirmación de que nadie quiere hablar con un niño tan malcriado.

Si solo tienes esa desgracia, y no vives confinado en soledad, deambularás por una casa similar a aquella en la que has vivido momentos tan felices, y sin embargo tan diferente como una pesadilla de una mañana de junio. Desearás hablar con la gente, pero te dará miedo. Te preguntarás si puedes hacer algo para que las cosas cambien. Has pedido perdón y no ha servido de nada. Te preguntarás si vas a quedarte siempre en este lugar desolado, sin esperanza, sin amor, sin diversión y sin felicidad. Y aunque ha sucedido antes, aunque al final siempre llega a su fin, no estás seguro de que esta vez no vaya a durar para siempre.

—¿Va a ser siempre así? —dijo Amabel, que tenía ocho años—. ¿Qué voy a hacer? Oh, ¿qué puedo hacer?

Lo que debería haber pensado es qué había hecho. Y había hecho lo que en todo momento le había parecido, y le seguía pareciendo, un gesto noble y abnegado. Vivía con una tía. No recuerdo el motivo de su destierro: el sarampión, el nacimiento de otro hijo o que había que pintar la casa. Y la tía, que en realidad era una tía abuela bastante vieja, se quejó de su jardinero a una mujer que llevaba gafas azules y un sombrero con cuentas y flores color violeta.

—A duras penas me permite tener una planta en la mesa —dijo la tía—, en el parterre de delante de la ventana del salón hay poco más que tierra, y le ordené expresamente que plantara crisantemos. Solo le preocupa su invernadero.

La mujer del sombrero con cuentas y flores color violeta y gafas azules resopló, dijo que no sabía adónde iríamos a parar y que solo tomaría media taza, por favor, con poca leche, muchas gracias.

¿Qué habrías hecho tú? Seguramente dedicarte a lo tuyo y no meterte en problemas. Pero Amabel no. Como deseaba hacer algo para que su tía abuela se diera cuenta de que en realidad era una niña atenta y generosa (en aquel momento su tía opinaba lo contrario), a la mañana siguiente se levantó muy temprano, cogió las tijeras del cajón de la mesa de las herramientas y se dirigió sigilosamente, «como una salvadora», se dijo a sí misma, al invernadero, donde cortó todas las flores que encontró. MacFarlane estaba desayunando. Luego, con la punta de las tijeras, hizo agujeritos en la tierra del parterre donde deberían haber estado los crisantemos e introdujo las flores en los huecos: crisantemos, geranios, prímulas, orquídeas y claveles. Su tía se llevaría una bonita sorpresa.

La tía bajó a desayunar y vio la bonita sorpresa. El mundo de Amabel se puso patas arriba y, de repente, para su sorpresa, allí estaba, en Coventry, y ni siquiera la criada le dirigía la palabra. Su tío abuelo, con el que se cruzó en el pasillo, de camino a su habitación, murmuró alisándose el sombrero:

—Te han mandado a Coventry, ¿eh? No importa, te queda poco.

Cerró la puerta de entrada de un portazo y se dirigió al centro de la ciudad.

Lo dijo con buena intención, pero no sabía lo que había pasado.

Amabel entendió, o creyó entender, para su tristeza, que la habían mandado a Coventry por última vez, porque en esta ocasión se quedaría allí definitivamente.

—Me da igual —se mintió a sí misma—. No volveré a intentar ser amable con nadie.

Pero eso tampoco era verdad. Tenía que pasar todo el día sola en la habitación de invitados, la de la cama con dosel, cortinas rojas y un gran armario con un espejo en el que se veían incluso las puntas de los zapatos.

Lo primero que hizo Amabel fue mirarse en el espejo. Aún resoplaba y sollozaba, tenía los ojos llenos de lágrimas, y mientras se miraba, una lágrima le resbaló por la nariz. Qué interesante. Otra lágrima le resbaló por la nariz, y fue la última, porque en cuanto te interesa observar tus lágrimas, se detienen.

Luego miró por la ventana y vio el parterre con flores, tal como lo había dejado, radiante y bonito.

—Bueno, ha quedado precioso —dijo—. Me da igual lo que digan.

Echó un vistazo a la habitación en busca de algo que leer. No había nada. En las habitaciones de

invitados, que eran muy viejas, nunca había nada. Pero en el gran tocador, a la izquierda del espejo ovalado, había un libro encuadernado en terciopelo rojo. En la cubierta, bordadas en seda amarilla, confundidas entre hojas y garabatos, vio las letras A. B. C.

—Quizá sea un abecedario ilustrado —dijo Amabel.

Y se puso bastante contenta, aunque, por supuesto, era demasiado mayor para que le interesaran los abecedarios. Pero cuando alguien es muy infeliz y está muy aburrido, menos da una piedra. Abrió el libro.

—¡Oh, no, es un horario de trenes! —dijo—. Supongo que es para cuando los invitados quieren irse, y mi tía lo deja aquí por si de repente deciden marcharse y no pueden esperar un minuto más. Es como me siento, que aquí no estoy bien, y supongo que a los demás les pasa lo mismo.

Había aprendido a utilizar el diccionario, y aquel horario parecía funcionar igual. Buscó los nombres de todos los lugares que conocía: Brighton, donde en cierta ocasión había pasado un mes; Rugby, donde su hermano iba al colegio, y su casa, que era Amberley. Vio las horas a las que salían los trenes hacia esos lugares y deseó poder marcharse en alguno.

Volvió a mirar la habitación en la que estaba encerrada, pensó en la Bastilla y deseó tener un sapo que domesticar, como el pobre vizconde, o una flor que ver crecer, como Picciola. Estaba muy triste por su situación, muy enfadada con su tía y muy dolida por la conducta de sus padres —había esperado más de ellos—, que la habían dejado en aquel espantoso lugar en el que nadie la quería y nadie la entendía.

Parecía que no había lugar para sapos y flores en la habitación, cubierta de alfombras por todas partes, incluso en los rincones menos visibles. Tenía todo lo que debía tener una habitación de invitados, y todo era de caoba oscura y brillante. En el tocador había un juego de objetos de cristal rojos y dorados: una bandeja, candelabros, un soporte para los anillos, muchos frascos con tapa y dos botellas con tapón. Al quitar los tapones le llegó un olor muy raro, como a viejo, como a crema facial muy vieja, como cuando iba al dentista.

No sé si el olor de aquellas botellas tuvo algo que ver con lo que sucedió. Sin duda era un olor fuera de lo corriente. Muy diferente de los perfumes de hoy en día, pero recuerdo que de niña lo olía muy a menudo. Aunque ahora no hay habitaciones como las de entonces. Ahora, las habitaciones de invitados son alegres, con telas estampadas y espejos, y siempre hay flores y libros, mesitas para las tazas de té, sofás y armarios. Y huelen a barniz y a muebles nuevos.

Cuando Amabel hubo olfateado las dos botellas y hubo abierto todos los frascos, que estaban bastante limpios y vacíos, excepto uno de ellos, en el que había un botón con forma de perla y dos imperdibles, volvió a coger el volumen y buscó Whitby, donde vivía su madrina. Y entonces vio un nombre insólito: «Adondequierasir». Le pareció muy raro, pero el nombre de la estación de la que salía el tren era aún más insólito, ya que no era Euston, ni Cannon Street, ni Marylebone.

El nombre de la estación era «Armarioenhabitacióndeinvitados». Y debajo de aquel nombre,

tan poco habitual para una estación, Amabel leyó en letra pequeña:

«Terminantemente prohibidos los billetes individuales. Billetes de ida y vuelta gratis. Los trenes salen de Armario en habitación de invitados en cualquier momento».

Y debajo, en letra aún más pequeña, ponía:

«Lo mejor es que salgas ya».

¿Qué habrías hecho tú? ¿Frotarte los ojos y pensar que estabas soñando? Bueno, si lo hubieras hecho, no habría sucedido nada más. Nunca sucede nada cuando actúas así. Amabel era más lista. Fue directamente al armario y giró el pomo de cristal.

—Supongo que solo habrá estantes y bonitos sombreros —dijo.

Pero solo lo dijo. Las personas suelen decir cosas que no piensan, y así, si las cosas no salen como esperaban, pueden decir: «Te lo dije», pero esto es muy poco sincero con uno mismo, y ser poco sincero con uno mismo es casi peor que ser poco sincero con los demás. Amabel nunca lo habría hecho si hubiera sido ella misma. Pero estaba tan enfadada y era tan infeliz que no era ella misma.

En el armario no había sombreros, por supuesto. Para su sorpresa, Amabel encontró una cueva de cristal con una forma muy extraña, como una estación de tren. Parecía iluminada por las estrellas, lo que, por supuesto, es muy poco frecuente en una estación, y por encima del reloj se veía una luna llena. El reloj no tenía números, solo la palabra «Ahora» en letras brillantes, doce veces, y los «Ahora» se tocaban, por lo que el reloj siempre daba la hora correcta. ¡Qué diferente del reloj que te indica la hora de ir al colegio!

Un botones vestido de satén blanco corrió a coger el equipaje de Amabel. Su equipaje era el volumen, que aún llevaba en la mano.

—Cuánto ha tardado, señorita —le dijo sonriendo amistosamente—. Me alegro de que vaya. ¡Vá a divertirse mucho! Es usted una niña preciosa.

Era muy alentador. Amabel sonrió.

En la taquilla de los billetes, otra persona, también vestida de satén blanco, la esperaba con un billete nacarado, redondo, como una ficha.

—Aquí tiene, señorita —le dijo con una amable sonrisa—. No tiene que pagar nada, y los refrescos son gratis durante todo el trayecto. —Y añadió—: Es un placer expedir un billete a una niña tan simpática como usted.

El tren también era totalmente de cristal, y los asientos, de satén blanco. Había pequeños botones, como los de los timbres, y encima, en letras plateadas, ponía: «Loquequieras comer», «Loquequieras beber» y «Loquequieras leer».

Amabel pulsó todos los botones a la vez, y al instante sintió que se le cerraban los ojos. Al volver a abrirlos, vio en el asiento de al lado una bandeja de plata con helado de vainilla, pollo con salsa, almendras (sin piel), galletas de menta, puré de patata y un gran vaso de limonada. Junto

a la bandeja había un libro, *Una familia con muy mal genio*, de la señorita Ewing, encuadernado en vitela blanca.

No hay mayor lujo que comer leyendo, aparte de leer comiendo. Amabel hizo las dos cosas. Si lo piensas dos veces, te darás cuenta de que no es lo mismo.

Y justo cuando se desvaneció la última emoción de la última cucharada de helado, y cuando los ojos de Amabel llegaron a la última palabra de *Una familia con muy mal genio*, el tren se detuvo y cientos de funcionarios ferroviarios vestidos de terciopelo blanco gritaron:

—¡Adondequierasir! ¡Bajen del tren!

Un botones vestido de terciopelo, que parecía tanto un gusano de seda como un saquito de esos que regalan en las bodas, abrió la puerta.

—Señorita Amabel —le dijo—, baje ahora mismo si no quiere llegar Adondenoquierasir.

La niña bajó corriendo a un andén de marfil.

—Por el marfil no, por favor —le dijo el botones—. Hemos colocado la alfombra blanca especialmente para usted.

Amabel avanzó por la alfombra y vio ante sí a una multitud, toda vestida de blanco.

—¿Qué es todo esto? —le preguntó al amable botones.

—Es el alcalde, querida señorita Amabel —le contestó—, con su dirección.

—Mi dirección es La Vieja Cabaña, Amberley —le dijo Amabel—, o al menos hasta ahora lo era.

Y de repente se encontró delante del alcalde. Se parecía mucho a su tío George, pero el alcalde se inclinó ante ella, cosa que su tío George no solía hacer, y le dijo:

—Bienvenida, querida Amabel. Por favor, acepta esta dirección del alcalde, los ciudadanos, los aprendices y todo el pueblo de Adondequierasir.

La dirección estaba escrita en letras de plata, en seda blanca, y decía:

«Bienvenida, querida Amabel. Sabemos que querías complacer a tu tía. Fue muy inteligente por tu parte la idea de colocar las flores del invernadero en el parterre vacío. No tenías por qué saber que antes de tocar las cosas de los demás debes pedirles permiso».

—Oh, pero... —dijo Amabel, bastante confundida—. Sí que sabía...

Pero la banda de música empezó a tocar y sofocó sus palabras. Todos los instrumentos de la banda eran de plata, y los trajes de los músicos, de cuero blanco. Tocarón una canción muy alegre.

Entonces Amabel se dio cuenta de que formaba parte de un desfile, al lado del alcalde, y de que los músicos de la banda no dejaban de tocar como locos. El alcalde iba vestido con ropa plateada, y mientras avanzaban le repetía al oído: «Tienes nuestro apoyo, tienes nuestro apoyo», hasta que Amabel empezó a marearse.

Había una exposición de flores, todas ellas blancas. Se celebró un concierto, solo de viejas canciones. Se representó una obra de teatro titulada *Ponte en su lugar*. Y se organizó un banquete,

con Amabel en el puesto de honor.

Bebieron vino blanco con leche caliente a su salud, y luego, en el salón de cristal con mil columnas brillantes, en el que se habían reunido miles de invitados, todos vestidos de blanco, para homenajear a Amabel, se elevó un grito: «¡Que hable, que hable!».

No puedo explicarte qué le pasaba a Amabel por la cabeza. Quizá tú lo sepas. Fuera lo que fuese, empezó como una diminuta mariposa en una caja, que no podía quedarse quieta y no dejaba de revolotear. Y cuando el alcalde se levantó y dijo:

—Querida Amabel, a la que todos queremos y entendemos; querida Amabel, a la que castigaron tan injustamente por intentar complacer a una tía insensible; pobre, incomprendida, maltratada e inocente Amabel; inocente y sufriente Amabel, esperamos tus palabras.

De repente, aquel agotador revoloteo de mariposa en su interior pareció adquirir la dimensión y la fuerza del revoloteo de un albatros. Amabel se levantó de su asiento de honor, el trono de marfil, plata y perlas, y dijo ahogándose un poco y con las orejas muy rojas:

—Damas y caballeros, no quiero hacer un discurso, solo quiero darles las gracias y decir... decir... decir...

Se detuvo, y la multitud vestida de blanco la aclamó.

—Decir —prosiguió cuando la multitud dejó de gritar— que no estoy libre de culpa, ni soy inocente, ni nada de esas cosas tan bonitas. Debería haberlo pensado. Y las flores eran de mi tía. Pero es cierto que quería complacerla. Es todo muy confuso. Oh, ojalá mi tía estuviera aquí.

Y al instante la tía estaba allí, muy alta y engalanada, con un vestido de terciopelo blanco y una capa de armiño.

—¡Que hable! —gritó la multitud—. ¡Que hable la tía!

La tía subió al escalón del trono, junto a Amabel, y dijo:

—Creo que tal vez me precipité. Y creo que Amabel quería complacerme. Pero todas las flores que teníamos para el invierno... Bueno, me enfadé. Lo siento.

—¡Oh, tía, yo también lo siento, yo también lo siento! —gritó Amabel.

Y las dos se abrazaron en el escalón de marfil mientras la multitud las aclamaba como locos y la banda de música tocaba una canción muy conocida, «Si me entendieras».

—Oh, tía —dijo Amabel entre abrazos—, este lugar es muy bonito, ven a verlo todo. Podemos, ¿verdad? —le preguntó al alcalde.

—Este lugar es tuyo —le contestó—, y ahora puedes ver muchas cosas que antes no veías. Somos El Pueblo Comprensivo. Y ahora formas parte de nosotros. Y tu tía también.

No es necesario que te cuente todo lo que vieron, porque son cosas secretas que solo conoce El Pueblo Comprensivo, y quizá tú aún no formes parte de este país feliz. Y si formas parte de él, lo sabrás sin que te lo cuente.

Cuando se hizo tarde y las estrellas descendieron extrañamente hasta quedar suspendidas entre

los árboles, Amabel se quedó dormida entre los brazos de su tía, en una terraza de mármol, junto a una fuente de espuma blanca a la que se acercaban a beber pavos reales blancos.

Se despertó en la enorme cama de la habitación de invitados, pero los brazos de su tía seguían rodeándola.

—Amabel —le decía—. ¡Amabel!

—Oh, tía —le dijo Amabel adormilada—. Lo siento mucho. Hice una tontería. Y de verdad quería complacerte.

—Hiciste una tontería —le contestó su tía—, pero estoy segura de que querías complacerme. Baja a cenar.

Y Amabel guarda un confuso recuerdo de su tía diciendo que lo sentía y añadiendo: «Pobre Amabel».

Si su tía realmente lo dijo, hizo muy bien. Y Amabel está casi segura de que lo dijo.

Amabel y su tía abuela son ahora muy amigas. Pero ninguna de las dos ha hablado con la otra de la bonita ciudad llamada «Adondequierasir». Amabel es demasiado tímida para ser la primera en mencionarla, y sin duda su tía tiene sus motivos para no hablar del tema.

Pero las dos saben que han estado allí juntas, por supuesto, y que es fácil llevarte bien con las personas cuando tanto tú como ellas formáis parte de El Pueblo Comprensivo.

Si buscas en el horario de trenes de tu pueblo, no encontrarás «Adondequierasir». Solo aparece en el volumen encuadernado en terciopelo rojo que Amabel encontró en la habitación de invitados de su tía.



Romance de la Luna, Luna

FEDERICO GARCÍA LORCA

La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira, mira.
El niño la está mirando.
En el aire conmovido mueve
[la luna sus brazos
y enseña, lúbrica y pura,
sus senos de duro estaño.
Huye luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón collares
[y anillos blancos.
Niño, déjame que baile.

Cuando vengan los gitanos,
te encontrarán sobre el yunque
con los ojillos cerrados.
Huye luna, luna, luna,
que ya siento sus caballos.
Niño, déjame, no pises,
mi blancor almidonado.

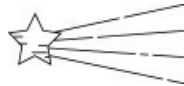
El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano.
Dentro de la fragua el niño,
tiene los ojos cerrados.
Por el olivar venían,
bronce y sueño, los gitanos.
Las cabezas levantadas
y los ojos entornados.

Cómo canta la zumaya,
¡ay cómo canta en el árbol!
Por el cielo va la luna
con un niño de la mano.

Dentro de la fragua lloran,
dando gritos, los gitanos.
El aire la vela, vela.
el aire la está velando.

El viento en los sauces (extracto)

KENNETH GRAHAME



1

La orilla del río

El topo se había pasado la mañana trabajando muy duro, haciendo la limpieza general de primavera. Primero con escobas y luego con trapos; después, subido a escaleras, taburetes y sillas, con una brocha y un cubo de cal; hasta que tuvo polvo en la garganta y en los ojos, salpicaduras de cal por todo el pelo negro, la espalda dolorida y los brazos agotados. La primavera avanzaba tanto en la superficie de la tierra como en su interior, y su eterno espíritu de insatisfacción y de anhelo se introducía incluso en su oscura y profunda casita. Así que no es de extrañar que de repente tirara la brocha al suelo, dijera: «¡Qué lata!», «¡A la porra!» y «¡Se acabó la limpieza de primavera!», y saliera de su casa sin ponerse siquiera el abrigo. Algo lo llamaba imperiosamente desde la superficie, y avanzó por el empinado túnel que en su caso hacía las veces del camino de gravilla de los animales que viven más cerca del sol y del aire. Arañó, raspó, escarbó y amontonó, y luego volvió a amontonar, a escarbar, a raspar y a arañar con las patitas murmurando: «¡Vamos arriba! ¡Vamos arriba!», hasta que por fin su hocico salió a la luz y se descubrió a sí mismo rodando en la cálida hierba de una gran pradera.

«¡Qué bien! —se dijo—. Esto es mejor que encalar.»

El sol le calentaba el pelo, la suave brisa le acariciaba la frente, y tras el encierro bajo tierra en el que había vivido tanto tiempo, el canto de los felices pájaros le golpeaba los embotados oídos casi como un grito. Dando saltitos celebrando que estaba vivo y disfrutando de la primavera sin tener que hacer limpieza, cruzó la pradera hasta llegar a un seto.

—¡Alto! —le dijo un anciano conejo ante un hueco del seto—. ¡Seis peniques por el privilegio de pasar por un camino particular!

De inmediato fue derribado por el impaciente y desdeñoso topo, que trotó a lo largo del seto burlándose de los conejos que salían a toda prisa de sus madrigueras para ver a qué se debía aquel alboroto.

—¡Acabaréis en la cazuela! ¡Cocidos en salsa de cebolla! —se burlaba.

Y se marchó antes de que a los conejos se les hubiera ocurrido una respuesta satisfactoria. Entonces los conejos empezaron a hacerse reproches.

—¡Qué tonto eres! ¿Por qué no le has dicho que...?

—¿Y por qué no le has dicho tú que...?

—Podrías haberle recordado que...

Y así sucesivamente, para no variar. Pero, por supuesto, ya era demasiado tarde, como siempre.

Todo parecía demasiado bueno para ser verdad. El topo iba de un lado a otro de la pradera, recorría los setos y cruzaba las arboledas, y por todas partes encontraba pájaros construyendo nidos, flores a punto de abrirse y hojas brotando. Todo era alegría, movimiento y actividad. Y en lugar de tener mala conciencia pinchándolo y susurrándole «¡A encalar!», sentía que era muy agradable ser el único holgazán entre todos aquellos ciudadanos atareados. Al fin y al cabo, muchas veces lo mejor de las vacaciones no es descansar, sino ver a los demás trabajando.

Pensó que su felicidad era completa cuando, deambulando sin rumbo, de repente se detuvo en la orilla de un río caudaloso. Nunca en su vida había visto un río, esa criatura sinuosa y brillante que entre risas perseguía cosas, las atrapaba borboteando y las soltaba con una carcajada para abalanzarse sobre nuevos compañeros de juego que se liberaban y a los que atrapaba y retenía de nuevo. Todo se agitaba y se estremecía: reflejos, brillos y destellos, crujidos y remolinos, gorjeos y borboteos. El topo estaba hechizado, embelesado, fascinado. Trotaba por la orilla del río como un niño paseando encantado con un hombre que le cuenta historias fascinantes; y cuando por fin se cansó, se sentó en la ribera, que le susurró una borboteante sucesión de los mejores relatos del mundo, llegados desde el corazón de la tierra para que los escuchara el insaciable mar.

Cuando se sentó en la hierba y miró al otro lado del río, le llamó la atención un agujero negro en la orilla opuesta, justo después del agua, y pensó que sería un hogar muy acogedor para un animal poco exigente al que le gustara vivir junto al río, muy cerca del agua y alejado del ruido y del polvo. Mientras lo observaba, le pareció que algo pequeño y brillante titilaba en el centro, se apagaba y volvía a titilar como una estrella. Pero en aquel lugar difícilmente podía ser una estrella, y era demasiado pequeño y brillante para ser una luciérnaga. Vio entonces que parpadeaba, con lo que quedó claro que era un ojo. Y poco a poco a su alrededor fue apareciendo una cara, como un marco alrededor de una fotografía.

Una carita marrón con bigotes.

Una cara redonda y seria, con el mismo brillo en los ojos que habían llamado su atención.

Orejas pequeñas, y pelo tupido y sedoso.

¡Era un ratón de agua!

Los dos animales se levantaron y se miraron con cautela.

—¡Hola, topo! —dijo el ratón de agua.

—¡Hola, ratón! —dijo el topo.

—¿Te gustaría cruzar a esta orilla? —le preguntó inmediatamente el ratón.

—Decirlo es muy fácil —le contestó en tono malhumorado el topo, que no conocía el río ni las costumbres en aquella zona.

El ratón no dijo nada. Se agachó, desató una cuerda y tiró de ella. Luego subió ágilmente a una barquita que el topo no había visto. Estaba pintada de color azul por fuera y blanco por dentro, y era del tamaño justo para dos animales. El topo se quedó fascinado, aunque no terminaba de entender cómo funcionaba la barca.

El ratón se puso a remar y cruzó el río en un momento. Cuando el topo se acercó con cuidado, le tendió una de sus patas delanteras.

—¡Apóyate en mí! —le dijo—. ¡Y ahora, salta!

Y para su sorpresa y embeleso, el topo se encontró de repente sentado en la popa de una barca de verdad.

—¡Qué día tan maravilloso! —exclamó el topo mientras el ratón lo soltaba y volvía a coger los remos—. ¿Sabes? Nunca en la vida me había subido a una barca.

—¿Qué? —gritó el ratón, boquiabierto—. ¿Que nunca habías subido a...? ¿Que nunca...? ¿Y qué hacías entonces?

—¿Tan agradable es? —le preguntó el topo con timidez, aunque al reclinarsse en su asiento, observar los cojines, los remos, los escálamos y todos aquellos objetos fascinantes, y sentir el suave balanceo de la barca, estuvo dispuesto a creérselo.

—¿Agradable? No hay cosa igual —le contestó con voz solemne el ratón de agua, inclinándose hacia delante para empujar los remos—. Créeme, amiguito, no hay nada, absolutamente nada, la mitad de agradable que pasear en barca. Tan solo pasear —siguió diciendo en tono soñador—. Pasear en barca, pasear...

—¡Mira al frente, ratón! —gritó de repente el topo.

Era demasiado tarde. La barca chocó contra la orilla. El alegre y soñador remero se cayó al suelo de la barca patas arriba.

—Pasear en barca o por la barca —dijo el ratón tranquilamente, y se levantó con una sonrisa—. Por dentro o por fuera, no importa. La verdad es que nada importa, y ese es su encanto. Lo mismo da marcharte que no, llegar a tu destino o a otro sitio, o no llegar a ningún sitio. Siempre tienes algo que hacer, pero no haces nada en concreto. Y cuando lo has hecho, siempre hay algo más que

hacer, y puedes hacerlo si quieres, pero mejor que no lo hagas. Oye, si no tienes nada que hacer esta mañana, podríamos pasar el día juntos y bajar el río.

El topo movió los dedos de los pies de pura felicidad, hinchó el pecho con un suspiro de total satisfacción y se reclinó alegremente en los mullidos cojines.

—¡Qué buen día estoy pasando! —exclamó—. ¡Vámonos ahora mismo!

—¡Espera un minuto! —le dijo el ratón.

Ató la cuerda a una argolla del embarcadero, se metió en su agujero y al poco tiempo salió tambaleándose, cargado con una gran cesta de mimbre.

—Colócala debajo de tus pies —le dijo al topo metiendo la cesta en la barca.

Desató la cuerda y volvió a coger los remos.

—¿Qué hay en la cesta? —le preguntó el topo retorciéndose de curiosidad.

—Pollo frío —le contestó el ratón—.

Lenguadeternerajamónternerafríaensaladadepepinillosapanecillosándwichesdeberropatécervezadej

—¡Para, para! —exclamó el topo, eufórico—. ¡Es demasiado!

—¿Tú crees? —le preguntó el ratón, muy serio—. Es lo que siempre llevo en estas pequeñas excursiones. Y los demás animales me dicen que soy un roñoso y que llevo lo justo.

El topo no escuchaba ni una palabra de lo que el ratón estaba diciendo. Absorto en la nueva vida que estaba descubriendo, embriagado por el resplandor, las olas, los olores, los sonidos y la luz del sol, introdujo una pata en el agua y se dedicó a soñar despierto. Como el ratón de agua era un buen tipo, siguió avanzando sin molestarlo.

—Me encanta tu ropa, amigo —le dijo cuando había pasado más de media hora—. Algún día también yo me compraré un esmoquin de terciopelo negro, en cuanto tenga dinero.

—Te ruego que me perdones —le dijo el topo haciendo un esfuerzo por volver a la realidad—. Pensarás que soy un maleducado, pero es que todo esto es nuevo para mí. Así que... ¡esto es un río!

—El río —le corrigió el ratón.

—¿Y de verdad vives junto al río? ¡Qué buena vida!

—Junto al río, en el río y dentro del río —le contestó el ratón—. Para mí es un hermano, una hermana, una tía, mi compañía, comida, bebida y, por supuesto, el lugar donde me lavo. Es mi mundo y no quiero otro. Si el río no tiene algo, es porque no merece la pena tenerlo, y si no sabe algo, es porque no merece la pena saberlo. ¡Ay, qué ratos hemos pasado juntos! Siempre es divertido y emocionante, tanto en invierno como en verano, en primavera o en otoño. En febrero, cuando llega la crecida y las bodegas y el sótano se llenan de líquido que no puedo beber y el agua marrón entra por la ventana. Y cuando el agua desaparece y deja manchas de barro que huele a bizcocho, y los juncos y las malas hierbas obstruyen los canales y puedo recorrer buena parte

del lecho del río en busca de comida fresca y de cosas que se les han caído de la barca a los distraídos.

—Pero ¿a veces no es un poco aburrido? —se aventuró a preguntar el topo—. ¿Solo el río y tú, y nadie más con el que cruzar una palabra?

—Nadie más con el que... Bueno, no quiero ser duro contigo —le contestó el ratón, indulgente—. Para ti es nuevo, y no lo sabes, claro. Hoy en día hay tanta gente en la orilla que muchos están trasladándose a otro sitio. No, no tiene nada que ver con lo que era antes, para nada. Hay nutrias, martines pescadores, somorgujos y gallinetas comunes todo el día, y siempre quieren que hagas algo, como si uno no tuviera nada que hacer.

—¿Qué hay allí? —le preguntó el topo señalando con una pata un bosque que ensombrecía la orilla del río.

—¿Aquello? Ah, es el Bosque Salvaje —se limitó a contestar el ratón—. Los que vivimos en la orilla no vamos mucho por allí.

—¿Los que viven allí no son... no son amables? —le preguntó el topo, un poco nervioso.

—Bueno —le contestó el ratón—. Veamos. Las ardillas están bien. Y los conejos... algunos, pero hay de todo. Y está también el tejón, claro. Vive en medio del bosque. No viviría en otro lugar ni aunque le pagaran. ¡El viejo tejón! Nadie se mete con él. Más les vale —añadió haciendo una mueca.

—¿Por qué? ¿Quién querría meterse con él? —le preguntó el topo.

—Bueno, hay... otros... claro —titubeó el ratón—. Comadreja, armiños, zorros y muchos más. No están mal... Yo me llevo muy bien con ellos... Cuando nos vemos, nos saludamos y todo eso..., pero a veces pierden el control, no voy a negarlo, y entonces... bueno, la verdad es que no puedes confiar en ellos, las cosas como son.

El topo sabía que entre animales no es de buena educación insistir en los posibles problemas, ni siquiera mencionarlos, así que dejó correr el tema.

—¿Y detrás del Bosque Salvaje? —le preguntó—. Aquello azul y borroso, donde parece que hay unas colinas, o quizá no, y algo parecido al humo de las ciudades; ¿o son solo nubes?

—Detrás del Bosque Salvaje está el Ancho Mundo —le contestó el ratón—. Y eso ni a ti ni a mí nos importa. Nunca he estado allí, y nunca voy a ir, y tú tampoco, si tienes un poco de sentido común. No vuelvas a mencionarlo, por favor. Bueno, por fin hemos llegado al remanso en el que vamos a comer.

Dejaron atrás el río principal y entraron en lo que a primera vista parecía un pequeño lago rodeado de tierra. Alrededor descendían laderas cubiertas de hierba, serpenteantes raíces de árboles brillaban por debajo de la superficie del agua tranquila y, frente a ellos, la cascada plateada y espumosa de una presa, al lado de una rueda de molino que no dejaba de girar, unida a su vez a un molino con el tejado gris, lanzaba al aire un ligero murmullo ahogado entre el que de

vez en cuando se oían voces hablando alegremente. Era tan bonito que el topo solo podía levantar las patas delanteras y susurrar:

—¡Oh, oh, oh!

El ratón llevó la barca a la orilla, la ató, ayudó a bajar al topo, que aún se movía con torpeza, y sacó la cesta de la comida. El topo le pidió por favor que le permitiera sacar la comida a él. El ratón aceptó encantado y fue a tumbarse a descansar en la hierba mientras su entusiasmado amigo sacudía el mantel y lo extendía, sacaba uno a uno los misteriosos paquetes y colocaba ordenadamente su contenido, aún susurrando «Oh, oh» ante cada nuevo descubrimiento. Cuando todo estuvo preparado, el ratón dijo:

—¡Ahora ven conmigo, amigo!

Y el topo le obedeció con mucho gusto, porque aquella mañana había empezado la limpieza de primavera muy temprano, como debe ser, y no había hecho ni una pausa para comer algo. Y habían sucedido tantas cosas desde aquel lejano momento que ahora le parecía que habían transcurrido muchos años.

—¿Qué miras? —le preguntó el ratón cuando ya habían aplacado un poco el hambre, y el topo desvió por fin los ojos del mantel.

—Estoy mirando ese montón de burbujas que recorren la superficie del agua —le contestó el topo—. Me parece muy raro.

—¿Burbujas? ¡Ajá! —gritó el ratón alegremente.

En la orilla apareció un gran hocico brillante, y una nutria se levantó y se sacudió el agua del abrigo.

—¡Glotonas! —exclamó acercándose a la comida—. Ratoncito, ¿por qué no me has invitado?

—Ha sido improvisado —le explicó el ratón—. Por cierto... Mi amigo, el señor topo.

—Encantada —dijo la nutria.

Y de inmediato los dos animales se hicieron amigos.

—¡Qué alboroto! —siguió diciendo la nutria—. Parece que hoy todo el mundo ha venido al río. Vengo a este remanso a pasar un rato tranquilo y me doy de narices con vosotros, amigos. Perdón, no quería decir eso.

Se oyó un susurro procedente de un seto al que las hojas del año anterior seguían aferradas, y entre sus ramas asomó una cabeza rayada seguida de unos anchos hombros.

—¡Ven aquí, viejo tejón! —gritó el ratón.

El tejón avanzó un par de pasos.

—¡Vaya! Tenemos visita —gruñó, dio media vuelta y desapareció.

—Él es así —comentó el ratón, decepcionado—. Odia la vida social. Hoy no volveremos a verlo. En fin, cuéntanos, ¿quién anda por aquí?

—Para empezar, el sapo —le contestó la nutria—. Con su nuevo barco de regatas, con ropa

nueva y todo nuevo.

Los dos animales se miraron y se rieron.

—Hace un tiempo solo le gustaba navegar a vela —dijo el ratón—. Luego se cansó y se cambió al remo. Lo único que le gustaba era pasarse el día remando, todos los días, y remaba fatal. El año anterior le dio por vivir en un barco, y todos tuvimos que ir a su casa flotante y fingir que nos gustaba. Decía que iba a pasar el resto de su vida en una casa flotante. Siempre igual, haga lo que haga. Se cansa y se dedica a otra cosa.

—Es un buen chico —comentó la nutria, pensativa—. Pero muy poco estable, sobre todo cuando está en un barco.

Desde donde estaban veían el río principal, al otro lado de la isla. Justo en aquel momento apareció un barco de regatas. Aunque el barquero, una figura pequeña y rechoncha, se esforzaba al máximo, no dejaba de chapotear y de dar tumbos de un lado a otro. El ratón se levantó y lo llamó, pero el sapo —porque era él— movió la cabeza y siguió a lo suyo.

—Si sigues dando esos tumbos, en un minuto se caerá del barco —dijo el ratón volviéndose a sentar.

—Sin duda —respondió sonriente la nutria—. ¿Te he contado alguna vez lo que le pasó al sapo con el esclusero de la presa? Lo que pasó fue que el sapo...

Una libélula errante revoloteaba titubeante a contracorriente. Parecía borracha, como las libélulas jóvenes que descubren la vida. Un remolino en el agua, un «glup», y la libélula desapareció.

También la nutria.

El topo bajó la mirada. En sus oídos aún resonaba la voz de la nutria, pero era evidente que el sitio en el que se había tumbado estaba vacío. No había ninguna nutria a la vista desde la orilla hasta el horizonte.

Pero en la superficie del río volvió a ver una sucesión de burbujas.

El ratón tarareaba una canción, y el topo recordó que entre animales era de mala educación comentar la repentina desaparición de un amigo, por alguna razón o sin ella.

—Bueno, bueno —dijo el ratón—, creo que deberíamos ponernos en marcha. Me pregunto quién de nosotros guardará mejor las cosas en la cesta.

Y se calló, impaciente por que su amigo se ofreciera.

—Oh, déjame a mí, por favor —le dijo el topo.

Y el ratón le dejó, por supuesto.

Guardar las cosas en la cesta no era tan divertido como sacarlas. Nunca lo es. Pero el topo estaba dispuesto a disfrutar de todo, y aunque justo cuando lo había metido todo en la cesta y la había atado con una cuerda viera un plato tirado en la hierba, y cuando había vuelto a abrir y a cerrar la cesta el ratón le señalase un tenedor que cualquiera debería haber visto, y por último,

mira por dónde, el bote de mostaza, sobre el que se había sentado sin darse cuenta... aun así consiguió recogerlo todo sin perder su buen humor.

El sol de la tarde se ponía mientras el ratón remaba suavemente de vuelta a casa con ánimo soñador, murmurando poemas para sí mismo y sin prestarle demasiada atención al topo. Pero aunque el topo había comido mucho, estaba satisfecho de sí mismo, orgulloso, y se sentía casi como en casa en aquella barca (o al menos eso pensaba), empezó a ponerse nervioso. Y de repente dijo:

—¡Ratoncito! ¡Quiero remar, por favor!

El ratón negó con la cabeza sonriendo.

—Aún no, amigo mío —le contestó—. Espera a que hayas aprendido. No es tan fácil como parece.

El topo se quedó callado un par de minutos. Pero empezó a tener cada vez más envidia del ratón, que remaba con mucha fuerza y con gran facilidad, y su orgullo empezó a susurrarle que también él podía hacerlo. Se levantó y cogió los remos tan repentinamente que pilló por sorpresa al ratón, que estaba contemplando el agua y recitando poemas para sí mismo. El ratón se cayó del asiento patas arriba por segunda vez, y el topo, triunfante, ocupó su lugar y agarró los remos con total confianza.

—¡Para, idiota! —le gritó el ratón desde el fondo de la barca—. ¡No sabes remar! ¡Vamos a volcar!

El topo echó los remos hacia atrás con un gesto triunfal y los empujó con fuerza hacia el agua. Pero no llegaron a la superficie. Sus piernas volaron por los aires y acabó tumbado encima del ratón. Muy asustado, se agarró a un lado de la barca y... ¡Plas!

La barca volcó y el topo se encontró chapoteando en el río.

Oh, qué fría estaba el agua, y, oh, qué mojada. Se hundía cada vez más y le zumbaban los oídos. Y qué brillante y agradable le parecía el sol cuando salió a la superficie tosiendo y farfullando. Y cuánto se desesperó al ver que volvía a hundirse. De repente una fuerte garra lo sujetó por la nuca. Era el ratón, que evidentemente estaba riéndose. El topo sentía la risa recorriendo la pata y la garra del ratón hasta llegar a su nuca, a la nuca del topo.

El ratón cogió un remo y lo introdujo por debajo del brazo del topo. Luego hizo lo mismo por el otro lado y, nadando detrás de él, empujó al indefenso animal hasta la costa, lo sacó del agua y lo dejó en la orilla. El pobre topo estaba hecho una piltrafa.

Cuando el ratón lo hubo frotado un rato y le hubo escurrido parte del agua, le dijo:

—Ahora, amigo mío, corre por el camino a toda velocidad hasta que hayas entrado en calor y estés seco. Yo iré a buscar la cesta.

Y el pobre topo, mojado por fuera y avergonzado por dentro, corrió por el camino hasta que estuvo casi seco mientras el ratón se zambullía en el agua, llegaba a la barca, le daba la vuelta y

trasladaba lentamente su propiedad flotante a la orilla. Luego volvió a zambullirse en busca de la cesta, la encontró y con gran dificultad la sacó del agua.

Cuando todo estuvo listo para marcharse, el topo, agotado y abatido, se sentó en la popa de la barca. Y cuando se pusieron en marcha, dijo en voz baja, quebrada por la emoción:

—Ratoncito, mi generoso amigo, lamento mucho mi estúpida y desagradecida conducta. Se me encoge el corazón solo de pensar que podríamos haber perdido esta bonita cesta. Sí, he sido un idiota, y lo sé. ¿No me lo tendrás en cuenta por esta vez, me perdonarás y dejarás que todo siga como antes?

—¡No pasa nada, amigo mío! —le contestó el ratón alegremente—. ¿Qué es mojarse un poco para un ratón de agua? La mayoría de los días paso más tiempo en el agua que fuera. No le des más vueltas. Mira, creo que deberías venir a pasar una temporada conmigo. Mi casa es muy sencilla y agreste, ya sabes, nada que ver con la casa del sapo, aunque aún no la has visto, pero estarás cómodo. Te enseñaré a remar y a nadar, y pronto serás tan hábil en el río como cualquiera de nosotros.

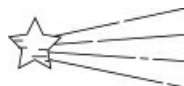
Al topo le conmovieron tanto sus amables palabras que no sabía qué decirle y tuvo que limpiarse un par de lágrimas con el dorso de la garra. Pero el ratón desvió amablemente la mirada, y de repente el topo recuperó su buen humor e incluso fue capaz de replicar a un par de gallinetas comunes que se burlaban de su aspecto desaliñado.

Cuando llegaron a casa, el ratón encendió una gran hoguera en el salón, sentó al topo delante, en un sillón, después de haberle ofrecido una bata y unas zapatillas, y le contó historias del río hasta la hora de cenar. Eran historias muy emocionantes para un animal terrestre como el topo. Historias sobre presas, inundaciones repentinas, lucios saltarines, barcos de vapor que tiraban botellas — como mínimo las botellas caían al agua, y desde los barcos de vapor, así que cabía pensar que las tiraban—, historias sobre garzas y sobre lo curiosas que eran con quienes se dirigían a ellas, sobre aventuras en los desagües, noches de pesca con la nutria y excursiones con el tejón. Cenaron de muy buen humor. Pero muy poco después, el atento anfitrión tuvo que acompañar al adormilado topo al piso de arriba, a la habitación de invitados, donde apoyó la cabeza en la almohada muy tranquilo y satisfecho, sabiendo que su nuevo amigo, el río, lamía el alféizar de la ventana.

Para el liberado topo, aquel día fue el primero de muchos otros similares, más largos e interesantes a medida que avanzaba el verano. Aprendió a nadar, a remar y a disfrutar del agua. Y pegando la oreja a los juncos, de vez en cuando oía lo que el viento no dejaba de susurrar.

Un retrato

GUY DE MAUPASSANT



Hombre, Milial!», dijo alguien cerca de mí.

Miré a la persona señalada, porque hacía mucho que tenía ganas de conocer a aquel don Juan.

Ya no era joven. Sus cabellos grises, de un gris turbio, se parecían un poco a esos gorros de pelo con que se cubren ciertos pueblos del Norte, y su barba fina, que, bastante larga, le caía sobre el pecho, también tenía un aspecto de piel. Hablaba en voz baja con una mujer, inclinado hacia ella, con una mirada dulce, llena de homenajes y de caricias.

Conocía su vida, o al menos lo que de ella se sabía. Había sido amado hasta la locura varias veces. Se hablaba de él como de un hombre muy seductor, casi irresistible. Cuando yo interrogaba a las mujeres que más lo elogiaban para saber de dónde le venía aquel poder, siempre respondían, tras pensárselo un rato:

«No sé... es su encanto».

Desde luego, no era guapo. No tenía nada de las elegancias de que suponemos dotados a los conquistadores de corazones femeninos. Muy interesado, me preguntaba dónde estaba oculta su seducción. ¿En su ingenio?... Nunca me habían citado frases suyas ni siquiera alabado su inteligencia... ¿En la mirada?... Quizá... ¿O en la voz?... La voz de ciertas personas tiene gracias sensuales, irresistibles, el sabor de cosas exquisitas cuando se comen. Sentimos hambre de oírlas, y el sonido de sus palabras penetra en nosotros como una golosina.

Pasaba un amigo. Le pregunté:

—¿Conoces al señor Milial?

—Sí.

—¿Por qué no nos presentas?

Un minuto después intercambiábamos un apretón de manos y charlábamos entre dos puertas. Pensaba bien, era agradable de oír, sin que dijera nada extraordinario. La voz era, en efecto, bella, dulce, acariciadora, musical; pero yo las había oído más cautivadoras, más conmovedoras. Se le escuchaba con placer, como se mira correr un manantial bonito. No se necesitaba ninguna tensión de pensamiento para seguirle, ningún sobreentendido excitaba la curiosidad, ninguna expectativa mantenía despierto el interés. Su conversación era más bien tranquilizadora y no encendía en nosotros ni un vivo deseo de responder y contradecir, ni una aprobación maravillada.

Además, era tan fácil dialogar con él como escucharle. La respuesta acudía a los labios por sí misma en cuanto él había terminado de hablar, y las frases iban hacia él como si lo que había dicho las hiciera salir con toda naturalidad de la boca.

No tardó en sorprenderme una reflexión. Hacía un cuarto de hora que le conocía, y tenía la impresión de que era uno de mis viejos amigos, que todo en él me era familiar desde hacía mucho: su cara, sus gestos, su voz, sus ideas.

Bruscamente, tras unos instantes de charla, tuve la impresión de que se había instalado en mi intimidad. Entre nosotros todas las puertas estaban abiertas, y tal vez yo le habría hecho sobre mí mismo, si él las hubiera solicitado, esas confidencias que por lo general solo se hacen a los compañeros más viejos.

Desde luego, allí había un misterio. Esas barreras cerradas entre todas las personas, y que el tiempo va abriendo una tras otra cuando la simpatía, los gustos parecidos, una misma cultura intelectual y relaciones constantes las han ido abriendo poco a poco, parecían no existir entre él y yo, y sin duda entre él y todos aquellos, hombres y mujeres, que el azar ponía en su camino.

Al cabo de media hora nos separamos prometiéndonos vernos a menudo, y me dio su dirección tras haberme invitado a almorzar dos días después.

Como se me olvidó la hora, llegué demasiado pronto; él no había vuelto a casa. Un criado correcto y mudo abrió ante mí un bello salón algo oscuro, íntimo, recogido. Me sentí en él a gusto, como en mi casa. ¡Cuántas veces he observado la influencia de las casas en el carácter y en el espíritu! Hay habitaciones donde uno siempre se siente idiota; otras, en cambio, donde siempre nos sentimos inspirados. A pesar de ser luminosas, blancas y doradas, unas nos entristecen; otras, a pesar de sus colgaduras de colores suaves, nos alegran. Nuestros ojos, como nuestro corazón, tienen sus odios y sus ternuras, de los que con frecuencia no nos informan, y que imponen secreta, furtivamente, a nuestro temperamento. La armonía de los muebles, de las paredes, el estilo de un conjunto, actúan de modo inmediato sobre nuestra naturaleza intelectual como el aire de los bosques, del mar o de la montaña modifica nuestra naturaleza física.

Me senté en un sofá perdido bajo unos cojines, y de pronto me sentí sostenido, llevado, acolchado por aquellas bolsitas de plumón cubiertas de seda, como si la forma y el lugar de mi cuerpo hubieran sido marcados por adelantado sobre aquel mueble.

Luego me puse a mirar. No había nada notorio en el salón; en todas partes bellas cosas modestas, muebles sencillos y poco vistos, unas cortinas de Oriente que no parecían proceder del Louvre, sino del interior de un harén, y, frente a mí, un retrato de mujer. Era un retrato de tamaño medio, de la cabeza y la mitad superior del cuerpo, y las manos que sujetaban un libro. Era una mujer joven, sin nada en la cabeza, peinada con bandós lisos, sonriendo con cierta tristeza. Por no llevar nada en la cabeza o por la impresión de su porte tan natural, nunca un retrato de mujer me pareció tan en su ambiente como aquel, en aquella casa. Casi todos los que conozco están representando algo, que la señora tiene vestidos de ceremonia, o un peinado favorecedor, o un aire de saber bien que está posando ante el pintor primero, y luego ante todos los que la miren, o que ha adoptado una actitud de abandono en un desaliño bien elegido.

Unas están de pie, majestuosas, en la plenitud de su belleza, con una expresión de altivez que no fueron capaces de mantener mucho tiempo en su vida ordinaria. Otras hacen melindres, en la inmovilidad del lienzo; y todas tienen alguna nadería, una flor o una alhaja, un pliegue del vestido o del labio, que se nota puesta por el pintor, buscando el efecto. Ya lleven un sombrero, ya un encaje sobre la cabeza, o solo su pelo, se adivina que tienen algo que no es del todo natural. ¿Qué? Lo ignoramos, porque no las hemos conocido, pero se nota. Parecen estar de visita en alguna parte, en casa de personas a las que quieren agradar, a las que quieren causar la mejor impresión; han estudiado su actitud, tanto la modesta como la altiva.

¿Qué decir de aquella? Estaba en su casa, y sola. Sí, estaba sola, porque sonreía como se sonríe cuando se piensa en soledad en algo triste y dulce, y no como se sonríe cuando una es mirada. Estaba tan sola, y en su casa, que hacía el vacío en todo aquel gran aposento, el vacío absoluto. Ella lo habitaba, lo llenaba, lo animaba sola; podía entrar en él mucha gente, y toda esa gente podía hablar, reír, incluso cantar; ella siempre estaría sola, con una sonrisa solitaria, y ella sola le daría vida con su mirada de retrato.

También era única aquella mirada. Caía recta sobre mí, acariciadora y fija, sin verme. Todos los retratos saben que son contemplados, y responden con los ojos, con unos ojos que ven, que piensan, que nos siguen, sin abandonarnos, desde nuestra entrada hasta nuestra salida del aposento que habitan.

Aquel no me veía, no veía nada, aunque su mirada estuviera clavada fijamente en mí. Recordé el sorprendente verso de Baudelaire:

Et tes yeux attirants comme ceux d'un portrait.

[Y tus ojos atrayentes como los de un retrato.]

Me atraían, en efecto, de una forma irresistible, lanzaban en mi interior una turbación extraña, poderosa, nueva, aquellos ojos pintados que habían vivido o que quizá vivían todavía. ¡Oh, qué

encanto infinito y debilitador como una brisa que pasa, seductor como un cielo moribundo de crepúsculo lila, rosa y azul, y un poco melancólico como la noche que llega después, salía de aquel cuadro sombrío y de aquellos ojos impenetrables! Aquellos ojos, aquellos ojos creados por unas cuantas pinceladas, ocultaban en ellos el misterio de lo que parece ser y no existe, de lo que puede surgir en una mirada de mujer, de lo que hace germinar el amor en nosotros.

Se abrió la puerta. Entraba el señor Milial. Se disculpó por haberse retrasado. Yo me disculpé por haberme adelantado. Luego le dije:

—¿Es indiscreto preguntarle quién es esta mujer?

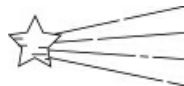
Respondió:

—Es mi madre, que murió muy joven.

Y entonces comprendí de dónde provenía la inexplicable seducción de aquel hombre.

Las ventanas de oro

LAURA E. RICHARDS



El niño trabajaba muy duro durante todo el día, en el campo, en el granero y en el cobertizo, porque pertenecía a una familia de campesinos pobres que no podían pagar a un trabajador. Pero al atardecer tenía una hora libre, que su padre le había concedido. Entonces el niño subía a la cima de una colina y contemplaba otra colina que se elevaba a varios kilómetros de distancia. En aquella colina lejana había una casa con ventanas de oro y diamantes. Brillaban y resplandecían tanto que el niño tenía que entrecerrar los ojos para mirarlas. Pero al rato los habitantes de la casa cerraban las contraventanas, por lo visto, y entonces parecía una granja normal y corriente. El niño suponía que lo hacían porque era la hora de cenar, y entonces volvía a su casa, cenaba pan y leche, y se metía en la cama.

Un día, el padre del niño lo llamó y le dijo:

—Como te has portado bien, te has ganado un día de fiesta. Tómate el día libre, pero recuerda que te lo ha dado Dios e intenta aprender algo bueno.

El niño dio las gracias a su padre y besó a su madre. Luego se metió un trozo de pan en el bolsillo y se dirigió a la casa de las ventanas de oro.

Fue un paseo muy agradable. Sus pies descalzos dejaban marcas en el polvo blanco, y cuando se giraba, las huellas parecían perseguirlo y hacerle compañía. Su sombra también se mantenía a su lado, y bailaba o corría con él a su antojo, así que estaba muy contento.

Al rato le entró hambre, se sentó junto a un arroyo que atravesaba un seto de alisos, junto a la carretera, se comió el pan y bebió agua clara. Tiró las migas a los pájaros, como le había enseñado su madre, y siguió su camino.

Mucho rato después llegó a una alta colina cubierta de vegetación. Y al subir la colina, vio la casa, en la cima, aunque parecía que las contraventanas estaban cerradas, porque no veía las

ventanas de oro. Se acercó a la casa y le entraron ganas de llorar, porque las ventanas eran de vidrio, como las demás, y no había oro en ninguna parte.

Una mujer abrió la puerta, miró amablemente al niño y le preguntó qué quería.

—Desde lo alto de nuestra colina veía las ventanas de oro —le contestó—, y he venido a verlas, pero son solo de vidrio.

La mujer negó con la cabeza y se rio.

—Somos campesinos pobres —le dijo—, así que dudo que podamos tener oro en las ventanas. Pero el vidrio es mejor para ver lo que hay fuera.

Le pidió al niño que se sentara en el gran escalón de piedra de delante de la puerta, le llevó un vaso de leche y un pastel, y le dijo que descansara. Luego llamó a su hija, una niña de su edad, miró a ambos con ternura y volvió a su trabajo.

La niña iba descalza, como él, y llevaba un vestido marrón de algodón, pero su pelo era dorado como las ventanas que había visto, y sus ojos eran azules como el cielo al mediodía. Llevó al niño por la granja y le mostró su ternero negro con una estrella blanca en la frente, y él le habló de su casa, que era roja como una castaña, con cuatro pilares blancos. Luego, cuando habían compartido una manzana y se habían hecho amigos, el niño le preguntó por las ventanas de oro. La niña asintió y le dijo que sabía de lo que estaba hablando, pero que se había equivocado de casa.

—¡Has cogido el camino que no era! —le dijo—. Ven conmigo. Te mostraré la casa de las ventanas de oro y podrás verla por ti mismo.

Se dirigieron a una loma que se elevaba detrás de la granja, y en el camino la niña le contó que solo podían verse las ventanas de oro a determinada hora, al atardecer.

—Sí, lo sé —le dijo el niño.

Cuando llegaron a la cima de la loma, la niña se giró y señaló un punto. Y allí, en una colina lejana, estaba la casa con ventanas de oro y diamantes, tal como el niño la había visto. Y al volver a mirarla, se dio cuenta de que era su casa.

Le dijo a la niña que tenía que marcharse. Le regaló su piedra más bonita, una piedra blanca con una franja roja que había llevado en el bolsillo durante todo un año, y la niña le regaló a él tres castañas de indias, una roja como el satén, otra con manchas y la otra blanca como la leche. El niño le dio un beso y le prometió volver, pero no le contó lo que había descubierto. Volvió a bajar la colina, y la niña se quedó observándolo a la luz del atardecer.

Como el camino era largo, anocheció antes de que el niño hubiera llegado a casa, pero la luz de la lámpara y del fuego resplandecía a través de las ventanas y las hacía brillar tanto como había visto desde lo alto de la colina. Y cuando abrió la puerta, su madre fue a darle un beso, su hermana pequeña corrió a abrazarlo, y su padre, sentado junto al fuego, levantó la mirada y le sonrió.

—¿Te lo has pasado bien? —le preguntó su madre.

Sí, el niño se lo había pasado muy bien.

—¿Y has aprendido algo? —le preguntó su padre.

—¡Sí! —le contestó el niño—. He aprendido que las ventanas de nuestra casa son de oro y diamantes.

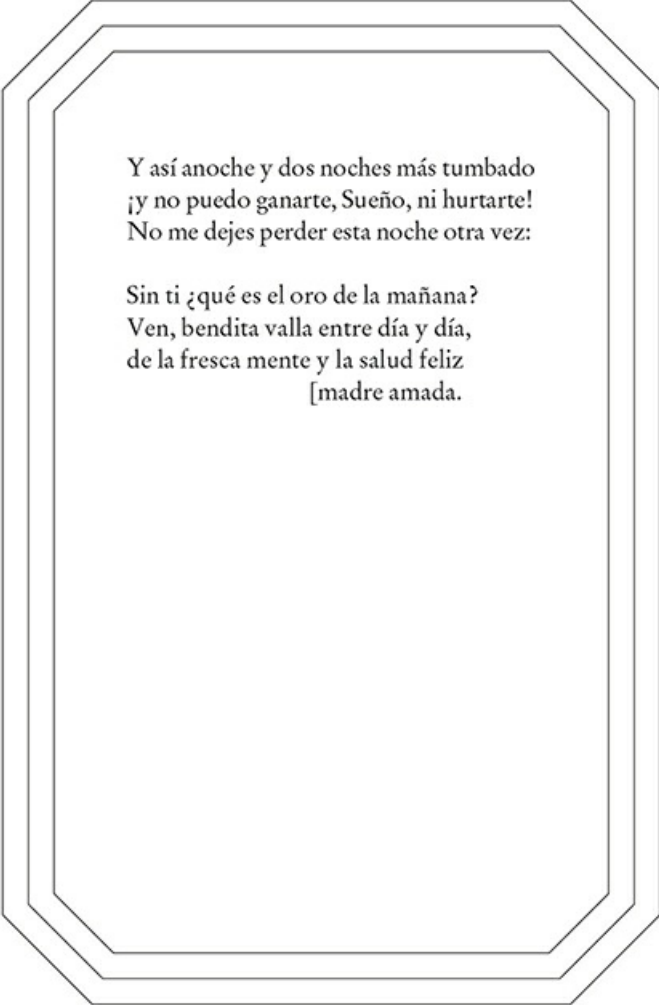


Dormir

WILLIAM WORDSWORTH

Un rebaño de ovejas que dulces pasan
una tras otra; suena la lluvia, oigo el rumor
de abejas; vientos, mares y cascadas,
suaves pastos, blancas láminas de agua,
[cielos puros.

He pensado en todo eso a ratos y sigo aún
insomne; y pronto la melodía de los
[gorriones
oiré, cantada primero desde los frutales,
y del cuco el primer grito melancólico.

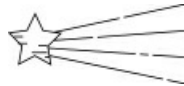


Y así anoche y dos noches más tumbado
¡y no puedo ganarte, Sueño, ni hurtarte!
No me dejes perder esta noche otra vez:

Sin ti ¿qué es el oro de la mañana?
Ven, bendita valla entre día y día,
de la fresca mente y la salud feliz
[madre amada.

Diario de un don nadie (extracto)

GEORGE & WEEDON GROSSMITH



Introducción del señor Pooter

Por qué no habría de publicar mi diario? He visto muchas memorias de personas de las que nunca he oído hablar, y no logro entender por qué —por el mero hecho de que yo no sea nadie— mi diario no habría de ser interesante. Solo me arrepiento de no haberlo empezado cuando era joven.

Charles Pooter.

Los Laureles,

Brickfield Terrace,

Holloway.

I

Nos instalamos en nuestro nuevo hogar y decido escribir un diario. Los tenderos nos molestan un poco, y también el limpiabarros. El cura llama a la puerta, y me hace un gran honor.

Mi querida esposa, Carrie, y yo llevamos solo una semana en nuestra nueva casa, Los Laureles, en Brickfield Terrace, Holloway, una bonita residencia de seis habitaciones, sin contar el sótano, con un salón que da a la fachada. Delante tenemos un pequeño jardín, y un tramo de diez escalones lleva a la puerta principal, que, por cierto, está cerrada con pestillo. Cummings, Gowing y los demás amigos íntimos siempre entran por la pequeña entrada lateral, lo que libra a la criada de la molestia de dejar lo que esté haciendo para subir hasta la puerta principal. Tenemos un bonito

jardín trasero que se extiende hasta las vías del tren. Al principio temíamos el ruido de los trenes, pero el propietario nos dijo que al poco tiempo ni nos daríamos cuenta y nos descontó dos libras del alquiler. Tenía razón, y, aparte de la grieta que se ha abierto en la pared del jardín, no hemos sufrido inconvenientes.

Tras mi trabajo en el centro de la ciudad, me gusta quedarme en casa. ¿De qué sirve una casa si nunca estás en ella? Mi lema es «Hogar, dulce hogar». Siempre paso las tardes en casa. Nuestro viejo amigo Gowing se presenta a veces sin avisar. Y Cummings, que vive enfrente. Mi querida esposa, Caroline, y yo estamos encantados de verlos cuando vienen a visitarnos. Pero Carrie y yo podemos pasar las tardes juntos, sin amigos. Siempre hay algo que hacer: un clavo por aquí, una persiana que enderezar, un ventilador que clavar o un trozo de moqueta que rematar, todo lo cual puedo hacer con la pipa en la boca, y a Carrie no se le caen los anillos por coser un botón de una camisa, remendar una almohada o tocar «Sylvia Gavotte» en nuestro nuevo piano de pared (que pagaremos en tres años), fabricado por W. Bilkson (en letras pequeñas), de Collard and Collard (en letras muy grandes). También es un gran alivio para nosotros saber que a nuestro hijo, Willie, le va tan bien en el banco de Oldham. Nos gustaría verlo más a menudo. Ahora para mi diario:

3 de abril: Llamaron a la puerta los tenderos para ofrecerme sus servicios, y prometí a Farmerson, el ferretero, que me pasaría por su tienda si necesitaba clavos o herramientas. Por cierto, esto me recuerda que la puerta de nuestro dormitorio no tiene llave y que hay que revisar los timbres. El timbre de la sala está roto, y el de la puerta de entrada suena en la habitación de la criada, lo cual es ridículo. Mi querido amigo Gowing se pasó por aquí, pero no se quedó porque dijo que el olor a pintura era infernal.

4 de abril: Los tenderos siguen pasándose por aquí. Como Carrie no estaba en casa, llegué a un acuerdo con Horwin, que me pareció un carnicero muy educado, con una tienda bonita y limpia. Le encargué una pierna de cordero para mañana, a ver qué tal. Carrie habló con Borset, el vendedor de mantequilla, y le encargó medio kilo de mantequilla fresca, kilo y medio de salada para cocinar y un chelín de huevos. Por la noche, Cummings se presentó inesperadamente para mostrarme una pipa de espuma de mar que le había tocado en una tómbola del centro y me dijo que la tratara con cuidado, porque si la cogía con las manos mojadas, estropearía los colores. Dijo que no se quedaba porque no soportaba el olor a pintura, y al salir tropezó con el limpiabarros. Debo quitarlo de ahí o acabaré «embarrado». No suelo hacer chistes.

5 de abril: Llegaron dos piernas de cordero, porque Carrie había encargado una a otro carnicero sin consultarme. Gowing se pasó por aquí y al entrar tropezó con el limpiabarros. Tengo que quitar ese limpiabarros.

6 de abril: Los huevos del desayuno eran sencillamente deplorables. Pedí que se los devolvieran a Borset, que lo saludaran de mi parte y que le dijeran que no es necesario que vuelva a llamar. No encontraba el paraguas, y como estaba lloviendo a cántaros, tuve que salir sin él. Sara me dijo que el señor Gowing debió de llevárselo ayer por error, porque en el recibidor había un bastón que no era nuestro. Por la tarde, al oír a alguien hablando a gritos con la criada en el recibidor, salí a ver quién era y me sorprendió descubrir que era Borset, el vendedor de mantequilla, tan borracho como ofensivo. Al verme, Borset dijo que lo colgaran si volvía a servir a oficinistas del centro de la ciudad, porque no le salía a cuenta. Me contuve y le comenté en voz baja que creía que un oficinista del centro de la ciudad podía ser un caballero. Me contestó que se alegraba mucho de oírlo y me preguntó si alguna vez me he encontrado con alguno, porque él no. Se marchó dando un portazo que casi rompe el montante. Y lo oí tropezar con el limpiabarros, así que me alegré de no haberlo quitado. Cuando ya se había ido, se me ocurrió una respuesta estupenda que debería haberle dado. Pero la dejaré para otra ocasión.

7 de abril: Como era sábado, esperaba volver temprano a casa y solucionar varias cosas, pero dos jefes no vinieron a la oficina porque estaban enfermos, así que no llegué a casa hasta las siete. Borset estaba esperándome. Había pasado tres veces a disculparse por su conducta de ayer. Me dijo que el lunes pasado no había podido tomarse el día libre y que se lo tomó ayer. Me rogó que aceptara sus disculpas y medio kilo de mantequilla fresca. Después de todo, parece un tipo educado, así que le encargué huevos frescos, aunque le pedí que esta vez fueran frescos. Me temo que al final tendremos que comprar alfombras nuevas para la escalera. Las viejas son estrechas y no llegan a la pintura de los lados. Carrie dice que podríamos pintar el hueco. El lunes veré si encuentro el mismo color (chocolate oscuro).

Domingo, 8 de abril: Después de misa, el cura volvió con nosotros. Le pedí a Carrie que abriera la puerta principal, que solo utilizamos en ocasiones especiales. No pudo abrirla, así que, tras mi alarde, tuve que llevar al cura (que, por cierto, no recuerdo cómo se llama) a la entrada lateral. Se le quedó el pie enganchado en el limpiabarros y se le rasgó el bajo de los pantalones. Un fastidio, porque, al ser domingo, Carrie no podía pedir que se los cosieran. Después de comer nos echamos una siesta. Dimos un paseo por el jardín y descubrimos un sitio muy bonito para plantar mostaza, berros y rábanos. Por la tarde volvimos a misa, y regresamos con el cura. Carrie observó que llevaba los mismos pantalones, aunque cosidos. El cura quiere que me ocupe de pasar el cepillo, y me parece un gran honor.

II

Los tenderos y el limpiabarroos siguen dando problemas. Empiezo a hartarme de que Gowing se queje de la pintura. El placer de la jardinería. Se produce un pequeño malentendido entre el señor Stillbrook, Gowing, Cummings y yo. Sarah me hace quedar como un tonto delante de Cummings.

9 de abril: La mañana empezó mal. El carnicero, al que decidimos no hacer encargos, llamó a la puerta y se dirigió a mí en un tono totalmente fuera de lugar. Empezó insultándome y me dijo que no me quiere como cliente. Me limité a contestarle: «Entonces ¿por qué arma este alboroto?». Y me gritó a voz en cuello, para que todos los vecinos lo oyeran: «¡Bah! Estoy de acuerdo. ¡Uf! ¡Clientes como usted los hay a montones!».

Cerré la puerta, y estaba haciéndole entender a Carrie que aquella vergonzosa escena había sido culpa suya cuando oímos una patada en la puerta tan fuerte que estuvo a punto de romperla. Era otra vez el sinvergüenza del carnicero, que dijo que se había hecho un corte en el pie con el limpiabarroos y que iba a denunciarme inmediatamente. De camino a la ciudad pasé por la ferretería de Farmerson y le pedí que retirara el limpiabarroos y que arreglara los timbres, porque creo que no merece la pena molestar al propietario por temas tan insignificantes.

Llegué a casa cansado y preocupado. El señor Putley, un pintor y decorador que nos había enviado su tarjeta, me dijo que no podía encontrar el color de la escalera, porque contenía carmín de Indias. Me dijo que se había pasado toda la mañana llamando a almacenes para ver si podía conseguirlo. Me propuso pintar toda la escalera. Costaría muy poco más. Si la pintaba con un color parecido, sería una chapuza. Sería más satisfactorio para él y para nosotros trabajar como es debido. Acepté, aunque me dio la sensación de que me había dejado convencer. Planté mostaza, berros y rábanos, y me metí en la cama a las nueve.

10 de abril: Vino Farmerson a ocuparse personalmente del limpiabarroos. Parece un tipo muy educado. Me dijo que no suele ocuparse él mismo de estos trabajillos, pero que lo haría por mí. Le di las gracias y me dirigí a la ciudad. Es una vergüenza lo tarde que llegan algunos empleados jóvenes. Les dije a tres de ellos que si el señor Perkupp, el director, se enteraba, los despediría.

Pitt, un mono de diecisiete años, que solo lleva seis semanas con nosotros, me dijo que me lo tomara con calma. Le informé de que tenía el honor de llevar veinte años en la empresa, a lo que me contestó insolentemente que se me notaba. Lo miré, indignado, y le dije: «Le exijo cierto respeto, caballero». Me contestó: «Muy bien, siga exigiendo». No volveré a discutir con él. No se puede discutir con personas así. Por la tarde vino Gowing y volvió a quejarse del olor a pintura.

A veces Gowing se pone muy pesado, y sus comentarios no siempre son prudentes. En cierta ocasión, Carrie tuvo que recordarle, muy oportunamente, que ella estaba presente.

11 de abril: La mostaza, los berros y los rábanos aún no han brotado. Hoy ha sido un día de incordios. Perdí el autobús de las nueve menos cuarto por discutir con el repartidor del colmado, que por segunda vez había cometido la impertinencia de llevar la cesta a la puerta principal y había dejado las huellas de sus botas sucias en los escalones recién fregados. Dijo que se había pasado un cuarto de hora llamando con los nudillos a la puerta lateral. Yo sabía que Sarah, nuestra criada, no había podido oírlo, porque estaba en el piso de arriba limpiando los dormitorios, así que le pregunté al chico por qué no había llamado al timbre. Me contestó que tiró de la cuerda del timbre, pero se quedó con el tirador en la mano.

Llegué media hora tarde a la oficina, cosa que nunca me había sucedido. Últimamente se han producido muchas irregularidades de asistencia por parte de los empleados, y por desgracia el director, el señor Perkupp, eligió precisamente esta mañana para presentarse a primera hora. Alguien había dado el chivatazo a los demás. El resultado fue que solo yo llegué tarde. Buckling, un encargado que es un santo, intercedió por mí y me salvó. Al pasar por la mesa de Pitt, le oí comentar al compañero de al lado: «¡Es una vergüenza lo tarde que llegan algunos encargados!». Se refería a mí, por supuesto. No contesté a su comentario. Me limité a lanzarle una mirada asesina, que por desgracia solo sirvió para que los dos empleados se rieran. Luego pensé que habría sido más digno fingir que no lo había oído. Por la tarde vino Cummings y jugamos al dominó.

12 de abril: La mostaza, los berros y los rábanos aún no han brotado. Dejé a Farmerson arreglando el limpiabarros, pero al volver a casa encontré a tres hombres trabajando. Pregunté qué estaba pasando, y Farmeson me contestó que haciendo un agujero había perforado la tubería del gas. Dijo que no podía haber un lugar más absurdo para colocar la tubería del gas y que era evidente que quien lo hizo no tenía ni idea. Me pareció que su excusa no va a servirme de consuelo ante el gasto que iba a suponerme.

Por la tarde, después del té, llegó Gowing y fumamos juntos en el salón. Carrie se unió a nosotros después, pero no se quedó mucho rato, porque dijo que había demasiado humo para ella. También para mí, porque Gowing me había ofrecido un puro verde, según me dijo, que su amigo Shoemach acababa de traer de América. El puro no era de color verde, aunque imagino que yo sí, porque cuando me había fumado algo más de la mitad del puro tuve que retirarme con la excusa de pedirle a Sarah que trajera los vasos.

Di tres o cuatro vueltas al jardín, porque necesitaba tomar el aire. Al volver, Gowing se dio cuenta de que no estaba fumando y me ofreció otro puro, que rechacé educadamente. Gowing

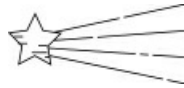
empezó a olisquear, como de costumbre, así que me adelanté y le dije: «No vas a volverte a quejar del olor a pintura, ¿verdad?». Me contestó: «No, esta vez no, pero te digo una cosa: huele a podrido». No suelo hacer chistes, pero le repliqué: «Tú sí que tienes la boca podrida». No pude evitar reírme, y Carrie me dijo que se había reído tanto que casi le dolían las costillas. Nunca me habían hecho tanta gracia mis palabras. De hecho, durante la noche me desperté dos veces y me reí hasta que la cama tembló.

13 de abril: Una extraordinaria coincidencia: Carrie había llamado a una mujer para encargarle unas fundas para las sillas y el sofá de la sala de estar, para evitar que el sol quemara la tela verde. Cuando vi a la mujer, la reconocí. Hace años trabajaba para mi anciana tía en Clapham. Lo que demuestra lo pequeño que es el mundo.

14 de abril: Pasé toda la tarde en el jardín, tras haber comprado por la mañana en un puesto de libros, por cinco peniques, un pequeño volumen en excelente estado sobre jardinería. Conseguí y sembré varias plantas perennes que resisten bastante el frío en lo que imagino que será un parterre cálido y soleado. Se me ocurrió un chiste y llamé a Carrie. Carrie llegó de mal humor. Le dije: «Acabo de descubrir que tenemos una pensión». Me preguntó: «¿Qué quieres decir?». Le contesté: «Mira los huéspedes». Carrie me dijo: «¿Para esto me llamas?». Le dije: «En cualquier otro momento te habrías reído de mi chiste». Carrie me dijo: «Efectivamente, en cualquier otro momento, pero no cuando tengo cosas que hacer en casa». La escalera estaba muy bonita. Gowing se presentó y dijo que la escalera estaba bien, pero que la barandilla estaba fatal, y sugirió que le diéramos también una mano de pintura. Carrie estuvo de acuerdo. Fui a ver a Putley, que por suerte había salido, así que tuve una buena excusa para saltarme la barandilla. Por cierto, esto también tiene su gracia.

La extracción de la espada

ANDREW LANG



Hace mucho, mucho tiempo, tras la muerte de Uther Pendragon, Gran Bretaña no tenía rey, y todos los caballeros esperaban apoderarse de la corona. El país iba mal, en todas partes se infringían las leyes, se pisoteaba el maíz destinado al pan de los pobres, y nadie castigaba a los malhechores. Entonces, cuando las cosas estaban peor, el mago Merlín se dirigió rápidamente al lugar donde vivía el arzobispo de Canterbury. Ambos deliberaron y decidieron que todos los señores y caballeros de Gran Bretaña debían ir a Londres y reunirse el día de Navidad, que estaba próximo, en la iglesia más grande de la ciudad. Y eso hicieron. La mañana de Navidad, al salir de la iglesia, vieron en el patio una gran piedra; en la piedra, una barra de acero; y en la barra de acero, una espada. Al lado estaba escrito en letras doradas: «Quien saque esta espada es rey de Inglaterra por derecho de nacimiento». Se quedaron sorprendidos ante estas palabras, llamaron al arzobispo y lo llevaron al lugar donde estaba la piedra. Los caballeros que querían ser rey no pudieron contenerse y tiraron de la espada con todas sus fuerzas, pero ni se movió. El arzobispo los observó en silencio, pero cuando desfallecieron de tanto tirar, dijo:

—El hombre que levantará esta espada no está aquí, ni sé dónde encontrarlo. Pero este es mi consejo: que se elija a dos caballeros, hombres buenos y leales, que custodien la espada.

Así se hizo. Pero los señores y los caballeros gritaron que todos los hombres tenían derecho a intentar conseguir la espada, y decidieron que el día de Año Nuevo se celebraría un torneo al que podría apuntarse todo caballero que lo deseara.

Así que el día de Año Nuevo, los caballeros, como era su costumbre, asistieron a misa en la gran iglesia, y una vez concluida se reunieron en el campo para prepararse para el torneo. Entre ellos estaba un valiente caballero llamado sir Héctor, que había llegado con sir Kay, su hijo, y con Arturo, hermanastro de Kay. La noche anterior Kay se había quitado la espada y, con las prisas

por llegar al torneo, había olvidado volver a ponérsela, así que rogó a Arturo que fuera a buscarla. Pero cuando Arturo llegó a la casa, la puerta estaba cerrada con llave, ya que las mujeres habían ido a ver el torneo, y aunque Arturo hizo lo posible por entrar, no lo consiguió. Se marchó muy enfadado y se dijo: «Kay no se quedará sin espada. Cogeré la del patio de la iglesia y se la daré». Y galopó a toda velocidad hasta llegar a la entrada del patio. Desmontó, ató el caballo a un árbol, corrió hacia la piedra, empuñó el mango de la espada y la extrajo fácilmente. Luego volvió a montar en su caballo y le entregó la espada a sir Kay. En cuanto sir Kay vio la espada, supo que no era la suya, sino la de la piedra, así que buscó a su padre, sir Héctor, y le dijo:

—Señor, esta es la espada de la piedra, por lo tanto soy el legítimo rey.

Sir Héctor no le contestó. Indicó con un gesto a Kay y a Arturo que lo siguieran y los tres volvieron a la iglesia. Dejaron los caballos fuera, entraron en la iglesia, y allí sir Héctor cogió un libro sagrado y le pidió a sir Kay que dijera bajo juramento cómo había conseguido aquella espada.

—Me la ha dado mi hermano Arturo —le contestó sir Kay.

—¿Cómo la habéis conseguido? —le preguntó sir Héctor a Arturo.

—Señor —le contestó Arturo—, cuando volví a casa a buscar la espada de mi hermano, no había nadie que pudiera entregármela. Como no podía quedarse sin espada, pensé en la que estaba clavada en la piedra y la saqué.

—¿Estaba presente algún caballero cuando la sacasteis? —le preguntó sir Héctor.

—No, ninguno —le contestó Arturo.

—Entonces el legítimo rey de este país sois vos —le dijo sir Héctor.

—¿Por qué soy el rey? —le preguntó Arturo.

—Porque es una espada encantada —le contestó sir Héctor—, y solo podía extraerla el legítimo rey. Así que volved a introducir la espada en la piedra y dejad que vea cómo la sacáis.

—Ahora mismo —le dijo Arturo.

Introdujo la espada en la piedra, y el propio sir Héctor intentó sacarla, pero no pudo.

—Ahora os toca a vos —le dijo a sir Kay.

Pero a sir Kay no le fue mejor que a su padre, aunque tiró con todas sus fuerzas.

—Ahora vos, Arturo.

Y Arturo la extrajo fácilmente, como si hubiera estado en su funda, y sir Héctor y sir Kay se arrodillaron ante él.

—Padre, hermano, ¿por qué os arrodilláis ante mí? —les preguntó Arturo, sorprendido.

—No, no, mi señor —le contestó sir Héctor—. Nunca he sido vuestro padre, aunque hasta hoy no sabía quién era vuestro verdadero padre. Sois hijo de Uther Pendragon; al nacer, Merlín en

persona os trajo a mí, y me prometió que sabría de quién erais hijo cuando llegara el momento. Ahora ya lo sé.

Pero cuando Arturo oyó que sir Héctor no era su padre, lloró amargamente.

—Si soy rey —dijo por fin—, decidme lo que queréis que haga, y no os fallaré. Porque a vos y a mi señora madre os debo más que a nadie en el mundo. Ella me ha querido y me ha tratado como a un hijo.

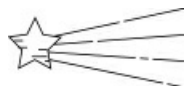
—Señor —le contestó sir Héctor—, solo os pido que hagáis a vuestro hermanastro, sir Kay, senescal de todas vuestras tierras.

—Lo haré —le contestó Arturo—, y mientras él y yo vivamos, ningún otro ocupará este cargo.

Entonces sir Héctor les pidió que lo acompañaran a buscar al arzobispo y le contaron lo que había sucedido con la espada, que Arturo había dejado en la piedra. El día de la Epifanía volvieron los caballeros y los barones, pero ninguno pudo extraer la espada, salvo Arturo. Al verlo, muchos barones se enfadaron y gritaron que nunca serían súbditos de un muchacho cuyo linaje no era mejor que el suyo. Decidieron esperar hasta el día de la Candelaria, cuando se reunirían allí más caballeros, y entretanto los dos hombres a los que habían elegido para custodiar la espada la vigilaron noche y día. Pero cuando llegó la Candelaria sucedió lo mismo, y en Pascua. Y cuando llegó Pentecostés, el pueblo llano, que estaba presente, vio a Arturo sacar la espada y gritó al unísono que era su rey y que matarían a todo aquel que dijera lo contrario. Entonces, ricos y pobres se arrodillaron ante él, Arturo cogió la espada y la depositó en el altar en el que estaba el arzobispo, y el mejor hombre de entre ellos lo nombró caballero. Después le pusieron la corona en la cabeza, y Arturo juró a sus señores y a su pueblo que sería un verdadero rey y que haría justicia todos los días de su vida.

El cansancio de Rosabel

KATHERINE MANSFIELD



Rosabel había comprado un ramito de violetas en la esquina de Oxford Circus, y esta era la razón por la que había merendado tan poco, porque un bollo, un huevo duro y una taza de cacao en Lyons no es comida suficiente tras una dura jornada de trabajo en una sombrerería. Y al subirse al autobús hacia Atlas, sujetándose la falda con una mano y agarrándose a la barandilla con la otra, Rosabel pensó que daría su alma por una buena cena —pato asado con guisantes, revoltijo de castañas y pudín con salsa de brandy—, algo caliente, fuerte y sustancioso. Se sentó al lado de una chica de su edad que estaba leyendo *Anna Lombard* en una edición barata, en rústica, con las páginas salpicadas de lluvia. Rosabel miró por la ventana. La calle estaba borrosa, sumida en la niebla, pero la luz que golpeaba los cristales convertía su opacidad en ópalo y plata, y las joyerías del otro lado de la ventana parecían palacios de cuentos de hadas. Tenía los pies terriblemente empapados y sabía que los bajos de la falda y de las enaguas estarían cubiertos de barro negro y grasiento. Le llegaba un repugnante olor a humanidad, al parecer procedente de los pasajeros, todos con la misma expresión, inmóviles y mirando al frente. ¿Cuántas veces había leído aquellos anuncios? «Sapolio ahorra tiempo, ahorra trabajo», «Salsa de Tomate Heinz», y el absurdo y aburrido diálogo entre un médico y un juez sobre las excepcionales virtudes de las sales Lamplough. Rosabel echó un vistazo al libro que la chica leía con tanta atención, moviendo los labios, cosa que odiaba, y chupándose el índice y el pulgar cada vez que pasaba una página. No veía bien lo que ponía, algo sobre una noche cálida y voluptuosa, de una banda tocando y de una chica con bonitos y blancos hombros. ¡Por Dios! Rosabel se revolvió en su asiento y se desabrochó los dos botones superiores del abrigo... Se asfixiaba. Con los ojos entrecerrados, las personas sentadas en el asiento de enfrente parecían tener la misma expresión pasmada, con la mirada fija...

Aquella era su parada. Al levantarse tropezó y cayó hacia la chica que estaba a su lado. «Le ruego que me disculpe», le dijo Rosabel, pero la chica ni siquiera levantó la mirada. Rosabel vio que seguía leyendo con una sonrisa.

Westbourne Grove le pareció lo que siempre había imaginado que sería Venecia por la noche, misterioso, oscuro; incluso las calesas eran como góndolas deslizándose de un lado a otro, y las luces, que avanzaban fantasmagóricamente —lenguas de fuego que lamían la calle mojada—, peces mágicos nadando en el Gran Canal. Se alegró mucho de llegar a Richmond Road, pero desde la esquina de la calle, hasta llegar al número 26, pensó en los cuatro tramos de escalones que la esperaban. Oh, ¿por qué cuatro pisos? Era un crimen pretender que las personas vivieran en pisos tan altos. Todas las casas deberían tener ascensor, algo sencillo y barato, o una escalera mecánica como la de Earls Court..., pero ¡cuatro pisos! Cuando entró en la portería y vio ante sí el primer tramo de escalones y la cabeza del albatros disecada, brillando como un fantasma a la luz de la pequeña lámpara de gas, estuvo a punto de echarse a llorar. Bueno, tenía que enfrentarse a ello. Era como subir una empinada montaña en bicicleta, pero sin la satisfacción de bajar a toda velocidad por el otro lado...

¡Su habitación por fin! Cerró la puerta, encendió la lámpara de gas, se quitó el sombrero, el abrigo, la falda y la blusa, descolgó su vieja bata de franela de detrás de la puerta, se la puso, se desató los cordones de las botas y pensó que las medias no estaban tan mojadas como para cambiárselas. Se acercó al lavamanos. Tampoco hoy habían llenado la jarra. Solo quedaba agua para humedecer la esponja, y el esmalte de la palangana se desconchaba... Era la segunda vez que se arañaba la barbilla.

Eran las siete de la tarde. Si subía la persiana y apagaba la lámpara de gas, el ambiente sería más relajado. Rosabel no quería leer. Se arrodilló en el suelo y apoyó los brazos en el alféizar de la ventana... Solo la separaba del húmedo mundo exterior una fina lámina de vidrio.

Empezó a pensar en todo lo que había sucedido durante el día. ¿Olvidaría algún día a la horrible mujer con impermeable gris que quería una gorra ribeteada —«morada, con algo rosa a cada lado»— o a la chica que se probó todos los sombreros de la tienda y luego dijo que se pasaría mañana y se decidiría por fin? Rosabel no pudo evitar sonreír. Era una excusa tan manida...

Pero hubo otra, una chica con una bonita melena pelirroja, piel blanca y ojos del color de la cinta verde y dorada que les había llegado de París la semana anterior. Rosabel vio su cupé eléctrico en la puerta. Y con ella entró un hombre bastante joven y muy bien vestido.

—¿Qué quiero exactamente, Harry? —le preguntó mientras Rosabel le quitaba los alfileres del sombrero, le desataba el velo y le daba un espejo de mano.

—Un sombrero negro —le contestó el joven—, un sombrero negro con una cinta alrededor que baje por la nuca, para que te la ates en la barbilla e introduzcas los extremos en el cinturón. Una

cinta bastante larga.

La chica miró a Rosabel riéndose.

—¿Tiene algún sombrero así?

Costó mucho complacerlos. Harry pedía lo imposible y Rosabel estuvo a punto de desesperarse. De repente recordó una enorme caja del piso de arriba, que aún no habían abierto.

—Oh, un momento, señora —le dijo—. Creo que tengo algo que le gustará.

Corrió al piso de arriba hasta quedarse sin aliento, cortó las cuerdas, retiró el papel de seda, y sí, ahí estaba el sombrero, bastante grande, blando, con una gran cinta alrededor y una rosa de terciopelo negro. Nada más. Les encantó. La chica se lo puso y después se lo tendió a Rosabel.

—Déjeme ver cómo le queda a usted —le dijo frunciendo un poco el ceño, muy seria.

Rosabel se giró hacia el espejo, se colocó el sombrero sobre su pelo castaño y se miró.

—Oh, Harry, ¿no es precioso? —dijo la chica—. ¡Lo quiero! —Volvió a sonreír a Rosabel—. Le queda muy bien.

De repente, una ridícula indignación se apoderó de Rosabel. Sintió deseos de lanzarle a la cara aquel precioso y frágil objeto. Se ruborizó y se inclinó hacia el sombrero.

—Los acabados son exquisitos, señora —le dijo.

La chica se dirigió a su cupé y dejó que Harry pagara y se llevara la caja.

—Iré directamente a casa y me lo pondré antes de salir a comer contigo —la oyó decir Rosabel.

El hombre se inclinó hacia Rosabel cuando le tendió la cuenta, y mientras contaba el dinero le preguntó:

—¿Le han hecho un retrato alguna vez?

—No —se limitó a contestarle Rosabel, consciente del repentino cambio de tono del hombre, ligeramente insolente, como si la conociera.

—Pues deberían —le dijo Harry—. Es usted condenadamente preciosa.

Rosabel no le prestó la más mínima atención. ¡Qué guapo era! No había pensado en otra cosa en todo el día. Su cara le fascinaba. Recordaba con toda claridad sus delgadas y perfiladas cejas, su pelo ligeramente ondulado y peinado hacia atrás, y su boca sonriente y desdeñosa. Recordó sus delgadas manos contando el dinero y dejándolo en las suyas... De repente Rosabel se apartó el pelo de la cara. Tenía la frente caliente... Ojalá aquellas delgadas manos pudieran detenerse un momento... ¡Qué suerte tenía la chica!

Supongamos que estuviera en su lugar. Rosabel habría vuelto a casa con él. Estaban enamorados, por supuesto, aunque no se habían comprometido, lo harían en breve. Rosabel le diría: «Vuelvo enseguida». Él la esperaría en el cupé mientras su criada cogía la caja del sombrero y la seguía escaleras arriba. Llegarían al gran dormitorio, blanco y rosa, con rosas en jarrones de plata vieja por todas partes. Se sentaría delante del espejo, y la criada francesa le

ataría el sombrero, le buscaría un velo elegante y otro par de guantes blancos de ante, porque a los que se había puesto por la mañana se les habría caído un botón. Se perfumaría el abrigo de piel, los guantes y el pañuelo, cogería un gran manguito y bajaría la escalera a toda prisa. El mayordomo le abriría la puerta, Harry estaría esperándola y se marcharían juntos... «Esto es vida», pensó Rosabel. De camino al Carlton pararon en Gerard's, y Harry le compró tantos ramos de violetas de Parma que no le cabían en las manos.

—¡Oh, qué bonitas! —dijo acercándose a la cara.

—Siempre deberías estar así —le contestó Harry—, con las manos llenas de violetas.

(Rosabel sintió que se le agarrotaban las rodillas. Se sentó en el suelo y apoyó la cabeza en la pared.) ¡Oh, qué comida! La mesa llena de flores, una banda detrás de unas palmeras tocando música que le encendía la sangre como el vino, la sopa, las ostras, los pichones, el puré de patatas, el champán, por supuesto, y luego el café y los cigarrillos. Se inclinó sobre la mesa con la copa en la mano y hablaría con aquella alegría encantadora que tanto le gustaba a Harry. Después una *matinée*, algo que les interesara a los dos, y luego un té en el Cottage.

—¿Azúcar? ¿Leche? ¿Nata?

Las preguntas domésticas parecían sugerir una alegre intimidad. Y al atardecer volvían a casa, y el dulce aroma de las violetas de Parma inundaba el aire.

—Pasaré a buscarte a las nueve —le dijo al dejarla en casa.

En su alcoba habían encendido el fuego y corrido las cortinas. La esperaba una gran pila de cartas: invitaciones a la ópera, cenas, bailes, un fin de semana en el río, una excursión en coche... Les echó un vistazo con indiferencia mientras subía a vestirse. En su habitación también habían encendido la chimenea y habían extendido en la cama su bonito vestido: tul blanco sobre plata, zapatos plateados, chal plateado y un pequeño abanico también plateado. Rosabel sabía que era la mujer más famosa del baile de aquella noche. Los hombres le rendían pleitesía y un príncipe extranjero quería que le presentaran a aquella maravilla inglesa. Sí, una noche voluptuosa, una banda tocando y sus preciosos hombros blancos...

Pero estaba muy cansada. Harry la llevó a casa y entró un momento con ella. En el salón se había apagado el fuego, pero la criada la esperaba dormida en su alcoba. Se quitó el abrigo, despidió a la criada, se acercó a la chimenea y se quitó los guantes. El fuego brillaba en su pelo. Harry cruzó la habitación y la abrazó.

—Rosabel, Rosabel, Rosabel...

Oh, el refugio de aquellos brazos, y estaba muy cansada.

(La verdadera Rosabel, la chica sentada en el suelo, a oscuras, se rio en voz alta y se llevó la mano a la boca.)

A la mañana siguiente fueron al parque, por supuesto. El *Court Circular* había anunciado su compromiso, todo el mundo lo sabía y le estrechaba la mano...

Se casaron poco después en Saint George, en Hanover Square, y fueron en coche a la antigua casa familiar de Harry a pasar la luna de miel. Los campesinos del pueblo se inclinaban a su paso, y ellos se apretaban las manos convulsivamente bajo los pliegues de la manta. Y esa noche volvió a ponerse su vestido blanco y plateado. Estaba cansada después del viaje y subió a acostarse... bastante temprano...

La verdadera Rosabel se levantó del suelo, se desnudó lentamente y dejó la ropa en el respaldo de una silla. Se puso su tosco camión de algodón y se quitó las horquillas del pelo. La suave cascada castaña le rodeó la cara. Luego apagó la vela, se metió a tuestas en la cama, tiró de las mantas y de la mugrienta colcha hasta el cuello y se acurrucó en la oscuridad...

Se quedó dormida y soñó, sonriendo, y en un momento dado, aún soñando, extendió el brazo para tocar algo que no estaba allí.

Transcurrió la noche. Los fríos dedos del amanecer se cerraron sobre su mano, destapada. Una luz gris inundó la oscura habitación. Rosabel se estremeció, bostezó y se incorporó. Y como había heredado aquel trágico optimismo, que muy a menudo es la única herencia de la juventud, aún medio dormida, sonrió y su boca tembló ligeramente.



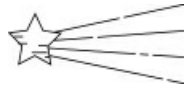
Nubes

CHRISTINA ROSSETTI

Ovejas blancas, blancas ovejas
en una colina azul,
cuando el viento se detiene,
sois todas quietud.
Cuando el viento sopla
lentas vais una tras otra.
Ovejas blancas, blancas ovejas,
¿adónde os llevan?

Las bellas

ANTON CHÉJOV



I

Recuerdo que cuando era un colegial de quinto o sexto curso acompañé una vez a mi abuelo desde la aldea de Bolshaia Krepkaia, en la región del río Don, hasta Rostov del Don. Era un día de agosto sofocante, depresivamente aburrido. Nuestros párpados permanecían pegados y nuestra boca reseca, a causa del calor y del viento seco que arrastraba las nubes de polvo en nuestra dirección. Ninguno de nosotros era capaz de observar lo que nos rodeaba, iniciar una conversación o pensar, y cuando nuestro adormilado cochero, Karpo el jojol, rozó mi gorra con su látigo al increpar al caballo no protesté, no hice sonido alguno, sino que me limité a entreabrir los ojos, a otear desanimado el horizonte: ¿podía verse alguna aldea a través de la polvareda? Nos detuvimos para dar de comer a los caballos en el extenso asentamiento armenio de Bajchi-Salaj, en la casa de un acomodado armenio conocido de mi abuelo. Nunca en toda mi vida he visto nada más grotesco que aquel hombre. Imaginaos una cabeza diminuta y pelada, con unas cejas enormes que colgaban hacia abajo, una nariz de aguilucho, bigotes inacabables y encanecidos, y una boca gruesa de la que sobresalía un chubuk de madera de cerezo. La cabecita había sido colocada con descuido sobre una carcasa extravagante y jorobada, recubierta por extraños atuendos, una chaqueta corta roja y unos vistosos pantalones bombachos azul cielo. La criatura caminaba extendiendo las piernas, arrastrando las zapatillas, mascullando con su chubuk metido en la boca, pero sin dejar de comportarse con la dignidad que caracteriza al auténtico armenio: ni una sola sonrisa, los ojos al acecho, y esforzándose en prestar tan poca atención a sus huéspedes como fuera posible.

Dentro de la morada del armenio no hacía viento, pero era igual de desagradable, recargada y deprimente que la pradera y el camino. Recuerdo que me senté sobre un cofre de color verde en una esquina de la sala, manchado de polvo y acalorado. Las paredes de madera sin pintar, los muebles y el entarimado recubierto de manchas ocres, apestaban a madera achicharrada por el sol. Donde fuera que mirase solo había moscas y más moscas. Mi abuelo y el armenio hablaban en voz baja sobre las ovejas, los campos y los problemas del pastoreo... Era consciente de que sería necesaria al menos una hora para que el samovar estuviera listo, y de que mi abuelo se pasaría otra hora entera tomando el té, para después echarse la siesta durante dos o tres horas más. Me pasaría un cuarto de mi día esperando, y lo que me aguardaba después era más calor, más polvo, más carreteras llenas de socavones. Escuchando las dos voces susurrantes empezó a parecerme que ya había visto hacía mucho al armenio, aquel armario lleno de cubiertos, las moscas y las ventanas sobre las que golpeaba el sol caliente, y que solo desaparecerían en un futuro muy distante. Sentí un odio inmenso por la estepa, el sol y las moscas...

Una mujer ucraniana que llevaba un chal puesto entró con una bandeja con los avíos del té, y después con el samovar. El armenio se dirigió con pasos cansinos hacia el vestíbulo y gritó:

—¡Mashia! ¡Entra y sirve el té! ¿Dónde estás, Mashia?

A continuación se oyeron unos pasos que se apresuraban, y una chica de unos dieciséis años entró en la sala. Llevaba puesto un vestido de algodón sin adornos y un chal blanco. Mientras lavaba los utensilios y servía el té permaneció de espaldas a mí, y todo cuanto observé fue que tenía la cintura estrecha y que iba descalza, y que sus largos pantalones le cubrían hasta los talones.

El dueño de la casa me ofreció un poco de té. Mientras tomaba asiento dirigí la mirada hacia el rostro de la muchacha que sostenía el vaso en mi dirección, y de pronto me sentí como si una brisa fresca hubiera inundado mi alma, llevándose a su paso todas las impresiones del día, toda su pesadez, todo el polvo de la carretera. Los rasgos más encantadores que puedan ser imaginados componían el rostro más maravilloso que hubiera visto nunca, ya fuera soñando o despierto. Frente a mí se encontraba una joven de veras hermosa, y fue este un hecho que acepté tan de súbito como se aceptan los fognazos causados por los rayos en las tormentas.

A pesar de que podía jurar que Masha, o «Mashia», como la llamaba su padre con su acento armenio, era una auténtica belleza, demostrar el hecho de su hermosura sería otra cuestión. A menudo las nubes se apelotonan sin orden ni concierto en el horizonte, y el sol que se pone las tiñe a ellas y al mismo cielo de todos los tonos posibles: púrpura, naranja, dorado, lila, o rosado sucio; una nube se parece a un monje, otra a un pez, una tercera a un turco con su turbante. Abrazando un tercio del cielo, el sol poniente brilla sobre la cruz de una iglesia y sobre las ventanas de la casa del terrateniente. Se refleja sobre el río y los estanques, se balancea sobre los árboles; lejos, muy lejos, una bandada de patos salvajes vuela atravesando el crepúsculo a su

lugar de reposo nocturno... El muchacho que pastorea las vacas, el agrimensor que se dirige al molino en su carro, las damas y los caballeros que están dando su paseo vespertino, todos ellos miran la puesta de sol, y todos la encuentran increíblemente hermosa. Pero nadie podría explicar dónde reside esa belleza.

Yo no era el único que encontraba hermosa a la muchacha armenia. Mi abuelo, un anciano de ochenta años, duro, indiferente a las mujeres y a las bellezas de la naturaleza, la observó conmovido durante un minuto entero.

—¿Es esa tu hija, Avet Nazarich? —preguntó.

—Mi hija, es mi hija... —respondió nuestro anfitrión.

—Una joven muy agraciada —admitió mi abuelo.

Un artista habría llamado a la belleza de la muchacha armenia clásica y severa. Contemplar tales encantos significaba sentirse inundado, el cielo sabrá por qué razón, con la convicción de que los rasgos armoniosos, el cabello, los ojos, la nariz, la boca, el cuello, el pecho, y cada movimiento de su cuerpo juvenil, habían sido combinados por la naturaleza sin cometer el más mínimo error en un todo lleno de armonía, sin una sola nota discordante. En cierta forma se te antojaba que la mujer de la belleza más ideal debía poseer una nariz justo como la suya, recta pero ligeramente aquilina, los mismos enormes ojos oscuros, las mismas pestañas interminables, la misma forma lánguida de mirar; que su cabello negro y rizado y sus cejas constituían la combinación más idónea para la piel blanca y delicada de la frente y las mejillas, igual que los arbustos reverdecidos y los silenciosos arroyos van juntos; su cuello blanco y su pecho juvenil no estaban desarrollados por entero, pero daban la impresión de que solo un genio podría esculpirlos. Cuanto más mirabas más deseabas decir algo que fuera agradable en extremo, sincero y hermoso a la joven, algo que fuera tan bello como ella misma.

Al principio me sentí ofendido y desconcertado porque Masha no me hiciera caso, limitándose a bajar los ojos. Era como si algún aire especial, de orgullo y dicha, la mantuviera fuera de mi alcance, y con celo la ocultara de mi mirada.

«Debe de ser porque estoy cubierto de polvo, porque estoy quemado por el sol, porque no soy más que un niño», pensé.

Pero entonces me fui olvidando de forma gradual de mí mismo, entregándome por entero a la sensación de belleza. Ya no me acordaba de la monótona estepa ni del polvo, ya no era consciente del zumbido de las moscas, el té ya no tenía sabor para mí; solo era consciente de la hermosa muchacha al otro lado de la mesa.

Mi apreciación de su belleza no dejaba de ser algo extraña. No era deseo, ni éxtasis, ni placer lo que Masha despertaba en mi persona, sino más bien una melancolía opresiva pero agradable. Esta melancolía era indefinible y vaga como un sueño. De alguna forma me sentía apenado por mí mismo, por mi abuelo, por el armenio, e incluso por la muchacha. Sentí como si los cuatro

hubiéramos perdido para siempre algo de una importancia vital y necesario para nuestras vidas, algo que no volveríamos a recuperar nunca. Mi abuelo también parecía apesadumbrado. Ya no hablaba de las ovejas ni del pastoreo; permanecía en silencio, observando pensativo a Masha.

Después del té el abuelo se echó su siesta, y yo salí y me senté en el porche. La casa, como todas las otras en Bajchi-Salaj, recibía el sol en toda su crudeza. No había árboles, ningún toldo, ninguna sombra. Conquistado por el cenizo y la malva, el enorme patio del armenio estaba lleno de vida y de animación a pesar del intenso sofoco. De detrás de una de las pequeñas eras se oía el ruido de un martilleo. Doce caballos, agarrados por el pecho y formando un único radio alargado, trotaban alrededor de un pilar dispuesto en el centro exacto de la zona de trilla. Detrás de ellos marchaba un jojol vestido con una levita que le quedaba grande y unos amplios pantalones, usando su látigo y gritando como si pretendiera burlarse de los animales o exhibir su poder ante ellos:

—¡Ah! ¡Malditos! ¡Ah! ¡No tenéis vuelta y media! ¿Es que tenéis miedo?

Los caballos, bayos, grises, rojizos, sin entender por qué eran obligados a dar vuelta tras vuelta en el mismo sitio y aplastar la paja, se movían con dificultad, casi al límite de sus fuerzas y meneando las colas con un aire ofendido. El viento levantaba nubes enteras de polvo dorado de debajo de sus cascos y lo transportaba lejos, más allá de la verja. Mujeres con rastrillos se afanaban cerca de las altas niaras, y los carros marchaban de un lado a otro. En un segundo patio más allá de las niaras, otra docena de caballos iguales a los primeros trotaban alrededor de otro pilar, y un jojol con un látigo idéntico al del primero se burlaba igualmente de ellos.

Los escalones sobre los que me encontraba sentado estaban calientes. La cola había empezado a desprenderse debido al calor en las juntas de madera de las pegajosas balaustradas y los marcos de las ventanas. En las líneas de sombra formadas por los escalones y las contraventanas se agrupaban diminutos escarabajos rojizos. El sol achicharraba mi cabeza, mi pecho y mi espalda, pero no le prestaba ninguna atención, ya que solo era consciente del ruido de pies descalzos sobre el entarimado del vestíbulo y las habitaciones que quedaban detrás de mí.

Tras haber recogido los avíos del té, Masha bajó corriendo las escaleras, alterando el aire a su paso, y voló como un pájaro hacia un cobertizo exterior diminuto y sucio que debía de ser la cocina, de donde provenía el olor a cordero asado y el ruido de enojadas voces armenias. Desapareció más allá del umbral oscurecido, donde ocupó su lugar una vieja encorvada y de rostro enrojecido que llevaba puestos unos bombachos verdes, y regañaba a alguien con enfado. Entonces Mashia volvió a aparecer de repente en la puerta con el rostro ruborizado a causa del calor de la cocina, cargada con una enorme telera de pan negro sobre el hombro. Meneándose con gracia bajo el peso del pan, atravesó el patio a toda prisa hacia la era, saltó sobre un cercado, aterrizó sobre una nube dorada de polvo, y desapareció tras los carros. El jojol a cargo de los caballos bajó su látigo, guardó silencio, y contempló los carros durante un minuto entero.

Después, cuando la chica volvió a pasar corriendo rozando los caballos y saltó la cerca, la siguió con la mirada y gritó a los caballos con una voz altisonante y ofendida:

—¡A ver si os morís, criaturas del infierno!

Después de aquello continué escuchando sus pies descalzos sin parar, y la contemplé corriendo de un lado a otro con un aire serio y preocupado. Ahora bajaba a toda prisa los escalones, pasándome de largo con una ráfaga de aire; ahora se dirigía hacia la cocina; ahora hacia la era; ahora saltaba por encima del cercado, y yo apenas podía mover mi cabeza lo suficientemente rápido para seguirla.

Cuanto más contemplaba a esta criatura encantadora, más melancólico me sentía. Sentía pena por mí mismo, por ella, y por el jojol que de modo fúnebre la contemplaba correr sobre las cascarillas en dirección a los carros. Solo Dios sabe si la envidiaba por su belleza, si lamentaba que la chica no fuera mía ni lo sería nunca, que para ella yo no fuese nadie, o acaso intuía que su belleza singular no era más que un accidente y, como todo sobre esta Tierra, algo transitorio; o bien mi tristeza no era otra cosa que esa sensación peculiar que despierta en cualquier ser humano la contemplación de la verdadera belleza.

Las tres horas de espera se pasaron sin que me diera cuenta. Sentí que no había tenido el tiempo suficiente para que mis ojos se regocijaran en Masha cuando Karpo condujo al caballo hasta el río, lo bañó, y comenzó a engancharlo. El animal mojado resoplaba con placer y pateaba la lanza del carro. Karpo gritó al caballo: «¡Para atrás!». El abuelo se despertó, Mashia abrió la verja chirriante, y nosotros nos subimos al carruaje y salimos del patio en silencio, como si estuviéramos enfadados los unos con los otros.

Cuando un par de horas o tres más tarde Rostov y Najichevan aparecieron en la distancia, Karpo, que no había dicho nada durante todo aquel tiempo, se giró de repente y exclamó:

—¡Una chica espléndida, la hija del viejo armenio!

Y sin decir nada más aplicó el látigo al caballo.

II

En otra ocasión, cuando ya era un estudiante, me encontraba viajando en tren hacia el sur. Era el mes de mayo. En una estación, creo que situada entre Bélgorod y Járkov, salí del vagón para estirar las piernas en la plataforma.

Las sombras del crepúsculo ya habían descendido sobre el jardín de la estación, sobre la plataforma y sobre los campos. El edificio ocultaba la puesta del sol, pero podía verse que aún no

se había ocultado del todo por las delicadas nubes rosadas de humo que la locomotora exhalaba hacia el cielo.

Mientras recorría la plataforma observé que, de los otros pasajeros que tomaban el aire, la mayoría paseaban o estaban de pie cerca de uno de los vagones de segunda clase, dando la impresión de que alguien importante debía de estar sentado en alguno de ellos. Observé que entre aquellas personas inquisitivas se encontraba el oficial de artillería que era mi compañero de viaje, un tipo inteligente, de trato cordial y maneras agradables, como son todas las personas con las que uno entabla una breve amistad durante los largos trayectos en tren.

—¿Qué está mirando? —le pregunté.

No contestó nada, limitándose a indicarme con los ojos una figura femenina. Se trataba de una muchacha de unos diecisiete o dieciocho años, que llevaba puesto un traje típico ruso, la cabeza descubierta y un chal de encaje colocado con descuido sobre un hombro. No se trataba de una pasajera, y supongo que era la hija o la hermana del encargado de estación. Estaba de pie cerca de una ventanilla, charlando con una anciana pasajera. Antes de que pudiera darme cuenta de lo que ocurría, me sentí inundado de repente por la misma sensación que había experimentado en aquella ocasión en la aldea armenia.

Que la muchacha en cuestión poseía una belleza incomparable era algo que ni yo ni nadie más que la observara podía poner en duda.

Si uno fuera a describir su apariencia rasgo a rasgo, como suele hacerse, entonces el único que realmente destacaba era su cabello rubio, abundante y ondulado, suelto sobre los hombros y anudado sobre su cabeza con un lazo oscuro. Todos los demás eran, o bien irregulares, o extremadamente comunes. Tenía los ojos encogidos, ya fuera por una afectación coqueta o bien debido a la miopía, su nariz estaba ligeramente levantada, su boca era demasiado pequeña, su perfil poco interesante e insípido, sus hombros estrechos para su edad. Y a pesar de todo ello la muchacha causaba la impresión de auténtica hermosura. Al contemplarla me di cuenta de que un rostro ruso no requiere de una estricta regularidad en sus rasgos para parecer agraciado. Es más, si la nariz respingona de aquella joven hubiera sido reemplazada por otra, regular y de forma impecable, como la de la muchacha armenia, se me antoja que su rostro habría perdido todo su encanto.

De pie junto a la ventana, charlando y temblando en el frío del crepúsculo, la muchacha no cesaba de girar su cuerpo para observar a los curiosos. En un momento descansaba las manos sobre las caderas, después las levantaba para colocarse el cabello. Hablaba, se reía, a un instante expresando sorpresa y al otro horror, y no recuerdo un solo momento en el que su cara y su cuerpo estuvieran quietos. Era en esos movimientos, insignificantes, infinitamente exquisitos, en su sonrisa, en los cambios de expresión, en los rápidos vistazos en nuestra dirección, donde residía todo el misterio y la magia de su belleza, y también en la forma en la cual la sutil gracia de sus

movimientos aparecía combinada con la fresca espontaneidad e inocencia que palpitaban en su risa y en su forma de hablar, junto con la indefensión que tanto nos atrae en los niños, en los pájaros, los cervatillos y los árboles jóvenes.

Era la suya la belleza de una frágil polilla. Se acompaña de vales, correteos por el jardín, risas y buen humor. No la acompañan nunca los pensamientos sombríos, la tristeza, la inactividad. Si una ráfaga de viento hubiera barrido la plataforma, si hubiera empezado a llover, entonces aquel cuerpo frágil y etéreo se habría disuelto de repente, o eso parecía, y aquella hermosura caprichosa habría sido dispersada como el polen de una flor.

—Ah, bien —murmuró el oficial, suspirando, mientras nos dirigíamos a nuestro vagón tras la segunda campana.

Pero qué podría significar aquel «Ah, bien» no soy quién para juzgarlo.

Tal vez se sentía triste y no quería cambiar la chica y el crepúsculo primaveral por el ambiente recargado del vagón. O tal vez, como yo mismo, sentía una irracional melancolía por la encantadora muchacha, por él mismo, por mí, y por todos los demás pasajeros mientras se dirigían con desgana y sin fuerzas de regreso a sus compartimentos. Pasamos por delante de una ventana de la estación, detrás de la cual se encontraba un telegrafista consumido y pálido, con pelo rojizo y desgreñado, de pómulos salientes, sentado frente al telégrafo. El oficial suspiró y dijo:

—Seguro que el operador de telégrafos está enamorado de la bella señorita. Vivir en medio de la nada bajo el mismo techo que esa criatura celestial y no enamorarse, eso supera el poder de cualquier hombre. ¡Y qué desgracia, mi querido muchacho, qué broma del destino, tener los hombros fornidos, un aire desaliñado, aburrido, respetable e inteligente, y estar enamorado de esa niñita bonita y tontaina que nunca te presta la más mínima atención! O incluso peor: imagina que el telegrafista enfermo de amor está casado, y supón que su esposa es una mujer de hombros fornidos ella misma, tan desaliñada y respetable como él. ¡Qué agonía!

Sobre la pequeña plataforma abierta entre nuestro vagón y el siguiente había un guarda apostado, descansando los codos sobre la barandilla y mirando en dirección hacia el lugar donde se encontraba la muchacha. Su desagradable rostro de ternero, flácido, exhausto por las noches en vela y el traqueteo del tren, expresaba un éxtasis combinado con la más honda pesadumbre, como si pudiera ver su propia juventud perdida, su propia felicidad, su sobriedad, su pureza, su esposa, sus hijos, reflejados en la joven. Parecía estar arrepintiéndose de todos sus pecados, y ser consciente con cada fibra de su ser de que la chica no le pertenecía, y que para él, prematuramente envejecido, torpe, con la cara hinchada, la felicidad de un ser humano ordinario y de un pasajero de tren era algo tan lejano como el cielo.

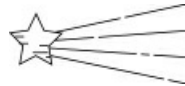
Sonó la tercera campana y el ruido de silbidos, y el tren se puso en marcha. Al lado de nuestra ventana pasó como un rayo otro guarda, el jefe de estación, el jardín, seguidos de la bella muchacha, con su maravillosa, infantil y juguetona sonrisa.

Saqué mi cabeza por la ventanilla y pude verla un rato más observando al tren alejarse mientras recorría la plataforma y pasaba por delante de la ventana con el operador de telégrafos al otro lado, y la vi arreglarse el cabello con la mano, y salir corriendo hacia el jardín. El edificio de la estación ya no escondía el crepúsculo. Nos encontrábamos en campo abierto, pero el sol ya se había ocultado y un humo negro se depositaba sobre el maíz joven, verde y aterciopelado. El aire primaveral, el cielo oscurecido, el vagón, todo me resultaba triste.

El encargado de nuestro vagón entró y se dispuso a encender las velas.

Alicia en el País de las Maravillas (extracto)

LEWIS CARROLL



Oh, si vieras qué sueño más curioso he tenido! —dijo Alicia. Y le contó a su hermana todo lo que pudo recordar de las extrañas aventuras que acabáis de leer.

Al concluir el relato, su hermana le dio un beso y dijo:

—Realmente, cariño, ha sido un sueño curioso, pero ahora merienda; se hace tarde.

Y Alicia se levantó y echó a correr, pensando, mientras corría, en lo maravilloso que había sido su sueño.

Pero su hermana se quedó sentada, tal como Alicia la había dejado: con la cabeza reclinada sobre una mano, contemplaba la puesta de sol y pensaba en la pequeña Alicia y en todas sus maravillosas aventuras, hasta que también ella empezó a soñar a su manera, y este fue el sueño que tuvo.

Primero soñó con Alicia: una vez más, las pequeñitas manos estrechaban sus rodillas y los ojos ansiosos y brillantes miraban hacia arriba los suyos... Podía oír perfectamente el tono de su voz y ver el raro y súbito movimiento de su cabeza para apartar el errabundo cabello que siempre se le estaba cayendo encima de los ojos... Y mientras así escuchaba, o creía escuchar, todo el espacio a su alrededor cobró vida con las extrañas criaturas del sueño de su hermanita.

A sus pies susurraba la alta hierba, en tanto que el Conejo Blanco la recorría apresurado... El Ratón, aterrado, cruzó chapoteando el charco próximo... Podía oírse el tintineo de las tazas de té, mientras la Liebre de Marzo y sus amigos compartían su merienda infinita, y la voz chillona de la Reina que ordenaba la ejecución de sus míseros invitados... Una vez más, el niño cerdito estornudaba sobre las rodillas de la Duquesa, mientras se estrellaban a su alrededor platos y fuentes... Una vez más, los graznidos del Grifo, el chirrido del lápiz sobre la pizarra de la

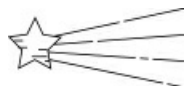
Lagartija y los ahogos de los Conejillos de Indias, al ser sofocados, colmaban el aire y se entremezclaban con los sollozos distantes de la desdichada Falsa Tortuga.

Sentada, con los ojos cerrados, la muchacha casi se creía en el País de las Maravillas, aunque supiera que, con solo abrir de nuevo los ojos, todo recobraría su insípida realidad. La hierba susurraría movida simplemente por el viento, y al estanque lo agitaría el ondular de los juncos... El tintineo de las tazas de té sería el tilín de las campanillas de las ovejas, y los chillidos de la Reina se trocarían en la voz del joven pastor... Los estornudos del niño, el graznido del Grifo y todos los demás ruidos extraños (lo sabía) se transformarían en el confuso clamor del corral de la atareada granja, en tanto que el mugido del ganado sustituiría en la distancia a los opresivos sollozos de la Falsa Tortuga.

Por último, imaginó a esa misma hermanita en el futuro, convertida en mujer: conservaría, a través de sus años adultos, el corazón simple y afectivo de la niñez; congregaría a otros niños a su alrededor, y a ellos también les brillarían los ojos al escuchar muchas extrañas historias de sus labios, tal vez incluso este mismo sueño del País de las Maravillas; y compartiría las penas y los juegos sencillos de los pequeñuelos, al recordar su propia infancia y los felices días del verano.

El rayo de luna

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER



Yo no sé si esto es una historia que parece cuento o un cuento que parece historia; lo que puedo decir es que en su fondo hay una verdad, una verdad muy triste, de la que acaso yo seré uno de los últimos en aprovecharme, dadas mis condiciones de imaginación.

Otro, con esta idea, tal vez hubiera hecho un tomo de filosofía lacrimosa; yo he escrito esta leyenda que, a los que nada vean en su fondo, al menos podrá entretenerles un rato.

I

Era noble, había nacido entre el estruendo de las armas, y el insólito clamor de una trompa de guerra no le hubiera hecho levantar la cabeza un instante ni apartar sus ojos un punto del oscuro pergamino en que leía la última cantiga de un trovador.

Los que quisieran encontrarle, no lo debían buscar en el anchuroso patio de su castillo, donde los palafreneros domaban los potros, los pajes enseñaban a volar a los halcones, y los soldados se entretenían los días de reposo en afilar el hierro de su lanza contra una piedra.

—¿Dónde está Manrique, dónde está vuestro señor? —preguntaba algunas veces su madre.

—No sabemos —respondían sus servidores—: acaso estará en el claustro del monasterio de la Peña, sentado al borde de una tumba, prestando oído a ver si sorprende alguna palabra de la conversación de los muertos; o en el puente, mirando correr unas tras otras las olas del río por debajo de sus arcos; o acurrucado en la quiebra de una roca y entretenido en contar las estrellas del cielo, en seguir una nube con la vista o contemplar los fuegos fatuos que cruzan como

exhalaciones sobre el haz de las lagunas. En cualquiera parte estará menos en donde esté todo el mundo.

En efecto, Manrique amaba la soledad, y la amaba de tal modo, que algunas veces hubiera deseado no tener sombra, porque su sombra no le siguiese a todas partes.

Amaba la soledad, porque en su seno, dando rienda suelta a la imaginación, forjaba un mundo fantástico, habitado por extrañas creaciones, hijas de sus delirios y sus ensueños de poeta, tanto, que nunca le habían satisfecho las formas en que pudiera encerrar sus pensamientos, y nunca los había encerrado al escribirlos.

Creía que entre las rojas ascuas del hogar habitaban espíritus de fuego de mil colores, que corrían como insectos de oro a lo largo de los troncos encendidos, o danzaban en una luminosa ronda de chispas en la cúspide de las llamas, y se pasaba las horas muertas sentado en un escabel junto a la alta chimenea gótica, inmóvil y con los ojos fijos en la lumbre.

Creía que, en el fondo de las ondas del río, entre los musgos de la fuente y sobre los vapores del lago, vivían unas mujeres misteriosas, hadas, sílfides u ondinas, que exhalaban lamentos y suspiros, o cantaban y se reían en el monótono rumor del agua, rumor que oía en silencio intentando traducirlo.

En las nubes, en el aire, en el fondo de los bosques, en las grietas de las peñas, imaginaba percibir formas o escuchar sonidos misteriosos, formas de seres sobrenaturales, palabras ininteligibles que no podía comprender.

¡Amar! Había nacido para soñar el amor, no para sentirlo. Amaba a todas las mujeres un instante: a ésta porque era rubia, a aquélla porque tenía los labios rojos, a la otra porque se cimbreaba al andar como un junco.

Algunas veces llegaba su delirio hasta el punto de quedarse una noche entera mirando a la luna, que flotaba en el cielo entre un vapor de plata, o a las estrellas que temblaban a lo lejos como los cambiantes de las piedras preciosas. En aquellas largas noches de poético insomnio, exclamaba:

—Si es verdad, como el prior de la Peña me ha dicho, que es posible que esos puntos de luz sean mundos; si es verdad que en ese globo de nácar que rueda sobre las nubes habitan gentes, ¡qué mujeres tan hermosas serán las mujeres de esas regiones luminosas, y yo no podré verlas, y yo no podré amarlas!... ¿Cómo será su hermosura?... ¿Cómo será su amor?...

Manrique no estaba aún lo bastante loco para que le siguiesen los muchachos, pero sí lo suficiente para hablar y gesticular a solas, que es por donde se empieza.

Sobre el Duero, que pasaba lamiendo las carcomidas y oscuras piedras de las murallas de Soria, hay un puente que conduce de la ciudad al antiguo convento de los Templarios, cuyas posesiones se extendían a lo largo de la opuesta margen del río.

En la época a que nos referimos, los caballeros de la Orden habían ya abandonado sus históricas fortalezas; pero aún quedaban en pie los restos de los anchos torreones de sus muros, aún se veían, como en parte se ven hoy, cubiertos de hiedra y campanillas blancas, los macizos arcos de su claustro, las prolongadas galerías ojivales de sus patios de armas, en las que suspiraba el viento con un gemido, agitando las altas hierbas.

En los huertos y en los jardines, cuyos senderos no hollaban hacía muchos años las plantas de los religiosos, la vegetación, abandonada a sí misma, desplegaba todas sus galas, sin temor de que la mano del hombre la mutilase, creyendo embellecerla. Las plantas trepadoras subían encaramándose por los añosos troncos de los árboles; las sombrías calles de álamos, cuyas copas se tocaban y se confundían entre sí, se habían cubierto de césped; los cardos silvestres y las ortigas brotaban en medio de los enarenados caminos, y en dos trozos de fábrica, próximos a desplomarse, el jaramago, flotando al viento como el penacho de una cimera, y las campanillas blancas y azules, balanceándose como en un columpio sobre sus largos y flexibles tallos, pregonaban la victoria de la destrucción y la ruina.

Era de noche; una noche de verano, templada, llena de perfumes y de rumores apacibles, y con una luna blanca y serena, en mitad de un cielo azul, luminoso y transparente.

Manrique, presa su imaginación de un vértigo de poesía, después de atravesar el puente, desde donde contempló un momento la negra silueta de la ciudad, que se destacaba sobre el fondo de algunas nubes blanquecinas y ligeras arrolladas en el horizonte, se internó en las desiertas ruinas de los Templarios.

La media noche tocaba a su punto. La luna, que se había ido remontando lentamente, estaba ya en lo más alto del cielo, cuando al entrar en una oscura alameda que conducía desde el derruido claustro a la margen del Duero, Manrique exhaló un grito leve y ahogado, mezcla extraña de sorpresa, de temor y de júbilo.

En el fondo de la sombría alameda había visto agitarse una cosa blanca, que flotó un momento y desapareció en la oscuridad. La orla del traje de una mujer, de una mujer que había cruzado el sendero y se ocultaba entre el follaje, en el mismo instante en que el loco soñador de quimeras o imposibles penetraba en los jardines.

—¡Una mujer desconocida!... ¡En este sitio!... ¡A estas horas! Ésa, ésa es la mujer que yo busco —exclamó Manrique; y se lanzó en su seguimiento, rápido como una saeta.

III

Llegó al punto en que había visto perderse entre la espesura de las ramas a la mujer misteriosa. Había desaparecido. ¿Por dónde? Allá lejos, muy lejos, creyó divisar por entre los cruzados troncos de los árboles como una claridad o una forma blanca que se movía.

—¡Es ella, es ella, que lleva alas en los pies y huye como una sombra! —dijo, y se precipitó en su busca, separando con las manos las redes de hiedra que se extendían como un tapiz de unos en otros álamos. Llegó rompiendo por entre la maleza y las plantas parásitas hasta una especie de rrellano que iluminaba la claridad del cielo... ¡Nadie!—. ¡Ah!, por aquí, por aquí va —exclamó entonces—. Oigo sus pisadas sobre las hojas secas, y el crujido de su traje que arrastra por el suelo y roza en los arbustos —y corría y corría como un loco de aquí para allá, y no la veía—. Pero siguen sonando sus pisadas —murmuró otra vez—, creo que ha hablado; no hay duda, ha hablado... El viento que suspira entre las ramas; las hojas, que parece que rezan en voz baja, me han impedido oír lo que ha dicho; pero no hay duda, va por ahí, ha hablado... ha hablado... ¿En qué idioma? No sé, pero es una lengua extranjera... —Y tornó a correr en su seguimiento, unas veces creyendo verla, otras pensando oírla; ya notando que las ramas, por entre las cuales había desaparecido, se movían; ya imaginando distinguir en la arena la huella de sus propios pies; luego, firmemente persuadido de que un perfume especial que aspiraba a intervalos era un aroma perteneciente a aquella mujer que se burlaba de él, complaciéndose en huirle por entre aquellas intrincadas malezas. ¡Afán inútil!

Vagó algunas horas de un lado a otro fuera de sí, ya parándose para escuchar, ya deslizándose con las mayores precauciones sobre la hierba, ya en una carrera frenética y desesperada.

Avanzando, avanzando por entre los inmensos jardines que bordaban la margen del río, llegó al fin al pie de las rocas sobre las que se eleva la ermita de San Saturio.

—Tal vez, desde esta altura podré orientarme para seguir mis pesquisas a través de ese confuso laberinto —exclamó trepando de peña en peña con la ayuda de su daga.

Llegó a la cima, desde la que se descubre la ciudad en lontananza y una gran parte del Duero que se retuerce a sus pies, arrastrando una corriente impetuosa y oscura por entre las corvas márgenes que lo encierran.

Manrique, una vez en lo alto de las rocas, tendió la vista a su alrededor; pero al tenderla y fijarla al cabo en un punto, no pudo contener una blasfemia.

La luz de la luna rielaba chispeando en la estela que dejaba en pos de sí una barca que se dirigía a todo remo a la orilla opuesta.

En aquella barca había creído distinguir una forma blanca y esbelta, una mujer sin duda, la mujer que había visto en los Templarios, la mujer de sus sueños, la realización de sus más locas

esperanzas. Se descolgó de las peñas con la agilidad de un gamo, arrojó al suelo la gorra, cuya redonda y larga pluma podía embarazarle para correr, y desnudándose del ancho capotillo de terciopelo, partió como una exhalación hacia el puente.

Pensaba atravesarlo y llegar a la ciudad antes que la barca tocara en la otra orilla. ¡Locura! Cuando Manrique llegó jadeante y cubierto de sudor a la entrada, ya los que habían atravesado el Duero por la parte de San Saturio, entraban en Soria por una de las puertas del muro, que en aquel tiempo llegaba hasta la margen del río, en cuyas aguas se retrataban sus pardas almenas.

IV

Aunque desvanecida su esperanza de alcanzar a los que habían entrado por el postigo de San Saturio, no por eso nuestro héroe perdió la de saber la casa que en la ciudad podía albergarlos. Fija en su mente esta idea, penetró en la población, y dirigiéndose hacia el barrio de San Juan, comenzó a vagar por sus calles a la ventura.

Las calles de Soria eran entonces, y lo son todavía, estrechas, oscuras y tortuosas. Un silencio profundo reinaba en ellas, silencio que sólo interrumpían, ora el lejano ladrido de un perro; ora el rumor de una puerta al cerrarse; ora el relincho de un corcel que piafando hacía sonar la cadena que le sujetaba al pesebre en las subterráneas caballerizas.

Manrique, con el oído atento a estos rumores de la noche, que unas veces le parecían los pasos de alguna persona que había doblado ya la última esquina de un callejón desierto, otras, voces confusas de gentes que hablaban a sus espaldas y que a cada momento esperaba ver a su lado, anduvo algunas horas, corriendo al azar de un sitio a otro.

Por último, se detuvo al pie de un caserón de piedra, oscuro y antiquísimo, y al detenerse brillaron sus ojos con una indescriptible expresión de alegría. En una de las altas ventanas ojivales de aquel que pudiéramos llamar palacio, se veía un rayo de luz templada y suave que, pasando a través de unas ligeras colgaduras de seda color de rosa, se reflejaba en el negruzco y grieteado paredón de la casa de enfrente.

—No cabe duda; aquí vive mi desconocida —murmuró el joven en voz baja sin apartar un punto sus ojos de la ventana gótica—; aquí vive. Ella entró por el postigo de San Saturio... por el postigo de San Saturio se viene a este barrio... en este barrio hay una casa, donde pasada la media noche aún hay gente en vela... ¿En vela? ¿Quién sino ella, que vuelve de sus nocturnas excursiones, puede estarlo a estas horas?... No hay más; ésta es su casa.

En esta firme persuasión, y revolviendo en su cabeza las más locas y fantásticas imaginaciones, esperó el alba frente a la ventana gótica, de la que en toda la noche no faltó la luz ni él separó la

vista un momento.

Cuando llegó el día, las macizas puertas del arco que daba entrada al caserón, y sobre cuya clave se veían esculpidos los blasones de su dueño, giraron pesadamente sobre los goznes, con un chirrido prolongado y agudo. Un escudero reapareció en el dintel con un manojo de llaves en la mano, restregándose los ojos y enseñando al bostezar una caja de dientes capaces de dar envidia a un cocodrilo.

Verle Manrique y lanzarse a la puerta, todo fue obra de un instante.

—¿Quién habita en esta casa? ¿Cómo se llama ella? ¿De dónde es? ¿A qué ha venido a Soria? ¿Tiene esposo? Responde, responde, animal. —Ésta fue la salutación que, sacudiéndole el brazo violentamente, dirigió al pobre escudero, el cual, después de mirarle un buen espacio de tiempo con ojos espantados y estúpidos, le contestó con voz entrecortada por la sorpresa:

—En esta casa vive el muy honrado señor D. Alonso de Valdecuellos, montero mayor de nuestro señor el rey, que herido en la guerra contra moros, se encuentra en esta ciudad reponiéndose de sus fatigas.

—Pero ¿y su hija? —interrumpió el joven impaciente—; ¿y su hija, o su hermana?; ¿o su esposa, o lo que sea?

—No tiene ninguna mujer consigo.

—¿No tiene ninguna!... Pues ¿quién duerme allí en aquel aposento, donde toda la noche he visto arder una luz?

—¿Allí? Allí duerme mi señor D. Alonso, que, como se halla enfermo, mantiene encendida su lámpara hasta que amanece.

Un rayo cayendo de improviso a sus pies no le hubiera causado más asombro que el que le causaron estas palabras.

V

—Yo la he de encontrar, la he de encontrar; y si la encuentro, estoy casi seguro de que he de conocerla... ¿En qué?... Eso es lo que no podré decir... pero he de conocerla. El eco de sus pisadas o una sola palabra suya que vuelva a oír, un extremo de su traje, un solo extremo que vuelva a ver, me bastarán para conseguirlo. Noche y día estoy mirando flotar delante de mis ojos aquellos pliegues de una tela diáfana y blanquísima; noche y día me están sonando aquí dentro, dentro de la cabeza, el crujido de su traje, el confuso rumor de sus ininteligibles palabras... ¿Qué dijo?... ¿qué dijo? ¡Ah!, si yo pudiera saber lo que dijo, acaso... pero aún sin saberlo la encontraré... la encontraré; me lo da el corazón, y mi corazón no me engaña nunca. Verdad es que

ya he recorrido inútilmente todas las calles de Soria; que he pasado noches y noches al sereno, hecho poste de una esquina; que he gastado más de veinte doblas en oro en hacer charlar a dueñas y escuderos; que he dado agua bendita en San Nicolás a una vieja, arrebujaada con tal arte en su manto de anascote, que se me figuró una deidad; y al salir de la Colegiata una noche de maitines, he seguido como un tonto la litera del arcediano, creyendo que el extremo de sus holapandas era el del traje de mi desconocida; pero no importa... yo la he de encontrar, y la gloria de poseerla excederá seguramente al trabajo de buscarla.

»¿Cómo serán sus ojos?... Deben de ser azules, azules y húmedos como el cielo de la noche; me gustan tanto los ojos de ese color; son tan expresivos, tan melancólicos, tan... Sí... no hay duda; azules deben de ser, azules son, seguramente; y sus cabellos negros, muy negros y largos para que floten... Me parece que los vi flotar aquella noche, al par que su traje, y eran negros... no me engaño, no; eran negros.

»¡Y qué bien sientan unos ojos azules, muy rasgados y adormidos, y una cabellera suelta, flotante y oscura, a una mujer alta... porque... ella es alta, alta y esbelta como esos ángeles de las portadas de nuestras basílicas, cuyos ovalados rostros envuelven en un misterioso crepúsculo las sombras de sus doseles de granito!

»¡Su voz!... su voz la he oído... su voz es suave como el rumor del viento en las hojas de los álamos, y su andar acompasado y majestuoso como las cadencias de una música.

»Y esa mujer, que es hermosa como el más hermoso de mis sueños de adolescente, que piensa como yo pienso, que gusta como yo gusto, que odia lo que yo odio, que es un espíritu humano de mi espíritu, que es el complemento de mi ser, ¿no se ha de sentir conmovida al encontrarme? ¿No me ha de amar como yo la amaré, como la amo ya, con todas las fuerzas de mi vida, con todas las facultades de mi alma?

»Vamos, vamos al sitio donde la vi la primera y única vez que la he visto... ¿Quién sabe si, caprichosa como yo, amiga de la soledad y el misterio, como todas las almas soñadoras, se complace en vagar por entre las ruinas, en el silencio de la noche?

Dos meses habían transcurrido desde que el escudero de D. Alonso de Valdecuellos desengañó al iluso Manrique; dos meses durante los cuales en cada hora había formado un castillo en el aire, que la realidad desvanecía con un soplo; dos meses, durante los cuales había buscado en vano a aquella mujer desconocida, cuyo absurdo amor iba creciendo en su alma, merced a sus aún más absurdas imaginaciones, cuando después de atravesar absorto en estas ideas el puente que conduce a los Templarios, el enamorado joven se perdió entre las intrincadas sendas de sus jardines.

VI

La noche estaba serena y hermosa, la luna brillaba en toda su plenitud en lo más alto del cielo, y el viento suspiraba con un rumor dulcísimo entre las hojas de los árboles.

Manrique llegó al claustro, tendió la vista por su recinto y miró a través de las macizas columnas de sus arcadas... Estaba desierto.

Salió de él, encaminó sus pasos hacia la oscura alameda que conduce al Duero, y aún no había penetrado en ella, cuando de sus labios se escapó un grito de júbilo.

Había visto flotar un instante y desaparecer el extremo del traje blanco, del traje blanco de la mujer de sus sueños, de la mujer que ya amaba como un loco.

Corre, corre en su busca, llega al sitio en que la ha visto desaparecer; pero al llegar se detiene, fija los espantados ojos en el suelo, permanece un rato inmóvil; un ligero temblor nervioso agita sus miembros, un temblor que va creciendo, que va creciendo y ofrece los síntomas de una verdadera convulsión, y prorrumpe al fin una carcajada, una carcajada sonora, estridente, horrible.

Aquella cosa blanca, ligera, flotante, había vuelto a brillar ante sus ojos, pero había brillado a sus pies un instante, no más que un instante.

Era un rayo de luna, un rayo de luna que penetraba a intervalos por entre la verde bóveda de los árboles cuando el viento movía sus ramas.

Habían pasado algunos años. Manrique, sentado en un sitial junto a la alta chimenea gótica de su castillo, inmóvil casi y con una mirada vaga e inquieta como la de un idiota, apenas prestaba atención ni a las caricias de su madre, ni a los consuelos de sus servidores.

—Tú eres joven, tú eres hermoso —le decía aquella—; ¿por qué te consumes en la soledad? ¿Por qué no buscas una mujer a quien ames, y que amándote pueda hacerte feliz?

—¡El amor!... El amor es un rayo de luna —murmuraba el joven.

—¿Por qué no despertáis de ese letargo? —le decía uno de sus escuderos—; os vestís de hierro de pies a cabeza, mandáis desplegar al aire vuestro pendón de ricohombre, y marchamos a la guerra: en la guerra se encuentra la gloria.

—¡La gloria!... La gloria es un rayo de luna.

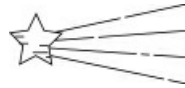
—¿Queréis que os diga una cantiga, la última que ha compuesto mosén Arnaldo, el trovador provenzal?

—¡No! ¡No! —exclamó el joven incorporándose colérico en su sitial—; no quiero nada... es decir, sí quiero... quiero que me dejéis solo... Cantigas... mujeres... glorias... felicidad... mentiras todo, fantasmas vanos que formamos en nuestra imaginación y vestimos a nuestro antojo, y los amamos y corremos tras ellos, ¿para qué?, ¿para qué?, para encontrar un rayo de luna.

Manrique estaba loco: por lo menos, todo el mundo lo creía así. A mí, por el contrario, se me figuraba que lo que había hecho era recuperar el juicio.

La leyenda de O'Donoghue

T. CROFTON CROKER



En una época tan lejana que no sabemos exactamente cuándo fue, un jefe llamado O'Donoghue gobernaba la población que rodea el romántico Lough Lean, ahora llamado lago Killarney. La sabiduría, la caridad y la justicia caracterizaban su reino, por lo que el resultado natural era la prosperidad y la felicidad de sus súbditos. Se dice que fue tan famoso por sus hazañas guerreras como por sus virtudes pacíficas, y como prueba de que su administración doméstica no por ser moderada era menos rigurosa, a los extranjeros se les muestra una isla rocosa llamada Prisión de O'Donoghue, en la que en cierta ocasión este príncipe encerró a su propio hijo por haber provocado disturbios y haberle desobedecido.

Su fin —porque no sería correcto decir «su muerte»— fue singular y misterioso. En uno de los espléndidos banquetes por los que su corte era célebre, rodeado por sus más distinguidos súbditos, empezó a profetizar los acontecimientos que iban a suceder en los años venideros. Sus súbditos lo escucharon, unas veces sobrecogidos de asombro, otras, encendidos de indignación, ardiendo de vergüenza o destrozados de tristeza, mientras detallaba con exactitud el heroísmo, las injurias, los crímenes y las miserias de sus descendientes. En medio de sus predicciones se levantó lentamente de su asiento, se dirigió con pasos solemnes, comedidos y majestuosos hasta la orilla del lago y siguió avanzando serenamente por su superficie inquebrantable. Cuando casi había llegado al centro, se detuvo un momento, se giró despacio, miró a sus amigos y tras saludarlos alegremente con las manos, como quien se despide por poco tiempo, desapareció de su vista.

Las siguientes generaciones han recordado al bueno de O'Donoghue con cariñosa veneración, y se cree que el primer domingo de mayo, aniversario de su marcha, al amanecer, vuelve a visitar sus antiguos dominios. Solo unos pocos elegidos pueden verlo, y esta distinción siempre es

presagio de buena suerte para los que lo ven. Cuando se trata de muchos, es un indicio seguro de cosechas abundantes, una bendición cuyo pueblo nunca echó en falta durante el reinado del príncipe.

Han transcurrido varios años desde la última aparición de O'Donoghue. El mes de abril de aquel año había sido especialmente malo y tormentoso, pero en la mañana del primer domingo de mayo la furia de los elementos amainó por completo. El aire estaba silencioso y tranquilo, y el cielo, que se reflejaba en el lago, parecía un rostro bonito pero engañoso, cuyas sonrisas, tras las más tempestuosas emociones, tientan al extraño a creer que las pasiones nunca han alterado su alma.

Los primeros rayos del amanecer teñían de un tono dorado la elevada cumbre de Glenaa cuando de repente las aguas cercanas a la orilla oriental del lago se agitaron violentamente, aunque el resto de su superficie siguió lisa y tranquila como una tumba de mármol pulido. A la mañana siguiente se alzó una ola de espuma que, como un orgulloso caballo de guerra, exultante de fuerza, cruzó el lago hacia la montaña Toomies. Detrás de la ola apareció un majestuoso guerrero totalmente armado, montado en un corcel blanco como la leche. Su penacho blanco ondeaba con gracia sobre un casco de acero pulido, y en su espalda se agitaba un pañuelo azul claro. El caballo, al parecer exultante con su noble carga, saltó detrás de la ola por el agua, que lo sujetaba cual tierra firme mientras unas cascadas relucientes bajo el sol de la mañana lo salpicaban por todas partes.

El guerrero era O'Donoghue. Lo seguía un sinfín de jóvenes y de doncellas que se movían fácilmente y sin restricciones por la superficie del agua mientras las hadas de la luz de la luna planeaban por los aires. Estaban unidas entre sí por guirnaldas de preciosas flores de primavera y se movían al ritmo de una melodía cautivadora. Cuando O'Donoghue casi había llegado a la orilla occidental del lago, de repente giró su corcel y avanzó por la orilla bordeada de madera de Glenaa, precedido por la enorme ola, cuya espuma alcanzaba la altura del cuello del caballo, que resoplaba por los ollares. La larga fila de cortesanos siguió el rastro de su líder, con juguetonas desviaciones, avanzando con su música celestial sin reducir la velocidad hasta que, poco a poco, a medida que entraban en el angosto estrecho entre Glenaa y Dinis, se introdujeron en las nieblas que aún flotaban parcialmente por encima de los lagos y desaparecieron de la vista de los sorprendidos observadores. Pero aún les llegaba el sonido de su música, cuyos armoniosos compases resonaban, se repetían y se prolongaban en tonos cada vez más bajos, hasta que la última repetición se extinguió y los que estaban escuchando aquella música despertaron como de un sueño feliz.



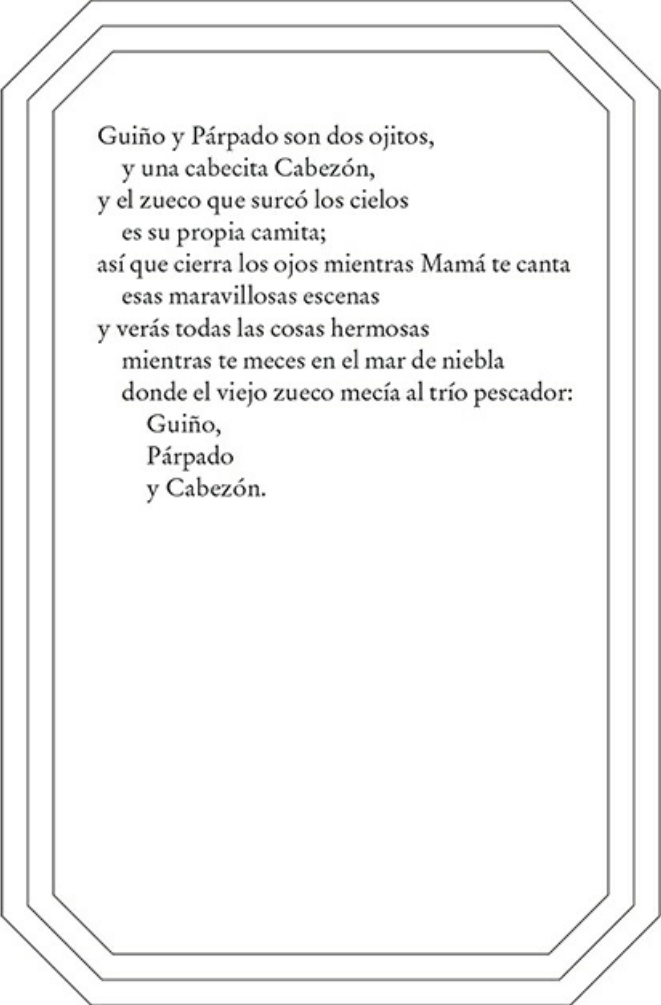
Guiño, Párpado y Cabezón

EUGENE FIELD

Guiño, Párpado y Cabezón zarparon
una noche en un zueco,
navegando en un río de luz de vidrio
hacia un mar de rocío.
«¿Adónde vais y qué deseáis?»,
les preguntó la vieja luna a los tres.
«Hemos venido a pescar el arenque,
en este mar hermoso vive el pez.
Redes de plata y oro traemos con
[nosotros»,
dijeron Guiño,
Párpado
y Cabezón.

La vieja luna rio y cantó una canción
mientras ellos se mecían en el zueco
y el viento toda la noche los impulsó
rizando las olas de rocío,
los astros eran los arenques
que vivían en el mar hermoso.
«Echad ya donde queráis las redes,
¡ningún miedo les tenemos!»,
así gritaron los astros al trío pescador,
Guiño,
Párpado
y Cabezón.

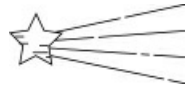
Toda la noche sus redes echaron
a la brillante espuma,
Más tarde del cielo bajó el zueco
y a casa los pescadores volvieron:
«Qué bella travesía, parece
casi mentira»;
y algunos creyeron que un sueño
soñaban
al navegar por aquel mar hermoso;
pero os diré cómo se llama el trío
[pescador:
Guiño,
Párpado
y Cabezón.



Guiño y Párpado son dos ojitos,
y una cabecita Cabezón,
y el zueco que surcó los cielos
es su propia camita;
así que cierra los ojos mientras Mamá te canta
esas maravillosas escenas
y verás todas las cosas hermosas
mientras te meces en el mar de niebla
donde el viejo zueco mecía al trío pescador:
Guiño,
Párpado
y Cabezón.

Xingú

EDITH WHARTON



I

La señora Ballinger es una de esas damas que persiguen la cultura en pandilla, como si fuera peligroso encontrarse con ella a solas. Por eso había fundado el Lunch Club, una asociación formada por ella misma y por otras indómitas cazadoras de erudición. Tras tres o cuatro inviernos de almuerzos y debates, el Lunch Club adquirió tal distinción en la ciudad que todo el mundo daba por sentado que una de sus funciones era recibir a forasteros ilustres. Y por esa razón, el día en que la célebre Osric Dane llegó a Hillbridge, le envió una invitación para que asistiera a la siguiente reunión.

El club se reuniría en casa de la señora Ballinger. Las demás socias, a sus espaldas, lamentaban su poca disposición a ceder sus derechos en favor de la señora Plinth, cuya casa era un escenario más impresionante para recibir a las celebridades, y, como observó la señora Leveret, siempre podrían recurrir a su salón.

La señora Plinth no ocultó que estaba de acuerdo. Siempre había considerado que recibir a los distinguidos invitados del Lunch Club era una de sus obligaciones. La señora Plinth estaba casi tan orgullosa de sus obligaciones como de su salón. De hecho, solía decir que una cosa implicaba la otra, y que solo una mujer de su riqueza podía permitirse vivir a un nivel tan elevado como el que ella había alcanzado. En su opinión, lo único que la Providencia exigía de las personas de posición más humilde era un gran sentido del deber, que podía adaptarse a diversos fines. Pero era evidente que el destino, que había concedido un criado a la señora Plinth, también pretendía que mantuviera una plantilla de responsabilidades altamente cualificadas. Lo más lamentable era

que la señora Ballinger, cuyas obligaciones con la asociación se limitaban al estrecho margen de dos criadas, se obstinara en su derecho a recibir a Osric Dane.

El tema de la recepción de aquella dama alteró profundamente a las socias del Lunch Club durante un mes. No es que no se sintieran a la altura de aquella labor, sino que ser conscientes de la oportunidad que suponía para ellas las sumía en la agradable incertidumbre de la dama que sopesa las alternativas de un ropero bien surtido. Aunque a las socias menos importantes, como la señora Leveret, les inquietaba la idea de cambiar impresiones con la autora de *Las alas de la muerte*, ningún mal presentimiento alteraba la confianza en sí mismas de la señora Plinth, la señora Ballinger y la señorita Van Vluyck. De hecho, a sugerencia de la señorita Van Vluyck, el tema elegido en la última reunión del club había sido *Las alas de la muerte*, y todas las socias habían podido expresar su opinión y quedarse con los comentarios de las demás que más les hubieran gustado.

Solo la señora Roby se había abstenido de aprovechar la ocasión. Pero todo el mundo sabía que, como socia del Lunch Club, la señora Roby era un fracaso. Como dijo la señorita Van Vluyck, «es lo que pasa por aceptar a una mujer basándonos en la valoración de un hombre». El profesor Foreland, un ilustre biólogo, les había asegurado que la señora Roby, que estaba de vuelta en Hillbridge tras haber pasado una larga temporada en países exóticos, era la mujer más agradable que había conocido nunca, y las socias del Lunch Club, impresionadas por un elogio avalado por un título universitario, rápidamente habían dado por sentado que las simpatías sociales del profesor estarían en consonancia con sus intereses profesionales y habían aprovechado la ocasión para contar con una socia bióloga. Fue una total desilusión. La primera vez que la señorita Van Vluyck mencionó por casualidad los pterodáctilos, la señora Roby murmuró confundida: «Sé muy poco de métrica», y tras aquella dolorosa muestra de incompetencia, evitó prudentemente seguir participando en la gimnasia mental del club.

—Supongo que la señora Roby lo aduló —resumió la señorita Van Vluyck—. O eso, o al profesor le gusta su peinado.

Como las dimensiones del comedor de la señorita Van Vluyck obligaban a que la cantidad de socias no fuera mayor de seis, el hecho de que una socia no participara suponía un serio obstáculo para el intercambio de ideas, y ya habían surgido comentarios al respecto de que la señora Roby se aprovechaba de la generosidad intelectual de las demás. Esta sensación aumentó cuando descubrieron que aún no había leído *Las alas de la muerte*. Admitió haber oído el nombre de Osric Dane, pero, por increíble que pareciera, aquello era todo lo que sabía de la célebre novelista. Las damas no pudieron ocultar su sorpresa, pero la señora Ballinger, que estaba tan orgullosa del club que deseaba dejar a todo el mundo en la mejor posición posible, incluida la señora Roby, comentó amablemente que, aunque no le había dado tiempo a leer *Las alas de la muerte*, al menos habría leído su libro anterior, *El instante supremo*, también excelente.

La señora Roby frunció el ceño en un concienzudo esfuerzo por recordar, y recordó que oh, sí, había visto aquel libro en casa de su hermano, cuando vivía con él en Brasil, incluso un día se lo había llevado para leerlo en una excursión en barco, pero en el barco habían empezado a tirarse cosas unos a otros, y el libro había caído por la borda, así que no había tenido la oportunidad de leerlo.

La imagen que sugería esta anécdota no aumentó la reputación de la señora Roby en el club. Se produjo una dolorosa pausa, que rompió el comentario de la señora Plinth:

—Entiendo que sus muchas ocupaciones le impidan encontrar tiempo para leer, pero esperaba que al menos hubiera hecho un hueco para *Las alas de la muerte* antes de que llegara Osric Dane.

La señora Roby se tomó el reproche con buen humor. Confesó que su intención era echar un vistazo al libro, pero había estado tan absorta en una novela de Trollope que...

—Ya nadie lee a Trollope —la interrumpió la señora Ballinger.

La señora Roby pareció incómoda.

—Acabo de empezar —confesó.

—¿Y le interesa? —le preguntó la señora Plinth.

—Me divierte.

—Lo que busco a la hora de elegir libros no es diversión —le dijo la señora Plinth.

—Oh, claro, *Las alas de la muerte* no es divertido —se animó a decir la señora Leveret, que expresaba su opinión como un vendedor complaciente que puede ofrecer una amplia gama de estilos si su primera selección no es la adecuada.

—¿Debía serlo? —le preguntó la señora Plinth, a la que le gustaba hacer preguntas que no permitía que nadie salvo ella contestara—. Seguro que no.

—Seguro que no... Eso iba a decir —asintió la señora Leveret retirando a toda prisa su opinión y echando mano de otra—. Debía ser... elevado.

La señorita Van Vluyck se ajustó las gafas como si fueran la toga de un juez dictando una condena.

—Me cuesta entender cómo puede decirse que un libro impregnado del más amargo pesimismo es elevado —intervino—, por instructivo que resulte.

—Quería decir «instructivo», por supuesto —dijo la señora Leveret, confundida por la inesperada diferencia entre dos términos que había supuesto sinónimos.

El placer del que gozaba la señora Leveret en el Lunch Club solía verse empañado por este tipo de sorpresas. Al no ser consciente de su valor ante las demás damas como espejo para su complacencia mental, a veces dudaba de su valía para participar en aquellos debates. Lo único que evitaba que se sintiera desesperadamente inferior era el hecho de tener una hermana tonta que pensaba que ella era inteligente.

—¿Al final se casan? —intervino la señora Roby.

—¿Quiénes? —exclamó el Lunch Club al unísono.

—Pues la chica y el hombre. Es una novela, ¿no? Siempre pienso que es lo único que importa. Si no acaban juntos, se me quitan las ganas de cenar.

La señora Plinth y la señora Ballinger intercambiaron miradas escandalizadas, y esta última dijo:

—En ese caso, no puedo recomendarle que lea *Las alas de la muerte*. Por mi parte, teniendo tantos libros por leer, me pregunto cómo puede encontrarse tiempo para los que se limitan a divertirse.

—Supongo que lo bonito es eso —murmuró Laura Glyde—, que nadie puede decir cómo acaba *Las alas de la muerte*. Afortunadamente, Osric Dane, abrumada por la terrible importancia de lo que quería decir, lo ha ocultado, quizá incluso a sí misma, como Apeles ocultó el rostro de Agamenón al representar el sacrificio de Ifigenia.

—¿Qué es eso? ¿Poesía? —susurró la señora Leveret a la señora Plinth, que, desdeñando dar una respuesta concreta, le contestó con frialdad:

—Debería usted buscarlo. Yo siempre busco las cosas.

Y su tono vino a decir: «Aunque no me costaría nada pedírselo a mi criado».

—Iba a decir —intervino la señorita Van Vluyck— que debemos preguntarnos si un libro puede ser instructivo si no es elevado.

—Oh... —murmuró la señora Leveret sintiéndose desesperadamente perdida.

—No lo sé —dijo la señora Ballinger intuyendo que, por su tono, la señorita Van Vluyck no valoraba en su justa medida la codiciada distinción de recibir a Osric Dane—. No sé si puede plantearse semejante pregunta sobre un libro que ha llamado más la atención de los intelectuales que ninguna otra novela desde *Robert Elsmere*.

—Oh —exclamó Laura Glyde—, pero ¿no se dan cuenta de que su valor artístico reside precisamente en su oscura desesperación, su maravilloso tono de negro sobre negro? Me recordó a lo que leí de la *manière noire* del príncipe Ruperto... El libro es un grabado, no una pintura, pero aun así se siente el color con tanta intensidad...

—¿Quién es ese? —susurró la señora Leveret a la dama que estaba sentada a su lado—. ¿Alguien a quien conoció en el extranjero?

—Lo maravilloso del libro es que puede verse desde muchos puntos de vista —concedió la señora Ballinger—. He oído que el profesor Lupton lo equipara con los *Principios de ética* en cuanto a estudio del determinismo.

—Me han dicho que Osric Dane pasó diez años investigando antes de empezar a escribirlo —dijo la señora Plinth—. Lo busca todo, lo verifica todo. Para mí es la base, como saben. Pero jamás dejaría un libro sin terminar por el mero hecho de que pueda comprarme todos los que quiera.

—¿Y usted qué piensa de *Las alas de la muerte*? —le preguntó de repente la señora Roby.

Podría decirse que la pregunta estaba fuera de lugar, y las damas se miraron entre sí como eludiendo su participación en aquel quebrantamiento de la disciplina. Todas sabían que nada le gustaba menos a la señora Plinth que que le preguntaran lo que opinaba de un libro. Los libros se escribían para que la gente los leyera. Si alguien los leía, ¿qué más se le podía pedir? Que la interrogaran sobre el contenido de un volumen le parecía un atropello equivalente a que la registraran en la aduana en busca de encajes de contrabando. El club siempre había respetado esta idiosincrasia de la señora Plinth. Sus opiniones eran imponentes y trascendentales. Su mente, como su casa, estaba amueblada con «piezas» monumentales que no debían desordenarse. Y una de las normas tácitas del Lunch Club era que, estando en sus dominios, debía respetarse el modo de pensar de todas las socias. Así que la reunión concluyó con la creciente sensación, por parte de las demás damas, de que la señora Roby no encajaba entre ellas.

II

El día del evento, la señora Leveret llegó temprano a casa de la señora Ballinger, con su volumen de *Citas pertinentes* en el bolsillo.

A la señora Leveret le ponía nerviosa llegar tarde al Lunch Club. Mientras llegaban las demás le gustaba ordenar sus pensamientos y hacerse una idea de por dónde iría la conversación. Pero ese día se sentía totalmente perdida. Y ni siquiera el contacto de las *Citas pertinentes*, que se pegó a ella al sentarse, la tranquilizó. Era un librito admirable, compilado para responder a cualquier emergencia social, para que el lector no se quedara sin una cita pertinente en un aniversario, alegre o melancólico (según el índice), en un banquete, social o municipal, o en un bautizo, anglicano o de cualquier otra religión. Aunque la señora Leveret llevaba años aprendiéndose de memoria sus páginas, lo valoraba más por su apoyo moral que por sus servicios prácticos, ya que, pese a que en la intimidad de su habitación estaba al mando de un ejército de citas, estas invariablemente desertaban en el momento crítico, y nunca había encontrado la ocasión de decir la única frase que recordaba: «¿Pescarás al leviatán con anzuelo?».

Ese día sentía que ni siquiera saberse de memoria todo el volumen le habría garantizado cierta tranquilidad, porque pensó que, aunque por arte de magia recordara alguna cita, solo serviría para descubrir que Osric Dane utilizaba otro volumen (la señora Leveret estaba convencida de que los literatos siempre llevaban uno encima), y que por lo tanto no reconocería sus citas.

Aquella sensación de ir a la deriva aumentó al observar el salón de la señora Ballinger. A primera vista no parecía haber cambiado, pero cualquiera que supiera cómo organizaba sus libros

la señora Ballinger habría detectado de inmediato los indicios de alteraciones recientes. Los dominios de la señora Ballinger, como socia del Lunch Club, estaban a la última. Así que no dudaba en colocar en su mesa toda novedad, fuera lo que fuese, desde una novela hasta un ensayo de psicología experimental. Nadie había descubierto adónde iban a parar los libros del año anterior, incluso de la semana anterior, qué hacía con los «cadáveres» a los que antes había profesado esa misma autoridad. Su mente era un hotel en el que los datos iban y venían como huéspedes temporales, sin dejar su dirección y a menudo sin haber pagado su estancia. La señora Ballinger presumía de «estar al corriente de las últimas tendencias» y se enorgullecía de que los libros de su mesa reflejaran aquella avanzada posición. En aquellos volúmenes, a menudo renovados y casi siempre recién impresos, había nombres que a la señora Leveret no le sonaban de nada y que, tras echarles un discreto vistazo, le provocaban la desalentadora visión de los nuevos ámbitos de conocimiento por los que la señora Ballinger transitaba, incansable. Pero ese día varios volúmenes que no eran nuevos se mezclaban hábilmente con los recién impresos. Karl Marx empujaba al profesor Bergson, y las *Confesiones* de san Agustín yacían junto al último ensayo sobre «mendelismo», de modo que incluso para la agitada percepción de la señora Leveret estaba claro que la señora Ballinger no tenía ni idea de lo que iba a hablar Osric Dane, y había tomado medidas con vistas a estar preparada para cualquier cosa. La señora Leveret se sintió como un pasajero en un barco de vapor transoceánico al que le dicen que no hay peligro inminente, pero que mejor se ponga el salvavidas.

Fue un alivio que la llegada de la señorita Van Vluyck la arrancara de aquellos malos presagios.

—Bueno, querida, ¿de qué tema vamos a hablar hoy? —preguntó de repente la recién llegada a su anfitriona.

La señora Ballinger estaba sustituyendo disimuladamente un volumen de Wordsworth por otro de Verlaine.

—No lo sé —le contestó un tanto nerviosa—. Dependerá de las circunstancias.

—¿Circunstancias? —preguntó secamente la señorita Van Vluyck—. Supongo que eso quiere decir que Laura Glyde tomará la palabra, como siempre, y nos abrumará con la literatura.

Los ámbitos de la señorita Van Vluyck eran la filantropía y la estadística, y le molestaba toda tendencia a desviar la atención de sus invitados de estos temas.

En aquel momento apareció la señora Plinth.

—¿Literatura? —protestó—. No me lo esperaba. Creía que íbamos a hablar de la novela de Osric Dane.

La señora Ballinger hizo una mueca al oír que su compañera no consideraba que la novela de Osric Dane fuera literatura, pero lo dejó correr.

—Difícilmente podemos convertirlo en nuestro tema principal, al menos de forma deliberada

—sugirió—. Podemos dejar que la conversación se desvíe en esa dirección, por supuesto, pero deberíamos empezar con otro tema, y es lo que quería consultarles. Lo cierto es que sabemos tan poco de los gustos e intereses de Osric Dane que resulta complicado prepararnos especialmente.

—Será complicado —dijo la señora Plinth, muy decidida—, pero es necesario. Sé adónde conduce esa actitud despreocupada. Como le dije a una sobrina mía el otro día, hay determinadas emergencias para las que una dama siempre debe estar preparada. Es escandaloso ponerse ropa de color cuando se va a dar el pésame, o un vestido del año anterior cuando dicen que a tu marido no le van bien los negocios, y lo mismo sucede con la conversación. Lo único que pido es saber de antemano de qué vamos a hablar. Así sé que podré decir lo correcto.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted —dijo la señora Ballinger—, pero...

Y en aquel instante la nerviosa criada anunció a Osric Dane, que apareció en el umbral.

La señora Leveret dijo después a su hermana que en un segundo supo lo que iba a pasar. Vio que Osric Dane no iba a ponerse de acuerdo con ellas. La ilustre novelista entró con una expresión forzada que no incentivaba el fácil ejercicio de la hospitalidad. Parecía que estuvieran a punto de fotografiarla para una nueva edición de sus libros.

El deseo de complacer a una divinidad suele mantener una correlación inversa con su capacidad de respuesta, y el desaliento que produjo la entrada de Osric Dane aumentó a todas luces el deseo de complacerla. Toda idea de que pudiera sentirse agradecida con las mujeres que la habían recibido quedaba inmediatamente disipada por su actitud. Como la señora Leveret dijo después a su hermana, te miraba de una forma que te sentías como si le pasara algo a tu sombrero. Aquellos aires de grandeza impresionaron tanto a las damas que un escalofrío de terror les recorrió el cuerpo cuando la señora Roby, mientras la anfitriona llevaba al ilustre personaje al comedor, se giró y les susurró:

—¡Menuda cafre!

La hora que transcurrió alrededor de la mesa no modificó el veredicto. Osric Dane la pasó engullendo en silencio el menú de la señora Ballinger, y las socias del club, intentando lanzar tópicos que su invitada parecía tragarse con tanta indiferencia como los sucesivos platos del almuerzo.

Las reticencias de la señora Ballinger a decidir un tema provocaron una gran confusión mental, que aumentó al volver al salón, donde iba a iniciarse realmente la conversación. Todas las damas esperaban a que hablara otra, y todas se quedaron conmocionadas y decepcionadas cuando la anfitriona dio inicio a la conversación con una pregunta dolorosamente tópica.

—¿Es la primera vez que viene a Hillbridge?

Incluso la señora Leveret era consciente de que era un mal principio, y un vago impulso de desprecio hizo que la señorita Glyde interviniera:

—Sí, es una ciudad muy pequeña.

A la señora Plinth se le pusieron los pelos de punta.

—Tenemos a muchas personas representativas —dijo en tono de hablar en nombre de su congregación.

Osrice Dane se giró hacia ella.

—¿Qué representan? —le preguntó.

La aversión congénita de la señora Plinth a que le hicieran preguntas se vio aumentada por el hecho de haberla pillado desprevenida, y con una mirada de reproche trasladó la pregunta a la señora Ballinger.

—Pues espero que no sea exagerado decir que, como comunidad, defendemos la cultura —dijo la dama mirando a las demás socias.

—El arte... —intervino la señorita Glyde.

—El arte y la literatura —la corrigió la señora Ballinger.

—Y confío en que también la sociología —añadió la señorita Van Vluyck.

—Tenemos cierto nivel —dijo la señora Plinth sintiéndose de repente segura del gran alcance de una generalización.

Y la señora Leveret, pensando que una generalización podía dar cabida a más de una persona, se atrevió a murmurar:

—Oh, sin duda. Tenemos cierto nivel.

—El objetivo de nuestro pequeño club —siguió diciendo la señora Ballinger— es concentrar las mejores tendencias de Hillbridge... Centralizar y concentrar su creación intelectual.

Les pareció un comentario tan afortunado que las damas lanzaron un suspiro de alivio casi audible.

—Aspiramos a estar en contacto con lo mejor del arte, la literatura y la ética.

Osrice Dane volvió a girarse hacia ella.

—¿Qué ética? —le preguntó.

Un temblor de miedo recorrió el salón. Ninguna de las damas requería la menor preparación para pronunciarse sobre cuestiones morales, pero cuando las llamaban «ética», la cosa cambiaba. Cuando el club acababa de consultar la *Enciclopedia Británica*, el *Reader's Handbook* o el *Diccionario clásico* de Smith, podía abordar cualquier tema con confianza, pero cuando las pillaban desprevenidas, podían definir el agnosticismo como una herejía de la Iglesia primitiva, y al profesor Froude como un ilustre historiador. Y las socias menos relevantes, como la señora Leveret, seguían pensando para sus adentros que la ética era algo vagamente pagano.

La pregunta fue inquietante incluso para la señora Ballinger, y todas agradecieron que Laura Glyde se inclinara hacia delante y dijera en su tono más comprensivo:

—Disculpemos, señora Dane, pero en este momento de lo único que podemos hablar es de *Las alas de la muerte*.

—Sí —dijo la señorita Van Vluyck, decidida de repente a trasladar la guerra al campo del enemigo—. Estamos impacientes por saber cuál era exactamente su propósito al escribir su maravilloso libro.

—Verá que no somos lectoras superficiales —intervino la señora Plinth.

—Estamos impacientes por que nos cuente —siguió diciendo la señorita Van Vluyck— si la tendencia al pesimismo del libro expresa sus convicciones personales o...

—O tan solo —intervino la señorita Glyde— un trasfondo sombrío para dar mayor relieve a sus personajes. ¿No es básicamente plástico?

—Siempre he afirmado que usted es una clara representante del método objetivo... —añadió la señora Ballinger.

Osríc Dane se sirvió el café con expresión crítica.

—¿Cómo define objetivo? —le preguntó.

Se produjo un nervioso silencio, hasta que Laura Glyde murmuró en tono apasionado:

—Cuando la leemos a usted, no definimos. Sentimos.

Osríc Dane sonrió.

—Las emociones literarias suelen asentarse en el cerebelo —comentó.

Y cogió otro terrón de azúcar.

La vaga sensación de que el comentario era hiriente quedó prácticamente neutralizada por la satisfacción de que hubiera recurrido a un vocabulario tan técnico.

—Ah, el cerebelo —dijo la señorita Van Vluyck afable—. El invierno pasado el club hizo un curso de psicología.

—¿Qué psicología? —le preguntó Osríc Dane.

Se produjo una pausa agónica en la que todas las socias del club deploraron en secreto la alarmante incompetencia de las demás. Solo la señora Roby siguió bebiéndose plácidamente su chartreuse. Al final, la señora Ballinger dijo intentando elevar el tono:

—Bueno, la verdad, ya sabe, hicimos el curso de psicología el año pasado, y este año nos hemos centrado tanto en...

Se interrumpió y, muy nerviosa, intentó recordar algunas discusiones del club, pero la mirada petrificante de Osríc Dane parecía paralizar sus facultades. ¿En qué se había centrado el club? La señora Ballinger, con la intención de ganar tiempo, repitió lentamente:

—Nos hemos centrado tanto en...

La señora Roby dejó en la mesa su vaso de licor y se acercó al grupo sonriendo.

—¿En Xingú? —le preguntó en tono amable.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de las demás socias. Intercambiaron miradas confundidas y luego, unánimemente, dirigieron una mirada aliviada e interrogante a su salvadora. La expresión de cada una de ellas denotaba una fase diferente de la misma emoción. La señora Plinth fue la

primera en recomponer sus rasgos y adquirir una expresión tranquila. Tras un rápido ajuste, su mirada casi daba a entender que había sido ella la que había facilitado aquella palabra a la señora Ballinger.

—¡Xingú, claro! —exclamó esta última con su habitual rapidez.

La señorita Van Vluyck y Laura Glyde parecían sumidas en las profundidades de la memoria, y a la señora Leveret, que no se decidía a recurrir a las *Citas pertinentes*, hasta cierto punto la tranquilizó sentir su incómoda presión contra su cuerpo.

El cambio de actitud de Osric Dane no fue menos llamativo que el de las damas del club. También ella dejó en la mesa su taza de café, pero con una mirada de evidente fastidio. Por un instante, también ella mostró lo que la señora Roby describió después como la mirada de estar sintiendo algo en la parte posterior de la cabeza. Y antes de que hubiera podido disimular aquel momentáneo indicio de debilidad, la señora Roby le dirigió una respetuosa sonrisa y le dijo:

—Y esperábamos que hoy nos dijera qué piensa de ello.

Osric Dane recibió el homenaje de la sonrisa como era de esperar, aunque era evidente que la pregunta que la acompañó la incomodaba, y a las damas que la observaban les quedó claro que no era rápida cambiando su expresión facial. Era como si su rostro hubiera adoptado durante tanto tiempo aquella pose de indiscutible superioridad que ahora los músculos se le habían agarrotado y se negaban a obedecer sus órdenes.

—Xingú... —dijo, como si también ella quisiera ganar tiempo.

La señora Roby siguió presionándola.

—Como el tema es tan interesante, entenderá que el club haya dejado de lado todo lo demás, de momento. Me atrevería a decir que desde que empezamos con Xingú nos parece que no merece la pena recordar nada más, aparte de sus libros.

La incómoda sonrisa de Osric Dane, en lugar de iluminar sus rígidos rasgos, los oscureció.

—Me alegra saber que hacen una excepción —dijo entre dientes.

—Oh, por supuesto —dijo amablemente la señora Roby—. Pero como nos ha mostrado con tanta naturalidad que no le molesta hablar de sus cosas, la verdad es que no podemos dejarla marchar sin que nos haya contado qué piensa exactamente de Xingú. Sobre todo —añadió con una sonrisa aún más persuasiva— teniendo en cuenta que hay gente que dice que empapa uno de sus últimos libros por todas partes.

Así que era una cosa... La certeza se extendió como el fuego por las mentes reseca de las demás socias. En su afán por que les dieran una pista, por mínima que fuera, sobre Xingú, casi olvidaron la alegría de estar presenciando el desconcierto de la señora Dane.

Esta última, nerviosa, enrojeció ante el desafío de su adversaria.

—¿Puedo preguntarle a cuál de mis libros se refiere? —le dijo titubeando.

La señora Roby no titubeó.

—Eso es precisamente lo que quiero que nos diga, porque, aunque estuve presente, en realidad no participé.

—¿Presente en qué?

La señora Dane recogió el testigo, y por un instante las temblorosas socias del Lunch Club pensaron que la campeona que les había enviado el destino había perdido un punto. Pero la señora Roby se explicó con alegría:

—En el debate, por supuesto. Y por eso estamos terriblemente impacientes por saber cómo llegó al Xingú.

Se produjo una pausa que no presagiaba nada bueno, un silencio tan lleno de peligros incalculables que todas las socias, de forma unánime, se quedaron sin palabras, como soldados que sueltan sus armas para observar el combate cuerpo a cuerpo de sus líderes. Entonces la señora Dane expresó su más profundo temor diciendo con brusquedad:

—Ah, ha dicho usted *al* Xingú, ¿verdad?

La señora Roby sonrió, impertérrita.

—Es un poco pedante, ¿verdad? Personalmente, siempre coloco el artículo, pero no sé qué piensan al respecto las demás socias.

Las demás socias parecieron dispuestas a renunciar de buen grado a expresar su opinión, por lo que la señora Roby, tras mirar al grupo con ojos brillantes, siguió diciendo:

—Seguramente piensan, como yo, que en realidad solo importa la cosa en sí... Xingú.

Como parecía que a la señora Dane no se le ocurría qué contestar, la señora Ballinger reunió el valor para decir:

—Seguramente todas sienten eso por Xingú.

La señora Plinth acudió en su ayuda con un fuerte murmullo de asentimiento, y Laura Glyde lanzó un emotivo suspiro.

—Sé de casos a los que les ha cambiado la vida.

—A mí me ha hecho mucho bien —intervino la señora Leveret recordando lo que había oído o leído el invierno anterior.

—Por supuesto —admitió la señora Roby—, la dificultad es que hay que dedicarle mucho tiempo. Es muy largo.

—Me cuesta imaginar que se lamente el tiempo dedicado a este tema —dijo la señorita Van Vluyck.

—Y por momentos profundo —siguió diciendo la señora Roby. (Así que era un libro...)—. Y no es fácil saltárselos.

—Yo nunca me los salto —dijo la señora Plinth categóricamente.

—Ah, en Xingú es peligroso. Incluso al principio hay lugares que no se pueden saltar. Es preciso atravesarlos.

—Yo no diría «atravesar» —dijo la señora Ballinger sarcásticamente.

La señora Roby se la quedó mirando, expectante.

—Oh, ¿siempre le ha parecido coser y cantar?

La señora Ballinger dudó.

—Por supuesto que hay pasajes difíciles —admitió.

—Sí, algunos no están del todo claros... ni siquiera conociendo bien el original —añadió la señora Roby.

—Como supongo que es su caso —intervino Osric Dane lanzándole de repente una mirada desafiante.

La señora Roby la recibió con un gesto de desprecio.

—Oh, la verdad es que hasta cierto punto no es difícil, aunque algunas bifurcaciones son muy poco conocidas y es casi imposible llegar a su origen.

—¿Lo ha intentado alguna vez? —le dijo la señora Plinth, que seguía sin confiar en la minuciosidad de la señora Roby.

La señora Roby se quedó un momento en silencio y luego contestó bajando los párpados:

—No, pero un amigo mío sí. Un hombre brillantísimo. Y me dijo que era mejor que las mujeres... no...

Un escalofrío recorrió el salón. La señora Leveret tosió para que la criada, que estaba repartiendo cigarrillos, no lo oyera. El rostro de la señorita Van Vluyck adoptó una expresión de asco, y la señora Plinth parecía estar pasando de largo junto a alguien a quien no le importaba negarle el saludo. Pero el resultado más notable de las palabras de la señora Roby fue el efecto que produjeron en la distinguida invitada del Lunch Club. Los rasgos impassibles de Osric Dane se suavizaron de repente y dieron paso a una expresión de la más cálida simpatía, y acercando su silla a la de la señora Roby le preguntó:

—¿De verdad? ¿Y cree usted que tiene razón?

La señora Ballinger, en quien el fastidio por el hecho de que extrañamente la señora Roby hubiera asumido el protagonismo empezaba a desplazar la gratitud por la ayuda que le había prestado, no podía consentir que monopolizara la atención de su invitada recurriendo a métodos tan dudosos. Si Osric Dane no se respetaba a sí misma lo bastante para que le ofendiera la frivolidad de la señora Roby, al menos el Lunch Club se ofendería en la persona de su presidenta.

La señora Ballinger apoyó la mano en el brazo de la señora Roby.

—No olvidemos —dijo con glacial amabilidad— que, por mucho que nosotras nos centremos en Xingú, quizá no es tan interesante para...

—Oh, no, todo lo contrario, se lo aseguro —intervino Osric Dane.

—... para los demás —concluyó la señora Ballinger con firmeza—. Y no debemos permitir que nuestra pequeña reunión termine sin convencer a la señora Dane de que nos diga unas palabras de

un tema que ahora mismo está mucho más presente en nuestros pensamientos. Me refiero, por supuesto, a *Las alas de la muerte*.

Las demás socias, que albergaban en diferentes medidas el mismo sentimiento, y animadas por la actitud más humana de su temible invitada, repitieron tras la señora Ballinger:

—Oh, sí, tiene que hablarnos un poco de su libro.

La expresión de Osric Dane pareció tan aburrida —aunque no tan arrogante— como antes, cuando habían mencionado su libro. Pero antes de que hubiera podido responder a la solicitud de la señora Ballinger, la señora Roby se levantó de su asiento y se bajó el velo, hasta cubrirse la frívola nariz.

—Lo siento mucho —dijo avanzando hacia la anfitriona con la mano extendida—, pero creo que mejor me marchó antes de que la señora Dane empiece. Desgraciadamente, como saben, no he leído su libro, así que estaría en terrible desventaja con respecto a todas ustedes, y además he quedado para jugar al bridge.

Si la señora Roby se hubiera limitado a alegar su desconocimiento de las obras de Dane como el motivo de su retirada, el Lunch Club, teniendo en cuenta lo hábil que había sido, quizá habría aprobado aquella muestra de discreción, pero juntar esta excusa con el descarado anuncio de que renunciaba a aquel privilegio para unirse a una partida de bridge fue solo otro ejemplo de su escaso criterio.

Sin embargo, las damas sentían que su marcha —ahora que les había prestado el único servicio que iba a prestarles jamás— seguramente aumentaría el orden y la dignidad del inminente debate, además de librarlas de la sensación de desconfianza en sí mismas que misteriosamente les producía siempre su presencia. Así que la señora Ballinger se limitó a murmurar con educación que lo lamentaba, y las demás socias estaban agrupándose con comodidad alrededor de Osric Dane cuando esta última, para su consternación, se levantó del sofá en el que estaba sentada.

—¡Oh, espere... espere, que voy con usted! —gritó a la señora Roby y, cogiendo la mano de las desconcertadas damas, administró una serie de apretones de despedida con la prisa mecánica con la que un revisor de tren pica los billetes.

—Lo siento... Lo había olvidado por completo... —les dijo desde el umbral.

Y cuando llegó a la señora Roby, que se había girado sorprendida al oír que la llamaba, las demás damas sufrieron la humillación de escucharla decir en un volumen que no se molestó en bajar:

—Si me permite caminar un rato con usted, me encantaría hacerle algunas preguntas más sobre Xingú...

III

El incidente había sido tan rápido que la puerta se cerró antes de que las demás socias hubieran tenido tiempo para entender qué estaba pasando. Luego, la sensación de humillación que les había causado la brusca deserción de Osric Dane empezó a competir contra la confusa sensación de que las habían engañado inesperadamente sin que supieran cómo ni por qué.

Se produjo un silencio en el que la señora Ballinger, con una mano indiferente, reorganizó los libros hábilmente agrupados, a los que su distinguida invitada no había echado ni un vistazo. Luego la señorita Van Vluyck dijo bruscamente:

—Bueno, no puedo decir que considere que la marcha de Osric Dane sea una gran pérdida.

Esta confesión materializó el resentimiento de las demás socias, y la señora Leveret exclamó:

—Creo que ha venido solo para ser desagradable.

Según la opinión de la señora Plinth, la actitud de Osric Dane con el Lunch Club podría haber sido muy diferente si la hubieran recibido en el majestuoso escenario de sus salones, pero, como no quería expresar lo poco adecuado que resultaba el espacio de la señora Ballinger, se complació despreciando su falta de previsión.

—Ya dije desde el principio que debíamos tener un tema preparado. Esto es lo que pasa cuando no se está preparado. Pero si solo teníamos Xingú...

El club siempre había aceptado la lentitud de los procesos mentales de la señora Plinth, pero aquel ejemplo fue excesivo para la ecuanimidad de la señora Ballinger.

—¡Xingú! —se burló—. Pues resulta que lo que enfureció tanto a Osric Dane fue el hecho de que supiéramos mucho más que ella, aunque no lo hubiéramos preparado. Creía que estaba lo bastante claro para todas.

Tal respuesta impresionó incluso a la señora Plinth, y Laura Glyde, movida por un impulso de generosidad, dijo:

—Sí, deberíamos agradecerle a la señora Roby que introdujera el tema. Quizá enfureció a Osric Dane, pero al menos la hizo civilizada.

—Me alegro de que hayamos podido mostrarle que la cultura amplia y actualizada no se limita a los grandes centros intelectuales —añadió la señorita Van Vluyck.

Aquel comentario hizo que aumentara la satisfacción de las demás socias, en las que el placer de haber contribuido al desconcierto de Osric Dane consiguió que empezaran a olvidar su ira contra ella.

La señorita Van Vluyck se frotó las gafas, pensativa.

—Lo que más me ha sorprendido ha sido que Fanny Roby supiera tanto de Xingú —siguió diciendo.

El comentario provocó un leve escalofrío entre las damas, pero la señora Ballinger admitió en un tono de indulgente ironía:

—La señora Roby siempre es de gran ayuda, aunque sin duda estamos en deuda con ella por haber recordado que había oído hablar de Xingú.

Y las demás socias consideraron que era una forma elegante de cancelar de una vez por todas las obligaciones del club con la señora Roby.

Incluso la señora Leveret se atrevió a lanzar un tímido rayo de ironía.

—Supongo que Osríc Dane no esperaba recibir una clase de Xingú en Hillbrigde...

La señora Ballinger sonrió.

—Cuando me ha preguntado qué representábamos... ¿Lo recuerda? ¡Ojalá le hubiera contestado que representamos a Xingú!

Todas las damas se rieron de la ocurrencia, menos la señora Plinth, que, tras pensarlo un momento, dijo:

—No sé si habría sido prudente.

La señora Ballinger, que ya estaba empezando a sentir que había replicado a Osríc Dane lo que se le acababa de ocurrir, se dirigió irónicamente a la señora Plinth:

—¿Puedo preguntarle por qué?

La señora Plinth estaba muy seria.

—Por lo que ha dicho la señora Roby, entiendo que es mejor no profundizar demasiado en el tema —le contestó.

La señorita Van Vluyck intervino para precisar:

—Creo que esto se aplica solo a la investigación del origen del... del... —Y de repente descubrió que le fallaba la memoria, en la que siempre podía confiar—. Nunca he analizado ese tema —concluyó.

—Yo tampoco —dijo la señora Ballinger.

Laura Glyde se inclinó hacia ellas con los ojos muy abiertos.

—Y sin embargo parece el más esotéricamente fascinante, ¿no es así?

—No sé en qué se basa —le replicó la señorita Van Vluyck.

—Bueno, ¿no se ha dado cuenta de lo mucho que se interesó Osríc Dane en cuanto oyó lo que el brillante extranjero (era extranjero, ¿verdad?) le había dicho a la señora Roby sobre el origen... el origen del rito... o como lo llamen?

La señora Plinth pareció no estar de acuerdo, y la señora Ballinger dudó. Luego dijo:

—Puede que no sea conveniente abordar ese... ese tema en una conversación general, pero, por la importancia que evidentemente tiene para una mujer tan distinguida como Osríc Dane, creo que no debemos tener miedo a comentarlo entre nosotras... sin guantes..., aunque a puerta cerrada, si es necesario.

—Estoy totalmente de acuerdo —la apoyó rápidamente la señorita Van Vluyck—. Bueno, siempre y cuando evitemos todo lenguaje soez.

—Oh, estoy segura de que lo entenderemos sin groserías —bromeó la señora Leveret.

Y mientras la señora Ballinger se levantaba para asegurarse de que las puertas estaban cerradas, Laura Glyde añadió:

—Supongo que sabemos leer entre líneas.

La señora Plinth aún no había accedido.

—No termino de entender en qué nos beneficiará investigar unas costumbres tan peculiares... —empezó a decir.

Pero la paciencia de la señora Ballinger había llegado a su límite.

—Al menos en una cosa —dijo volviendo a su asiento—. Que no vuelvan a colocarnos en la humillante posición de saber menos de nuestros temas que Fanny Roby.

El argumento fue concluyente incluso para la señora Plinth. Miró furtivamente el salón y bajó la voz para preguntar:

—¿Tiene un ejemplar?

—¿Un... un ejemplar? —tartamudeó la señora Ballinger. Era consciente de que las demás socias la miraban expectantes y de que aquella respuesta había sido inadecuada, así que añadió otra pregunta—: ¿Un ejemplar de qué?

Las damas dirigieron sus miradas expectantes a la señora Plinth, que parecía menos segura de sí misma que habitualmente.

—Pues del... del... libro —contestó.

—¿Qué libro? —le preguntó la señorita Van Vluyck, casi tan bruscamente como Osric Dane.

La señora Ballinger miró a Laura Glyde, que miraba fijamente a la señora Leveret con expresión interrogante. Para esta última, el hecho de que se remitieran a ella era tan novedoso que sintió un temor enfermizo.

—¡Xingú, por supuesto! —exclamó.

Un profundo silencio siguió a aquel desafío a las existencias de la biblioteca de la señora Ballinger, y esta última, tras lanzar una mirada nerviosa a los libros que había colocado cuidadosamente en la mesa, contestó en tono digno:

—No es algo que se deja tirado por ahí.

—¡Por supuesto que no! —exclamó la señora Plinth.

—¿Así que es un libro? —preguntó la señorita Van Vluyck.

Las damas volvieron a quedarse desconcertadas, y la señora Ballinger dijo con gesto impaciente:

—Pues... hay un libro... naturalmente...

—Entonces ¿por qué la señorita Glyde lo ha llamado «religión»?

—¿Religión? —intervino Laura Glyde—. Nunca he...

—Sí, lo ha dicho —insistió la señorita Van Vluyck—. Ha hablado de ritos. Y la señora Plinth ha dicho que era una costumbre.

Era evidente que la señorita Glyde estaba haciendo un esfuerzo desesperado por recordar lo que había dicho, pero la exactitud de los detalles no era su punto fuerte. Al final murmuró:

—Seguramente hacían algo similar a los misterios de Eleusis...

—Oh... —dijo la señorita Van Vluyck, a punto de mostrar su desacuerdo.

Y la señora Plinth protestó:

—¡Creía que habíamos descartado la falta de decoro!

La señora Ballinger no pudo controlar su enfado.

—De verdad, es una pena que no seamos capaces de hablar del tema tranquilamente entre nosotras. Personalmente, creo que si nos interesa un poco Xingú...

—¡Oh, a mí me interesa! —gritó la señorita Glyde.

—Y no veo cómo evitarlo si queremos estar al corriente de las últimas ideas...

La señora Leveret lanzó una exclamación de alivio.

—¡Eso es! —intervino.

—¿El qué? —le preguntó la presidenta.

—Pues... una... una idea. O sea, una filosofía.

Esto pareció aliviar un poco a la señora Ballinger y a Laura Glyde, pero la señorita Van Vluyck dijo:

—Perdonen que les diga que todas ustedes se equivocan. Resulta que Xingú es un idioma.

—¡Un idioma! —gritó todo el Lunch Club.

—Sin duda. ¿No recuerdan que Fanny Roby ha dicho que había varias bifurcaciones, y que costaba mucho llegar al origen de algunas de ellas? ¿A qué podría aplicarse si no a los dialectos?

La señora Ballinger no pudo seguir reprimiendo una carcajada desdeñosa.

—La verdad, si el Lunch Club ha llegado al punto de tener que recurrir a Fanny Roby para que nos instruya sobre un tema como Xingú, casi mejor que lo dejemos correr.

—Es culpa suya por no ser más clara —dijo Laura Glyde.

—¡Oh, claridad y Fanny Roby! —La señora Ballinger se encogió de hombros—. Me atrevo a decir que descubriremos que se ha equivocado prácticamente en todo.

—¿Por qué no lo buscamos? —preguntó la señora Plinth.

Normalmente, al estar en pleno debate, pasaban por alto esta recurrente sugerencia de la señora Plinth, que solo atendían después, cuando cada socia estaba en su casa. Pero, en esta ocasión, el deseo de atribuir su confusión al carácter vago y contradictorio de lo que había dicho la señora Roby hizo que las socias del Lunch Club solicitaran unánimemente un libro de referencia.

En este punto, la señora Leveret sacó su apreciado volumen, lo que por un momento le

proporcionó la poco habitual experiencia de ser el centro de atención, cosa que no pudo mantener por mucho tiempo, ya que las *Citas pertinentes* no hacían ninguna mención a Xingú.

—¡Oh, no es esto lo que buscamos! —exclamó la señorita Van Vluyck. Lanzó una mirada desdeñosa a los libros de la señora Ballinger y añadió, impaciente—: ¿No tiene ningún libro que nos sirva?

—Claro que sí —le contestó la señora Ballinger, indignada—. Están en el vestidor de mi marido.

Tras dificultades y con retraso, la criada llegó del vestidor con el volumen W-Z de una enciclopedia y, dado que la solicitud había partido de la señorita Van Vluyck, dejó el pesado tomo delante de ella.

Se produjo un momento de doloroso suspense mientras la señorita Van Vluyck se limpiaba las gafas, se las colocaba y pasaba las páginas de la Z. Y un murmullo de sorpresa cuando dijo:

—Aquí no está.

—Supongo que no es adecuado incluirlo en un libro de referencia —dijo la señora Plinth.

—¡Tonterías! —exclamó la señora Ballinger—. Pruebe con la X.

La señorita Van Vluyck volvió a mirar el volumen, recorrió las páginas y de repente se detuvo y se quedó inmóvil, como un perro de caza mirando su presa.

—Bueno, ¿lo ha encontrado? —le preguntó la señora Ballinger tras una pausa considerable.

—Sí. Lo he encontrado —le contestó la señorita Van Vluyck en un tono extraño.

—Le ruego que no lo lea en voz alta si hay algo ofensivo —intervino rápidamente la señora Plinth.

La señorita Van Vluyck no contestó. Siguió leyendo el libro en silencio.

—¿Y bien? ¿Qué es? —exclamó Laura Glyde, muy nerviosa.

—¡Díganoslo! —la apremió la señora Leveret sintiendo que tendría algo terrible que contar a su hermana.

La señorita Van Vluyck apartó el volumen y dirigió lentamente la mirada al expectante grupo.

—Es un río.

—¿Un río?

—Sí, de Brasil. ¿No ha vivido allí?

—¿Quién? ¿Fanny Roby? Oh, debe de haberse equivocado. Ha leído otra cosa —dijo la señora Ballinger inclinándose hacia ella para coger el volumen.

—Es el único Xingú de la enciclopedia. Y ella ha vivido en Brasil —insistió la señorita Van Vluyck.

—Sí, su hermano es cónsul en Brasil —intervino la señora Leveret.

—Pero ¡es ridículo! Recuerdo... todas recordamos que el año pasado leímos sobre Xingú... o hace dos años —balbuceó la señora Ballinger.

—He creído que sí cuando usted lo ha dicho —admitió Laura Glyde.

—¿Lo he dicho yo? —gritó la señora Ballinger.

—Sí. Ha dicho que había dejado de lado todo lo demás.

—Bueno, usted ha dicho que le había cambiado la vida.

—Es más, la señorita Van Vluyck ha dicho que no lamentaba el tiempo que le había dedicado.

—He dejado claro que no sabía nada del original —intervino la señora Plinth.

La señora Ballinger interrumpió la discusión con un gemido.

—Oh, ¿qué importa que se haya burlado de nosotras? Creo que la señorita Van Vluyck tiene razón... ¡En todo momento se refería al río!

—¿Cómo es posible? ¡Es ridículo! —exclamó la señorita Glyde.

—Escuchen. —La señorita Van Vluyck había cogido la enciclopedia y se había vuelto a colocar las gafas sobre la nariz, roja de expectación—. «El Xingú, uno de los principales ríos de Brasil, nace en la meseta de Mato Grosso, fluye hacia el norte a lo largo de mil ochocientos kilómetros, como mínimo, y se introduce en el Amazonas cerca de la desembocadura de este último río. El curso alto del Xingú es aurífero y cuenta con gran cantidad de bifurcaciones. El explorador alemán Von den Steinen descubrió su fuente en 1884, tras una difícil y peligrosa expedición por una zona en la que vivían tribus que aún estaban en la Edad de Piedra.»

Las damas recibieron la información en un silencio estupefacto del que la señora Leveret fue la primera en recuperarse.

—Sin duda ha dicho que tenía bifurcaciones.

La palabra pareció romper el último hilo de incredulidad.

—Y que era muy largo —dijo la señora Ballinger, sin aliento.

—Ha dicho que era muy profundo y que no se podía saltar, que había que atravesarlo —añadió la señorita Glyde.

Una idea se abrió paso lentamente a través de las compactas resistencias de la señora Plinth.

—¿Cómo puede haber algo indecoroso en un río? —preguntó.

—¿Indecoroso?

—¿No ha dicho que el origen era... corrupto?

—Corrupto no. Ha dicho que era difícil llegar a él —la corrigió Laura Glyde—. Se lo había dicho alguien que había estado allí. Me atrevería a decir que fue el propio explorador... ¿No dice el libro que la expedición fue peligrosa?

—«Difícil y peligrosa» —leyó la señorita Van Vluyck.

La señora Ballinger se apretó las sienes, que le palpitaban.

—No ha dicho nada que no pueda aplicarse a un río... ¡A este río! —Se giró, nerviosa, hacia las demás socias—. ¿Recuerdan que nos ha contado que no había leído *El instante supremo* porque

se lo había llevado a una excursión en barco cuando estaba en casa de su hermano y alguien lo había tirado por la borda? Ha dicho que había caído por la borda.

Las damas dieron a entender que no se les había escapado la frase.

—Bien, ¿y luego no le ha dicho a Osric Dane que Xingú empapa uno de sus últimos libros por todas partes? ¡Si un revoltoso amigo de la señora Roby lo tiró al río, claro que lo empapa!

Esta sorprendente reconstrucción de la escena en la que acababan de participar dejó a las socias del Lunch Club sin palabras. Al final, la señora Plinth, tras haber dado muchas vueltas al problema, dijo muy seria:

—También le ha tomado el pelo a Osric Dane.

La señora Leveret se animó al oírlo.

—Quizá la señora Roby lo ha hecho por eso. Ha dicho que Osric Dane era una cafre, y quizá ha querido darle una lección.

La señorita Van Vluyck frunció el ceño.

—No tenía por qué hacerlo a nuestras expensas.

—Al menos ha conseguido interesarla —dijo la señorita Glyde en un tono ligeramente amargo—, que es más de lo que hemos conseguido nosotras.

—¿Qué posibilidades hemos tenido? —preguntó la señora Ballinger.

—La señora Roby la ha monopolizado desde el principio. Y no tengo la menor duda de que ese era su propósito, dar a Osric Dane la falsa impresión de su posición en el club. No dudaría en hacer cualquier cosa para llamar la atención. Todas sabemos cómo engañó al pobre profesor Foreland.

—La verdad es que lo obliga a celebrar reuniones en su casa cada jueves —dijo la señora Leveret.

Laura Glyde dio una palmada.

—Pues hoy es jueves, así que ha ido allí, por supuesto. Y se ha llevado a Osric.

—Y en este momento están riéndose de nosotras —dijo la señora Ballinger entre dientes.

Aquella posibilidad les parecía demasiado absurda para admitirla.

—No se atreverá a confesar el engaño a Osric Dane —dijo la señorita Van Vluyck.

—No estoy tan segura. Creo que la he visto haciéndole un gesto al marcharse. Si no le hubiera hecho un gesto, ¿por qué Osric Dane habría corrido tras ella?

—Bueno, ya sabe, todas le habíamos dicho lo maravilloso que era Xingú, y ha dicho que quería saber más —dijo la señora Leveret en un tardío impulso de justicia hacia la ausente.

El comentario no solo no mitigó la rabia de las demás socias, sino que la aumentó.

—Sí... y precisamente de eso están riéndose ahora —dijo Laura Glyde irónica.

La señora Plinth se levantó y acomodó las caras pieles sobre su cuerpo monumental.

—No quiero criticar —dijo—, pero, por mi parte, si el Lunch Club no puede evitar que se

repitan estas... estas escenas tan impropias...

—¡Oh, lo mismo digo! —la interrumpió la señorita Glyde levantándose también.

La señorita Van Vluyck cerró la enciclopedia y empezó a abrocharse la chaqueta.

—Mi tiempo es demasiado valioso... —empezó a decir.

—Supongo que todas pensamos lo mismo —dijo la señora Ballinger mirando a la señora Leveret, que a su vez miraba a las demás.

—No acepto los escándalos —siguió diciendo la señora Plinth.

—¡Hoy ha provocado uno! —exclamó la señorita Glyde.

—¡No entiendo cómo se ha atrevido! —gimió la señora Leveret.

—Algunas mujeres no se detienen ante nada —dijo la señorita Van Vluyck cogiendo su libreta.

La señora Plinth retomó su argumento:

—... Pero si algo así hubiera sucedido en mi casa —su tono daba a entender que jamás habría sucedido—, me sentiría en la obligación de pedir la dimisión de la señora Roby... o de presentar la mía.

—Oh, señora Plinth... —murmuró el Lunch Club.

—Afortunadamente para mí —siguió diciendo la señora Plinth con enorme magnanimidad—, el tema no me atañe, puesto que nuestra presidenta decidió que el privilegio de recibir a los invitados ilustres le correspondía a ella. Y creo que las demás socias estarán de acuerdo en que, dado que esta opinión era exclusivamente suya, suya debe ser la decisión sobre cómo eliminar sus... sus deplorables consecuencias.

Tras aquel estallido de resentimiento, largo tiempo acumulado, se produjo un largo silencio.

—No entiendo por qué debería pedirle que dimita... —empezó a decir por fin la señora Ballinger.

Pero Laura Glyde se giró para recordarle:

—Sabe que le hizo decir que para usted Xingú siempre había sido coser y cantar.

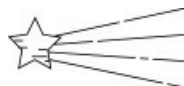
A la señora Leveret se le escapó una risita inoportuna, y la señora Ballinger retomó la palabra enérgicamente:

—... pero ni se les ocurra pensar que me da miedo pedírselo.

Las damas del Lunch Club salieron del salón, y la puerta se cerró tras ellas. La presidenta de la distinguida asociación se sentó a su escritorio, apartó un ejemplar de *Las alas de la muerte* para apoyar el codo, sacó una hoja de papel con el membrete del club y empezó a escribir: «Querida señora Roby...».

Heidi (extracto)

JOHANNA SPYRI



Cuando Dete desapareció, el Tío se volvió a sentar en el banco e hizo flotar grandes nubes de humo con la pipa, mientras observaba el suelo sin decir una palabra. Entretanto, Heidi exploraba satisfecha los alrededores, descubría el establo de las cabras construido junto a la cabaña y miraba dentro. No había nada. La niña continuó su investigación y llegó a la parte trasera de la cabaña, hasta el viejo abeto. El viento soplaba tan fuerte a través de sus ramas que silbaba y bramaba en lo alto de la copa. Heidi se quedó allí escuchando. Cuando se calmó un poco el ruido, la niña volvió la siguiente esquina de la cabaña, y giró de nuevo hasta regresar a la parte delantera con el abuelo. Cuando vio que aún estaba en la misma postura en que lo había dejado, se plantó ante él, se llevó las manos a la espalda y lo miró con atención. El abuelo levantó la vista.

—¿Qué quieres hacer ahora? —le preguntó, al ver a la niña inmóvil ante él.

—Quiero ver lo que tienes dentro de la cabaña —dijo Heidi.

—¡Pues ven! —El abuelo se levantó y entró en la cabaña por delante de ella—. Toma tu hatillo de ropa y tráetelo —le ordenó al entrar.

—Ya no lo necesito —le aclaró Heidi.

El viejo se volvió y miró fijamente a la niña, cuyos ojos negros brillaban de expectación ante las cosas que podría haber allí dentro.

—No parece que le falte seso... —dijo el abuelo en voz baja—. ¿Por qué ya no lo necesitas? —le preguntó.

—Preferiría ir como las cabras, que tienen las patitas ligeras.

—Puedes hacerlo, pero recoge tus cosas —le ordenó el abuelo— y ponlas en el taquillón.

Heidi obedeció. Entonces el viejo abrió la puerta y Heidi entró tras él en una habitación bastante grande, que ocupaba toda la cabaña. Había una mesa con una silla; en un rincón estaba el

camastro del abuelo, en otro había colgado un gran caldero sobre el hogar; en el lado opuesto había una gran puerta en la pared, que el abuelo abrió: era el armario. Allí tenía colgadas sus ropas y en un anaquel había un par de camisas, calcetas y pañuelos, y en otro algunos platos y tazas y vasos, y en el de más arriba una hogaza de pan y carne ahumada y queso, porque en aquel taquillón estaba todo lo que el Tío de los Alpes poseía y necesitaba para su subsistencia. En cuanto hubo abierto el armario, Heidi se acercó aprisa y metió sus cosas dentro, tan detrás de la ropa del abuelo como le fue posible, para no encontrárselas de nuevo con facilidad. Miró atentamente alrededor del cuarto y dijo:

—¿Dónde voy a dormir yo, abuelo?

—Donde quieras —fue la respuesta del anciano.

A Heidi eso le pareció bien. Recorrió todos los recovecos y remiró por todas partes, para ver dónde sería más bonito dormir. En el rincón frente al del camastro del abuelo había una escala apoyada; Heidi la subió y llegó al sobrado de la casa. Allí arriba había un montón de paja fresca y aromática, y a través de un tragaluz redondo se alcanzaba a ver el valle a lo lejos.

—¡Quiero dormir aquí! —le gritó Heidi al abuelo, que estaba abajo—. ¡Qué bonito es esto! ¡Ven y verás lo bonito que es, abuelo!

—Lo sé —fanfarroneó él desde abajo.

—¡Voy a hacer la cama —volvió a gritar la niña, yendo y viniendo atareada por el altillo—, pero tienes que subir y traerme una sábana, porque una cama debe tener una sábana sobre la que acostarse!

—Está bien —dijo el abuelo desde abajo, y al cabo de un instante fue al armario y hurgó un rato dentro; sacó de debajo de las camisas un lienzo largo y tosco, que debía de ser algo así como una sábana. La subió por la escala. Allí, en el sobrado, la niña había preparado una camita muy coqueta; en la cabecera, había apilado la paja bien alta, de manera que al acostarse la cara le quedase justo ante el ventanuco redondo.

—Lo has hecho muy bien —dijo el abuelo—. Ahora hay que poner la sábana; pero, espera —añadió agarrando un buen puñado de paja del montón para hacer el jergón el doble de grueso y que no se sintiese a su través el duro suelo—. Así, y ahora la ponemos.

Heidi se apresuró a sujetar la sábana, pero casi no podía sostenerla de lo pesada que era; aunque eso estaba muy bien porque, a través de la gruesa tela, no podrían pincharla las puntas de las briznas. Entre los dos extendieron la sábana sobre la paja, y donde quedaba demasiado ancha y demasiado larga, Heidi se apresuró a remeter los extremos bajo el camastro. Se veía estupenda y aseada, y Heidi la observó pensativa.

—Nos hemos olvidado de una cosa, abuelo —dijo.

—¿De qué? —preguntó él.

—Una manta; porque, cuando uno se va a la cama, se mete entre la sábana y la manta.

—¿De verdad? ¿Y si no tengo? —dijo el viejo.

—Ah, entonces da igual, abuelo —lo tranquilizó Heidi—, puedo usar más paja como si fuese una manta —y ya se apresuraba de nuevo hacia el montón de paja, cuando el abuelo la detuvo.

—Espera un momento —le dijo; bajó por la escala y se acercó a su camastro. Luego volvió a subir y puso un gran costal de pesado lino sobre el suelo—. ¿No es mejor que la paja? —preguntó.

Heidi tiró con todas sus fuerzas del saco para abrirlo, pero sus manitas no lograban dominar la pesada tela. El abuelo la ayudó y, cuando lo extendieron sobre la cama, se veía estupendo y resistente, y Heidi miró maravillada su nueva cama y dijo:

—La manta es magnífica, ¡toda la cama lo es! Me gustaría que ya fuese de noche para acostarme en ella.

—Y, digo yo, podríamos comer algo antes —comentó el abuelo—, ¿qué te parece?

Con la emoción de la cama, Heidi se había olvidado de todo; ahora que pensaba en comer, sin embargo, sintió muchísima hambre porque no había comido nada en todo el día desde el pedazo de pan y el par de tragos de café aguado que había tomado temprano por la mañana, antes de hacer el largo viaje. Así que dijo aprobatoria:

—Sí, yo también lo creo.

—Pues baja, puesto que estamos de acuerdo —dijo el viejo, y siguió a la niña.

Fue hasta el hogar, retiró el caldero grande de un empujón y giró uno pequeño que colgaba de la cadena para acercarlo, se sentó en el tajuelo de madera redondo ante la lumbre y sopló para avivar el fuego. En el caldero comenzó a borbotear algo y, por debajo, el viejo sostuvo un gran pedazo de queso con un largo tenedor de hierro sobre el fuego y lo fue girando hasta que todos los lados estuvieron dorados. Heidi lo había observado todo con mucha atención; pero algo debió de ocurrírsele, porque salió corriendo hacia el armario, al que fue y volvió varias veces. Entonces el abuelo se dirigió a la mesa con una cazuela y el queso asado en el tenedor; sobre la mesa ya estaban dispuestos la hogaza de pan y dos platos y dos cuchillos, todo bien ordenado, porque Heidi se había fijado bien en lo que había en el armario y sabía que enseguida iban a necesitarlo todo para comer.

—Así me gusta, que pienses las cosas por ti misma —dijo el abuelo, y puso el asado sobre el pan a modo de plato—, pero aún falta una cosa en la mesa.

Heidi se fijó en la olla que humeaba apetitosamente y salió corriendo de nuevo hacia el armario. Pero solo había un cuenco. La niña no dudó mucho, pues vio que detrás había dos vasos, y al momento volvió con la escudilla y el vaso y los puso en la mesa.

—Eso es, sabes arreglártelas; pero ¿dónde te vas a sentar?

En la única silla que había estaba sentado el abuelo. Heidi salió como una flecha hacia el hogar, llevó el tajuelo hasta la mesa y se sentó.

—Al menos tienes un asiento, es cierto, pero es un poco bajo —dijo el abuelo—. Aunque desde mi silla tampoco alcanzarías a comer; pero tiene que haber algo. Veamos...

Y entonces se levantó, llenó el cuenco de leche, lo puso sobre la silla y lo arrastró todo hacia el tajuero para que Heidi tuviese una mesa para ella. El abuelo colocó un gran pedazo de pan con un trozo de dorado queso sobre el asiento y dijo:

—Ahora, ¡come!

Él se sentó a la esquina de la mesa y empezó a almorzar. Heidi agarró su cuenco y bebió y bebió sin parar, porque le había vuelto toda la sed del largo viaje. Suspiró profundamente —pues con el ansia de beber llevaba un buen rato sin tomar aire— y volvió a dejar el cuenco.

—¿Te gusta la leche? —preguntó el abuelo.

—Nunca había bebido una leche tan buena —contestó Heidi.

—Entonces tienes que tomar más.

Y el abuelo llenó de nuevo el cuenco hasta arriba y lo colocó ante la niña, mientras ella mordía con fruición el pan después de untarlo con el blando queso, que estaba, así asado, suave como la mantequilla y muy sabroso, y entre mordisco y mordisco bebió la leche y parecía muy satisfecha. Cuando terminó la comida, el abuelo salió al establo de las cabras e hizo un sinfín de cosas, y Heidi observó atentamente cómo primero barría con la escoba y luego esparcía una cama de paja fresca para que los animales pudiesen dormir sobre ella; y cómo, a continuación, cortaba unas varas redondas junto al establo y lijaba una tabla y le hacía unos agujeros, y luego introducía las varas redondas y lo ponía en pie; y allí, de pronto, había una silla como la del abuelo, pero mucho más alta, y Heidi miró embobada aquella obra, estupefacta.

—¿Qué te parece que es, Heidi? —preguntó el abuelo.

—Es una silla para mí porque es muy alta; hecha en un momento —dijo la niña, que seguía profundamente admirada y asombrada.

«Sabe lo que ve: tiene los ojos en su sitio», pensó el abuelo mientras se paseaba por la cabaña y clavaba aquí un clavo y allí otro, y luego arreglaba algo en la puerta; y así fue de aquí para allá con el martillo y los clavos y unos pedazos de madera, y cada vez arreglaba o quitaba algo, según conviniese. Heidi lo seguía a todas partes, y lo miraba de hito en hito con la mayor atención, y todo cuanto sucedía le parecía de lo más entretenido.

Y así llegó la noche. El viejo abeto comenzó a crujir más fuerte, corría un potente viento que silbaba y bramaba a través de la densa copa. Aquello sonaba tan hermoso en los oídos y en el corazón de Heidi que se puso muy contenta, y saltó y brincó bajo el abeto como si sintiese una alegría inaudita. El abuelo, de pie bajo el porche, miraba a la niña. Entonces sonó un silbido estridente. Heidi dejó de saltar, el abuelo salió. Desde lo alto bajaban triscando una cabra tras otra, como si se estuviesen persiguiendo, y entre ellas Pedro. Gritando de alegría, Heidi se metió en medio de aquel barullo y saludó a sus viejos amigos de la mañana, al uno y a las otras. Cuando

llegaron a la cabaña se detuvieron, y del grupo salieron dos lindas cabras menudas, una blanca y otra marrón, que se acercaron al abuelo y le lamieron las manos, pues tenía en ellas un poco de sal, como hacía todas las noches para recibir a sus dos cabritas. Pedro desapareció con su rebaño. Heidi acarició tiernamente a las cabras, primero a una, luego a la otra, y brincó alrededor de ellas para poder acariciarlas también desde el otro lado, y se sentía muy feliz y contenta con los animalitos.

—¿Son nuestras, abuelo? ¿Son las dos nuestras? ¿Viven en el establo? ¿Se van a quedar para siempre con nosotros?

Heidi hacía entusiasmada una pregunta tras otra, y el abuelo apenas podía intercalar un «sí» continuo entre una y otra.

Cuando las cabras hubieron lamido toda la sal, el viejo dijo:

—Ve y saca aquí fuera tu cuenco y el pan.

Heidi obedeció y volvió enseguida. Entonces el abuelo ordeñó a la blanca hasta llenar el cuenco y cortó un pedazo de pan y dijo:

—Ahora come, y luego ¡subes y a dormir! La tía Dete te ha dejado otro hatillo con un camisón y otras cosas por el estilo. Está abajo, en el taquillón, si lo necesitas. Yo tengo que llevar las cabras al establo. ¡Que duermas bien!

—Buenas noches, abuelo. Buenas noches... ¿Cómo se llaman, abuelo? ¿Cómo se llaman? —gritó la niña y corrió tras el abuelo y las cabras, que ya se iban.

—La blanca se llama Blanquita y la marrón, Pardita —respondió el abuelo.

—¡Buenas noches, Blanquita. Buenas noches, Pardita! —gritó Heidi con fuerza porque acababan de desaparecer en el establo.

Entonces se sentó en el banco y comió su pan y bebió su leche; pero el fuerte viento casi la tiraba del asiento, así que terminó aprisa, entró y subió a su cama, se acostó y se durmió casi de inmediato tan profundamente como habría dormido en la más hermosa cama principesca del mundo. No mucho después, antes de que hubiese oscurecido del todo, el abuelo también se había acostado en su camastro, pues por las mañanas se levantaba siempre con el sol, y en verano amanecía muy pronto en las montañas. Por la noche el viento llegaba con tanta violencia que con su soplido temblaba toda la cabaña y crujían todas las vigas; ululaba y gemía a través de la chimenea como un lamento, y el viejo abeto de fuera rugía con tal furia que aquí y allá se quebraban ramas. En medio de la noche, el abuelo se levantó y dijo a media voz:

—Estará asustada.

Subió la escala y entró en el cuartito de Heidi. La luna brillaba de vez en cuando en el cielo, hasta que las nubes, que se perseguían unas a otras, la tapaban y volvía la oscuridad. En aquel momento la luz de luna volvía a brillar a través del tragaluz y caía directamente sobre la camita de Heidi. Yacía tranquila y en paz, bajo el pesado cobertor, con las mejillas coloradas y un bracito

bajo la cabeza, soñando algo agradable, pues su carita se veía alegre. El abuelo miró largo rato a la niña plácidamente dormida, hasta que la luna se escondió de nuevo tras las nubes y volvió la oscuridad; entonces, bajó y regresó a su camastro.



De «Las Bacanales»

MATTHEW ARNOLD

Llega la noche, quietos los campos.
El tintineo del arroyo sediento,
callado todo el día, asciende de nuevo;
vacía está la llanura medio segada,
¡silenciosas las guadañas!, el carro trepidante,
el clamor de la segadora, las alarmas de los
[perros,
¡a resguardo en las durmientes granjas!
El trabajo del día se ha acabado,
el último labrador se ha marchado.
Y del tomillo en lo alto,
y del viejo árbol en flor blanco,
y de las pálidas rosas silvestres en el seto,

y del arbusto de menta en la juncia,
con ráfagas de bálsamo el aire nocturno sopla
el perfume al que el día renuncia.
Y a lo lejos en el horizonte mira,
latiendo con el primer lucero
¡el cielo líquido sobre la colina!
Llega la noche, quietos los campos.

Rezagándose y saltando,
de paseo y botando,
parpadeos y vueltas,
en fila y en círculos,
alegre su vara de pino verde
removiendo el aire,
cayendo blanco sobre sus hombros
bañando su cabello,
¡mirad! Las salvajes ménades
salen del bosque,
la Juventud y Yaco
exacerban su sangre.

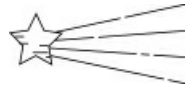
¡Mirad! A través de la tierra calma
alborotando pasan,
arrojan los frescos haces,

la hierba pisotean,
arrancan del seto arrasado
guirnaldas, su trofeo,
cubren con sus saltos el campo,
lo cubren con su jaleo.

Pastor, ¿qué te pasa?
Pastor, ¿por qué callas?
¡Sigue con tu canto alegre!
¡Sigue con tu flauta!
¿No te tienta la juerga?
¿No te llaman sus gritos?
¿No brillan suaves sus hombros?
¿No se funden sus ojos?
¿No es, en esas mejillas,
tierno el rubor?
Ab, ¡así fue la calma!
¡Así fue el chitón!

Tres cuestiones

LEV TOLSTÓI



Aun rey se le ocurrió una vez que, de haber sabido cuál era el mejor momento para iniciar cada asunto, a qué personas debía escuchar y a cuáles evitar, y, sobre todo, cuál era la actividad más importante, no se habría equivocado en nada de lo que había emprendido.

Cuando llegó a esa conclusión, proclamó a lo largo y ancho de su reino que concedería una generosa recompensa a quien le enseñara a reconocer cuál era el mejor momento para ocuparse de cada cuestión, quién era la persona más necesaria y cómo podía saber cuál era la tarea más importante.

Varios hombres doctos se presentaron ante el rey, pero cada uno respondió de modo diferente a sus preguntas.

A la primera cuestión unos dijeron que, para reconocer cuál era el mejor momento para ocuparse de cada asunto, era necesario establecer de antemano una tabla de días, meses y años, a la que había que atenerse escrupulosamente. Solo entonces, decían, sería posible ocuparse de cada cosa a tiempo. Otros afirmaban que era imposible establecer por adelantado cuál era el mejor momento para encarar un asunto y que, en vez de perderse en pasatiempos vanos, más valía prestar atención a los acontecimientos y hacer en cada instante lo más necesario. Otros decían que, por mucho que un hombre siguiera el curso de los acontecimientos, no sería capaz de decidir cuál era el mejor momento para actuar; se necesitaba crear un consejo de sabios que le ayudaran a determinar cuál era el momento más idóneo para ocuparse de una cuestión. Por último, otros decían que había ciertos asuntos sobre los cuales no era posible pedir consejo a nadie y que uno mismo tenía que decidir al instante si debía ocuparse de ellos o no. En cualquier caso, para tomar una decisión acertada, habría que saber por adelantado lo que iba a suceder. Y eso solo podían

saberlo los magos. Por eso, para conocer el momento más propicio para emprender cualquier acción, había que consultar a los magos.

Igual de variadas fueron las respuestas a la segunda pregunta. Unos decían que las personas más necesarias para el rey eran sus consejeros; otros, los sacerdotes; otros, los médicos; algunos llegaban a afirmar que los guerreros.

Las respuestas a la tercera cuestión, que se refería a la actividad más importante, también fueron dispares. Algunos decían que lo más importante en el mundo eran las ciencias; otros, el arte militar; otros, el culto a Dios.

Como todas las respuestas eran diferentes, el rey no aceptó ninguna y a nadie concedió la recompensa. Pero como seguía tratando de averiguar las respuestas correctas, decidió consultar a un eremita cuya sabiduría gozaba de gran renombre.

El eremita vivía en un bosque, no iba nunca a ninguna parte y solo recibía a gente humilde. Por eso, el rey se puso prendas sencillas y, antes de llegar a su celda, se apeó de su caballo y pidió a los miembros de su guardia que lo esperaran allí.

Cuando el rey se acercó, el eremita estaba cavando delante de su isba. Al ver al rey, lo saludó y siguió con su labor. Era un hombre enjuto y débil; cada vez que hundía la pala y sacaba un poco de tierra, respiraba con dificultad.

El rey se aproximó a él y le dijo:

—He venido a verte, sabio eremita, para pedirte que me respondas a tres cuestiones: ¿Cómo se puede saber cuál es el mejor momento para ocuparse de una tarea? ¿Quiénes son las personas más necesarias, a las que debo prestar más atención? ¿Qué tareas son las más importantes y debo anteponer a las demás?

El eremita escuchó las palabras del rey, pero no respondió; se limitó a escupirse en las manos y retomó su labor.

—Estás cansado —dijo el rey—. Déjame la pala y trabajaré para ti.

—Gracias —dijo el eremita, y tras entregarle la pala, se sentó en el suelo.

Después de cavar dos parterres, el rey se detuvo y repitió sus preguntas. Por toda respuesta, el eremita se levantó y extendió la mano hacia la pala.

—Ahora descansa tú y yo trabajaré —dijo.

Pero el rey no le dio la pala y siguió cavando. Pasó una hora y luego otra. El sol empezó a ponerse detrás de los árboles; entonces el rey clavó la pala en el suelo y dijo:

—He venido a verte, hombre sabio, para que ofrezcas respuesta a mis preguntas. Si no puedes hacerlo, dímelo y me iré a mi casa.

—Mira, alguien viene corriendo hacia aquí —dijo el eremita—. Veamos de quién se trata.

El rey se volvió y vio que un hombre con barba había salido corriendo del bosque. Ese hombre se sujetaba el vientre con las manos, del que salía sangre a borbotones. Cuando llegó hasta el rey,

el hombre cayó al suelo y, con los ojos en blanco, emitió un débil gemido.

El rey, con la ayuda del eremita, abrió la ropa del hombre, que tenía una profunda herida en el vientre. El rey la lavó lo mejor que pudo y la vendó con su pañuelo y con un trapo del eremita. Pero la sangre seguía manando; el rey retiró una y otra vez la venda empapada en sangre caliente, lavó la herida y volvió a vendarla.

Cuando la hemorragia se detuvo, el herido volvió en sí y pidió de beber. El rey trajo agua fresca y se la dio.

Entretanto el sol se había puesto y el aire se había vuelto más fresco. El rey, con la ayuda del eremita, transportó al herido a la celda y lo depositó en el lecho. Una vez allí, el hombre cerró los ojos y se quedó inmóvil. El rey estaba tan cansado de la caminata y el trabajo realizado que se acurrucó en el umbral y cayó en un sueño tan profundo que durmió toda la breve noche estival. A la mañana siguiente, cuando se despertó, le llevó algún tiempo comprender dónde estaba y quién era ese extraño hombre con barba que yacía en el lecho y lo contemplaba fijamente con ojos brillantes.

—Perdóname —dijo el hombre con voz débil cuando vio que el rey se había despertado y le estaba mirando.

—No te conozco y no tengo nada que perdonarte —replicó el rey.

—No me conoces, pero yo te conozco. Soy tu enemigo y había jurado vengarme de ti porque has ejecutado a mi hermano y has confiscado mis bienes. Sabía que vendrías solo a ver al eremita y había decidido matarte en el camino de regreso. Pero pasó un día entero sin que aparecieras. Entonces salí de mi escondite para buscarte y me topé con tu guardia. Me reconocieron, se abalanzaron sobre mí y me hirieron. Conseguí escapar, pero habría muerto desangrado si no me hubieses vendado la herida. Quería matarte y me has salvado la vida. Ahora, si vivo y tú lo quieres, te serviré como el esclavo más fiel y ordenaré a mis hijos que hagan lo mismo. Perdóname.

El rey se alegró mucho de poder reconciliarse tan fácilmente con su enemigo, y no solo le perdonó, sino que prometió restituirle sus bienes y, además, enviarle a sus criados y a su propio médico.

Tras despedirse del herido, el rey salió al porche y buscó con los ojos al eremita. Antes de marcharse quería pedirle por última vez que respondiera a las preguntas que le había hecho. El eremita estaba en el patio, de rodillas, sembrando semillas en los parterres que había cavado el día anterior.

El rey se acercó y le dijo:

—Te pido por última vez que respondas a mis preguntas, hombre sabio.

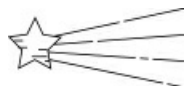
—Ya has recibido una respuesta —dijo el eremita, acuclillándose sobre sus descarnadas pantorrillas y levantando la mirada hasta el rey, que estaba a su lado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó este.

—¿Es que no lo ves? —repuso el eremita—. Si ayer no hubieses tenido compasión de mi debilidad y, en vez de cavar estos parterres, hubieras regresado, ese hombre te habría atacado y tú te habrías arrepentido de no haberte quedado conmigo. Así que el momento más importante para ti ha sido cuando has cavado los parterres; el hombre más importante he sido yo; y lo más importante, hacerme un favor. Luego, cuando ese hombre llegó corriendo, el momento más importante ha sido cuando le has prestado ayuda porque, si no le hubieses vendado la herida, habría muerto sin reconciliarse contigo; por tanto, el hombre más importante era él, y lo que has hecho por él lo más importante. Recuerda, pues, que solo hay un momento importante: el ahora. Es el más importante porque es el único en el que podemos disponer de nosotros mismos. El hombre más necesario es aquel con el que tratas en un momento dado, porque nadie puede saber si podrás tratar con algún otro. Y la cosa más importante es hacer el bien, porque es el único motivo por el que al hombre se le ha concedido la vida.

Allá lejos y tiempo atrás (extracto)

W. H. HUDSON

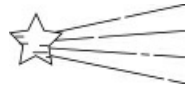


Y qué quería yo? ¿Qué pedía? Si en aquel momento me lo hubieran preguntado, y si hubiera sido capaz de expresar lo que sentía, habría contestado: Solo quiero quedarme como estoy. Levantarme cada mañana y contemplar el cielo y la tierra cubierta de hierba, húmeda por el rocío, día tras día, año tras año. Buscar la primavera cada junio y julio, sentir la sorpresa y el placer de siempre ante las flores que conozco, los insectos que acaban de nacer, los pájaros que vuelven de nuevo del norte. Escuchar extasiado las notas agrestes del chorlito dorado que viene una vez más a la gran llanura volando, volando hacia el sur, en bandadas que se suceden durante todo el día. ¡Oh, los hermosos graznidos agrestes del chorlito dorado! Podría exclamar con Hafiz, cambiando solo una palabra: «Si después de mil años este sonido flotara sobre mi tumba, mis huesos se levantarían de alegría y bailarían en el sepulcro». Subir a los árboles, apoyar la mano en el nido profundo del bienteveo y sentir los huevos calientes, los cinco huevos puntiagudos de color crema con manchas y salpicaduras de chocolate en la parte más gruesa. Tumbarme en la hierba de la orilla, con el agua azul entre los altos juncos y yo, a escuchar los misteriosos sonidos del viento y de codornices, gallaretas y carraos ocultos conversando entre sí en extraños tonos que parecen humanos; dejar que mi mirada se detenga en la flor de camalote, entre la masa flotante de húmedas hojas verdes, en la gran flor parecida a la alamanda, del amarillo más puro y divino, de la que, cuando le arrancas sus preciosos pétalos, te quedas solo con un tallo verde en la mano. Los días más calurosos, montar a caballo al mediodía, cuando los espejismos de agua hacen brillar toda la tierra, y ver el ganado y caballos a millares, que cubren la llanura junto a los abrevaderos; acercarme a los lugares que frecuentan grandes pájaros a esa hora tranquila y calurosa, y ver cigüeñas, ibis, garzas grises, garcetas de deslumbrante blancura, espátulas y flamencos rosas en las aguas poco profundas en las que se reflejan sus cuerpos inmóviles. Tumbarme boca arriba en

la hierba rojiza en enero y contemplar el amplio cielo azul y blanco, lleno de millones de brillantes bolas de vilano que no dejan de flotar; mirar y mirar hasta que para mí son seres vivos, y yo, extasiado, floto con ellos en ese inmenso y brillante vacío.

Ana de las Tejas Verdes (extracto)

L. M. MONTGOMERY



Ana volvía a casa con las vacas por el Sendero de los Amantes. Era una tarde de septiembre, y la luz rojiza del atardecer caía sobre los claros del bosque. La luz salpicaba también el sendero, aunque bajo los arces ya estaba bastante oscuro, y bajo los abetos el atardecer adquiría un tono violeta, como de vino. El viento soplaba en las copas de los árboles, y no hay música más dulce en el mundo que la que hace el viento en los abetos al atardecer.

Las vacas bajaban plácidamente por el sendero, y Ana las seguía soñando despierta, repitiendo en voz alta el canto de batalla de Marmion —que habían estudiado en clase el invierno anterior y que la señorita Stacy les había hecho aprenderse de memoria— y regocijándose en los versos, en el choque de espadas y en sus imágenes. Cuando llegó a los versos

*Los lanceros incansables
formaban un bosque impenetrable,*

se detuvo embelesada y cerró los ojos para poder imaginarse mejor que formaba parte de aquel heroico círculo. Al volver a abrirlos vio a Diana cruzando la entrada que daba al campo de los Barry con unos aires de importancia que Ana adivinó de inmediato que tenía grandes noticias. Pero no quiso que se le notara que sentía gran curiosidad.

—¿No es esta tarde como un sueño, Diana? Me alegra la vida. Por las mañanas siempre pienso que las mañanas son lo mejor, pero cuando llega el atardecer creo que las tardes son aún más hermosas.

—Hace una tarde preciosa —le dijo Diana—, pero... oh, pero tengo grandes noticias, Ana. A ver si lo adivinas. Te doy tres oportunidades.

—¡Al final Charlotte Gillis va a casarse en la iglesia y la señora Allan quiere que la decoremos! —gritó Ana.

—No, el novio de Charlotte no está de acuerdo, porque nadie se ha casado aún en la iglesia y cree que parecería un funeral. Una pena, porque sería muy divertido. Prueba otra vez.

—¿La madre de Jane le deja hacer una fiesta de cumpleaños?

Diana negó con la cabeza. Los ojos negros le bailaban de alegría.

—No se me ocurre qué puede ser —le dijo Ana, desesperada—, a no ser que Moody Spurgeon MacPherson te acompañara a casa anoche, después de misa.

—Claro que no —exclamó Diana, indignada—. No presumiría de algo así. ¡Es una criatura espantosa! Sabía que no lo adivinarías. Mi madre ha recibido hoy una carta de la tía Josephine, que quiere que tú y yo vayamos a la ciudad el martes y nos quedemos con ella para la exposición. ¡Ya lo sabes!

—Oh, Diana —susurró Ana, que creyó necesario apoyarse en un arce—, ¿lo dices en serio? Aunque me temo que Marilla no me dejará ir. Dirá que no está de acuerdo en que vaya de aquí para allá. Es lo que dijo la semana pasada cuando Jane me invitó a ir con ellos en coche al concierto del White Sands Hotel. Yo quería ir, pero Marilla dijo que mejor me quedara en casa estudiando, y Jane también. Me sentí muy decepcionada, Diana. Me puse tan triste que no recé mis oraciones antes de meterme en la cama. Aunque me arrepentí y me levanté en plena noche para rezar.

—Te diré lo que haremos —le dijo Diana—. Le pediremos a mi madre que se lo pregunte a Marilla. Así seguramente te dejará ir. Y si te deja, lo pasaremos en grande, Ana. Nunca he ido a una exposición, y es un fastidio oír a las demás niñas hablando de sus excursiones. Jane y Ruby han ido dos veces, y este año vuelven a ir.

—No voy a pensarlo hasta que sepa si puedo ir o no —le dijo Ana con determinación—. Si me hago a la idea y luego me llevo una decepción, será insoportable. Pero en caso de que pueda ir, me alegro mucho de que para entonces mi abrigo nuevo ya estará listo. Marilla creía que no necesitaba un abrigo nuevo. Dijo que el viejo aguantaría perfectamente otro invierno y que debía conformarme con un vestido nuevo. El vestido es muy bonito, Diana, azul marino y a la moda. Ahora Marilla siempre me hace vestidos a la moda, porque dice que no quiere que Matthew vaya a pedírselos a la señora Lynde. Estoy muy contenta. Siempre es más fácil ser buena si llevas ropa a la moda. Al menos para mí. Supongo que no es tan importante para las personas buenas por naturaleza. Pero Matthew dijo que necesitaba un abrigo nuevo, así que Marilla compró un bonito pedazo de paño azul, y está haciendo el abrigo una modista de Carmody. Estará listo el sábado por la noche, e intento no imaginarme recorriendo el pasillo de la iglesia el domingo con mi ropa nueva y mi gorro, porque creo que no es correcto imaginarse esas cosas. Pero se me pasa por la cabeza, aunque no quiera. Mi gorro también es muy bonito. Matthew me lo compró el día que

fuimos a Carmody. Es uno de esos gorros de terciopelo azul que están tan de moda, con cordón dorado y borlas. Tu sombrero nuevo es elegante, Diana, y te queda muy bien. El domingo, cuando te vi entrar en la iglesia, me sentí muy orgullosa de que fueras mi mejor amiga. ¿Crees que está mal que pensemos tanto en la ropa? Marilla dice que es pecado. Pero es un tema tan interesante, ¿verdad?

Marilla dejó ir a Ana a la ciudad, y decidieron que el señor Barry llevaría a las niñas el martes siguiente. Como Charlottetown estaba a cincuenta kilómetros, y Barry quería ir y volver el mismo día, tenían que salir muy temprano. Pero como Ana estaba tan contenta, el martes se levantó antes de que hubiera amanecido. Miró por la ventana y supo que haría buen día, porque el cielo detrás de los abetos del Bosque Encantado era plateado y sin nubes. Entre los árboles se veía luz en la buhardilla de la Cuesta del Huerto, señal de que Diana también se había levantado.

Ana ya estaba vestida cuando Matthew tenía el fuego encendido. Cuando Marilla bajó, el desayuno estaba listo, pero Ana estaba demasiado nerviosa para comer. Después de desayunar se puso el gorro y el abrigo nuevos, cruzó el arroyo y subió corriendo entre los abetos a la Cuesta del Huerto. El señor Barry y Diana estaban esperándola y no tardaron en ponerse en camino.

Aunque era un largo viaje, Ana y Diana disfrutaron de cada minuto. Era un placer traquetear por las húmedas carreteras bajo la luz rojiza del amanecer, que recorría los campos segados. El aire era fresco, y desde los valles se elevaban brumas azuladas que flotaban por encima de las colinas. A veces la carretera cruzaba bosques en los que de los arces empezaban a colgar hojas color escarlata; a veces cruzaba ríos por puentes que hacían estremecer a Ana de un miedo en parte placentero; a veces recorría la costa, pasaba por un grupito de chozas de pescadores y subía a las colinas, donde se veía una gran extensión de montañas y un cielo azul brumoso; pero pasara por donde pasase, había muchas cosas interesantes que comentar. Era casi mediodía cuando llegaron a la ciudad y se dirigieron a Beechwood. Era una antigua mansión bastante bonita, aislada de la calle por olmos y hayas de grandes ramas. La señorita Barry las recibió en la puerta con los ojos brillantes.

—Por fin has venido a verme, Ana —le dijo—. ¡Dios mío, niña, cuánto has crecido! Ya veo que eres más alta que yo. Y también estás mucho más guapa que antes. Pero me atrevo a decir que ya lo sabes sin necesidad de que te lo digan.

—La verdad es que no —le contestó Ana, radiante—. Sé que no tengo tantas pecas como antes, y lo agradezco mucho, pero no me había atrevido a pensar que había mejorado en otras cosas. Me alegro de que crea que sí, señorita Barry.

La casa de la señorita Barry estaba amueblada con «gran magnificencia», como Ana contó después a Marilla. Las dos niñas de campo se quedaron desconcertadas ante el esplendor del salón en el que las dejó la señorita Barry cuando fue a ver cómo iba la cena.

—¿No es un palacio? —susurró Diana—. Nunca había estado en la casa de la tía Josephine y

no sabía que era tan lujosa. Ojalá la viera Julia Bell. Se da tantos aires con el salón de su madre...

—¡Alfombra de terciopelo y cortinas de seda! —suspiró Ana—. He soñado con cosas así, Diana. Pero no creo que me sienta muy cómoda entre ellas, ¿sabes? Hay tantas cosas en esta sala, y todas tan magníficas, que no queda sitio para la imaginación. Es el consuelo cuando eres pobre: se pueden imaginar muchísimas cosas.

Ana y Diana recordaron su estancia en la ciudad durante años. Fue maravillosa de principio a fin.

El miércoles, la señorita Barry las llevó a la exposición, donde pasaron todo el día.

—Fue espléndida —contó después Ana a Marilla—. Nunca había imaginado nada tan interesante. La verdad es que no sé qué sección era la más interesante. Creo que lo que más me gustó fueron los caballos, las flores y los bordados. Josie Pye ganó el primer premio de encaje. Me alegré mucho. Y me alegró alegrarme, porque si me alegro del éxito de Josie, eso demuestra que estoy mejorando, ¿no crees, Marilla? El señor Harmon Andrews ganó el segundo premio de manzanas Gravenstein y el señor Bell ganó el primer premio con un cerdo. Diana dijo que le parecía ridículo que el director de una escuela dominical ganara un premio de cerdos, pero no veo por qué. ¿Y tú? Dijo que ahora no podría evitar pensarlo cuando lo viera rezando solemnemente. Clara Louise MacPherson ganó un premio de pintura, y la señora Lynde se llevó el primer premio de mantequilla y queso caseros. Así que Avonlea estuvo bastante bien representado, ¿verdad? La señora Lynde estuvo allí ese día, y no me había dado cuenta de lo bien que me cae hasta que vi su cara entre todos aquellos extraños. Había miles de personas, Marilla. Me sentía tremendamente insignificante. Y la señorita Barry nos llevó a las gradas para ver las carreras de caballos. La señora Lynde no fue. Dijo que las carreras de caballos eran una abominación y, como es miembro de la iglesia, pensaba que su deber era no acercarse y dar ejemplo. Pero había tanta gente que no creo que se notara la ausencia de la señora Lynde. Aunque creo que no debería ir a menudo a las carreras de caballos, porque son fascinantes. Diana se entusiasmó tanto que quiso apostarse diez centavos conmigo a que ganaba el caballo rojo. Yo creía que no iba a ganar, pero me negué a apostar, porque quería contárselo todo a la señora Allan, y estaba segura de que eso no podría contárselo. No está bien hacer cosas que no puedas contar a la mujer de un pastor. Tener a una amiga que es la mujer de un pastor es como tener una conciencia extra. Y me alegré mucho de no haber apostado, porque el caballo rojo ganó, así que habría perdido diez centavos. Ya ves que la virtud tiene su recompensa. Vimos a un hombre subir en globo. Me encantaría subir en globo, Marilla. Sería muy emocionante. Y vimos a un hombre que decía la buenaventura. Le pagabas diez centavos y un pajarito elegía un papel en el que estaba escrita tu suerte. La señorita Barry nos dio diez centavos a Diana y a mí para que nos dijeran la buenaventura. La mía fue que me casaría con un hombre moreno muy rico y que me iría a vivir al otro lado del mar. Después miraba con atención a todos los hombres morenos con los que me encontraba, pero ninguno de ellos me

interesó demasiado, y de todas formas supongo que aún es demasiado pronto para buscarlo. Oh, fue un día inolvidable, Marilla. Por la noche estaba tan cansada que no me podía dormir. La señorita Barry nos instaló en la habitación de invitados, como había prometido. Era una habitación elegante, Marilla, pero, no sé por qué, dormir en una habitación de invitados no es como pensaba. Empiezo a darme cuenta de que es lo malo de crecer. Las cosas que tanto deseabas de pequeña no te parecen ni la mitad de maravillosas cuando las consigues.

El jueves las niñas fueron al parque en coche, y por la noche la señorita Barry las llevó a un concierto en la Academia de Música, donde cantaba una famosa prima donna. Para Ana aquella noche fue una maravilla.

—Oh, Marilla, fue indescriptible. Estaba tan emocionada que ni siquiera podía hablar, así que imagínate. Me quedé sentada en silencio, fascinada. Madame Selitsky estaba preciosa, vestida de satén blanco y con diamantes. Pero cuando empezó a cantar, no pude pensar en otra cosa. Oh, no sé explicarte cómo me sentí. Pero me pareció que ya no me costaría ser buena. Me sentí como cuando miro las estrellas. Se me saltaron las lágrimas, pero, oh, eran lágrimas de felicidad. Lo sentí mucho cuando terminó y le dije a la señorita Barry que no sabía cómo iba a volver a mi vida de siempre. Me contestó que creía que me iría bien ir al restaurante del otro lado de la calle a comer un helado. Me pareció muy prosaico, pero, para mi sorpresa, tenía razón. El helado estaba delicioso, Marilla, y era encantador y disoluto estar allí sentada a las once de la noche. Diana dijo que creía que había nacido para vivir en la ciudad. La señorita Barry me preguntó mi opinión, pero le contesté que debería pensarlo muy seriamente antes de decirle lo que de verdad pensaba. Así que lo pensé después de meterme en la cama. Es el mejor momento para pensar. Y llegué a la conclusión, Marilla, de que yo no había nacido para vivir en la ciudad, y me alegraba. Es agradable comer helado en restaurantes bonitos a las once de la noche de vez en cuando, pero, para cada día, a las once de la noche prefiero estar en la buhardilla, durmiendo, pero sabiendo, aun dormida, que las estrellas brillan fuera y que el viento sopla en los abetos del otro lado del arroyo. A la mañana siguiente se lo dije a la señorita Barry en el desayuno, y ella se rio. La señorita Barry se reía de todo lo que yo decía, incluso cuando decía cosas muy serias. Creo que no me gustaba, Marilla, porque no pretendía ser graciosa. Pero es una mujer muy hospitalaria y nos trató estupendamente.

El viernes llegó el momento de volver a casa, y el señor Barry fue a buscar a las niñas.

—Bueno, espero que os hayáis divertido —dijo la señorita Barry despidiéndose de ellas.

—Sí, mucho —le contestó Diana.

—¿Y tú, Ana?

—Me he divertido cada minuto —le contestó Ana, echando impulsivamente los brazos al cuello de la anciana y dándole un beso en la arrugada mejilla.

Diana jamás se habría atrevido a hacer algo así y se quedó horrorizada al ver las libertades que

se tomaba Ana. Pero a la señorita Barry le gustó. Se quedó en el porche observando el coche hasta que se perdió de vista. Luego suspiró y entró en su casa. Sin las dos muchachas, le pareció muy solitaria. A decir verdad, la señorita Barry era una anciana bastante egoísta que nunca se había preocupado demasiado por nadie. Solo valoraba a las personas que le eran útiles o que la divertían. Ana la había divertido, y por lo tanto se había ganado la estima de la anciana. Pero la señorita Barry se descubrió a sí misma pensando menos en los curiosos discursos de Ana que en su joven entusiasmo, sus emociones transparentes, su encanto personal y la dulzura de sus ojos y sus labios.

«Cuando me dijeron que Marilla Cuthbert había adoptado a una niña de un orfanato, pensé que era una vieja tonta —se dijo—, pero supongo que después de todo no se equivocó. Si tuviera en casa a una niña como Ana, sería una mujer mejor y más feliz.»

A Ana y a Diana el viaje de vuelta les pareció tan placentero como el de ida, quizá más, porque eran conscientes de que al final del camino las esperaba su casa. Atardecía cuando pasaron por White Sands y entraron en la carretera de la costa. Más allá, las colinas de Avonlea destacaban sobre el cielo color azafrán. Detrás, la luna surgía del mar, que brillaba y se transfiguraba con su luz. Todas las pequeñas calas a lo largo de la carretera eran una maravilla de olas danzarinas. Las olas rompían en las rocas con un suave chasquido, y el aire fresco olía a mar.

—Oh, qué bien estar viva y volver a casa —suspiró Ana.

Cuando cruzó el puente de madera sobre el arroyo, la luz de la cocina de Tejas Verdes parpadeó para darle la bienvenida, y al otro lado de la puerta abierta brillaba el fuego de la chimenea, que lanzaba su cálido resplandor rojizo a la fría noche de otoño. Ana corrió alegremente colina arriba y entró en la cocina. En la mesa la esperaba la cena caliente.

—¿Ya has vuelto? —le preguntó Marilla doblando lo que estaba tejiendo.

—Sí, y qué bien estar de vuelta —le dijo Ana alegremente—. Podría besarlo todo, hasta el reloj. ¡Marilla, pollo asado! ¡No me digas que lo has cocinado para mí!

—Sí —le contestó Marilla—. He pensado que tendrías hambre después del largo viaje y que necesitarías algo apetitoso. Corre, quítate el abrigo y el gorro, y cenaremos en cuanto llegue Matthew. Debo decir que me alegro de que hayas vuelto. He estado muy sola sin ti, y nunca cuatro días se me habían hecho tan largos.

Después de cenar, Ana se sentó delante del fuego entre Matthew y Marilla, y les contó todo lo que había hecho en la ciudad.

—Me lo he pasado muy bien —concluyó alegremente— y creo que marcará una época en mi vida. Pero lo mejor de todo ha sido volver a casa.



Noche

WILLIAM BLAKE

El sol se pone al oeste;
el lucero de la tarde brilla;
callan los pájaros en sus nidos.
Y yo debo buscar el mío.
La luna, como una flor
en la alta enramada del cielo,
con silencioso gozo
reposa y sonríe en la noche.

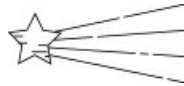
Adiós, verdes campos y feliz bosque,
donde han gozado los rebaños,
han pastado los corderos, en silencio

Y ahí los ojos rubicundos del león
se llenarán de lágrimas de oro:
compadeciéndose de los tiernos llantos
y rondando el rebaño:
diciendo, la Ira, por Su humildad,
y, por Su salud, la enfermedad,
se disipan
en nuestro día inmortal.

Y ya junto a ti, cordero balante,
puedo echarme y dormir,
o pensar en Él, que te dio nombre,
pacer contigo y llorar.
Pues, lavada en el río de la vida,
mi reluciente melena para siempre
brillará como el oro
mientras el redil custodio.

«Pensamientos campestres»,
de La vida de los campos

RICHARD JEFFERIES



La vieja casa estaba junto al silencioso camino rural, aislada por muchos kilómetros y aislada también dentro de los grandes muros del jardín. Muy a menudo paseaba hasta el mojón que había debajo de un roble para ver la descascarillada inscripción en la parte inferior: «A Londres, 127 kilómetros». Está tan lejos que grabaron la inscripción en la base de la piedra, seguramente porque a nadie le interesa esa información. Estaba medio oculta por acederas y ortigas, despreciada e inadvertida. Ciento veintisiete largos kilómetros —¿cuántos campos, maizales, setos y bosques hay en esa distancia?—, lo bastante amplios para recluir una casa, para ocultarla, como una bellota en la hierba. Los que han vivido toda su vida en lugares lejanos no sienten la lejanía. Nadie más parecía ser consciente de la gran extensión que separaba el lugar del gran centro, pero tal vez era esa conciencia la que hacía más profunda mi soledad. El silencio era más callado, las sombras de los robles se movían aún más despacio, y todo era más serio. Es muy difícil transmitir la intensa concentración de la naturaleza en el campo. Todo es completamente ajeno al pensamiento y al corazón humano. Los robles están en silencio, inmóviles, tan inmóviles que el líquen los ama. A sus pies crece la hierba, que a nada atiende. En sus ramas saltan las ardillas, y sus pequeños corazones están tan lejos de ti o de mí como la madera de los robles. La luz del sol se asienta en el valle, junto al riachuelo, y allí se queda tanto si vamos como si no. Mira a través del seto que está junto al roble y verás lo fascinado que está todo, toda brizna de hierba, toda hoja, toda flor y toda criatura viva, pinzón o ardilla. Maravillados de sí mismos. Luego yo sentía que realmente estaba a ciento veintisiete kilómetros de Londres, no a solo un par de horas en tren, sino a todos esos kilómetros. Una gran extensión de surcos verdes y de surcos arados entre la vieja casa y la ciudad del mundo. No es posible pintar el consuelo y la soledad de

ciento veintisiete kilómetros. No se pueden colocar en perspectiva árboles tan lejanos. Es preciso estar aquí, como los robles, para saberlo.

Las ramas de tilo sobresalían por la esquina del muro del jardín, desde donde se veía el camino silencioso y polvoriento, hasta que los robles lo ocultaban. El polvo blanco que el sol calentaba, los setos verdes y los enormes árboles, nubes blancas que se juntaban en el cielo, un sendero se perdía en el campo, como si hubieras lanzado un palo a la hierba, delicadas hojas de tilo te acariciaban la mejilla, y silencio. Es decir, el silencio del campo. Si la brisa hacía crujir las ramas, si un verderón trinaba, si la yegua del prado corría, y la sacudida de sus fuertes músculos hacía temblar la tierra y el aire, no eran sonidos, era el propio silencio. Como yo era tan sensible a él, también a mí me atrapaba con firmeza, como los encantamientos de los cuentos de antaño. El mero roce de una hoja era un talismán que me hechizaba y creía sentir y saber todo lo que estaba ocurriendo entre las briznas de hierba y los arbustos. Los pájaros nunca construían sus nidos en los tilos que bordeaban el muro, aunque estaban muy juntos y resguardados. Los construían en todas partes menos allí. Casi cada hora llegaban tordos moteados a las grandes piedras de la parte superior del muro, bajo las ramas de tilo, a veces a inspeccionar si era seguro entrar en el jardín, otras a ver si un caracol había trepado por la hiedra. Luego descendían silenciosamente hacia las matas de fresas que estaban justo debajo. Todas las criaturas que se arrastran se refugian en las fresas, y los tordos buscaban en todas las plantas y debajo de cada hoja y de cada tallo. Allí siempre había un sapo, a menudo dos, y mientras cogías una fresa madura podías ver su ojo negro observando cómo te llevabas la fruta que había reservado para ti.

Por el camino sobrevuela una golondrina, veloz como una flecha. En su espalda blanca, el polvo seco parece opaco y sucio. Está buscando agua para construir su nido, y se desplazará de un lado a otro por encima del riachuelo hasta que encuentre un lugar adecuado para posarse. Luego volverá al alero, donde desde hace cuarenta años construyen sus nidos ella y sus antepasados. Dos mariposas blancas revoloteando la una sobre la otra se alzan por encima de los tilos, por encima de la casa, y siguen elevándose hasta que deja de verse su blancura en el aire iluminado. Un saltamontes canta en la hierba, junto a las fresas, e inmediatamente salta por encima de siete leguas de briznas. Más allá se ve por un instante una fila de hombres y mujeres atravesando una puerta, y el heno adquiere un color verde detrás de ellos, cuando su parte inferior, aún impregnada de savia, ha quedado expuesta. Trabajan duro, pero parece fácil, lento y soleado. Los pinzones vuelan desde el seto hasta el heno volcado. Otra mariposa, esta vez marrón, sobrevuela el camino polvoriento. Hasta ahora es la única que lo recorre. Las nubes blancas pasan lentamente por detrás de los robles, grandes nubes esponjosas, como pausadas cargas de heno, dejando tras ellas hilillos y motas en el cielo. ¡Qué agradable sería leer a la sombra! En la hierba, junto a las fresas, un gran manzano silvestre proyecta una amplia sombra. El lugar ideal para un libro. Y aunque sé que es inútil, voy a buscar uno y me siento en la hierba.

En verano no puedo leer al aire libre. Aunque a la sombra hay mucha luz, las sombras del verano son más intensas. La página es muy blanca y dura, las letras, muy negras, no se entiende bien el significado, porque ni el ojo ni la mente se detienen en él. Las elucubraciones y los pensamientos escritos son pálidos y débiles a la brillante luz del verano. La mirada se aleja y prefiere posarse en la hierba y en las verdes hojas de tilo. La mente se adentra profundamente en el evocador misterio del cielo azul. Alguna vez, decidido a plasmar por escrito ese misterio y esa maravillosa sensación in situ, he sacado una mesa, tinta y papel, y me he sentado allí, en pleno día de verano. Tres palabras y ¿qué estaba pensando? Ha desaparecido. Es evidente que el papel es papel, que la tinta es tinta, que la pluma es rígida. Es imposible. Quieres color, flexibilidad, luz, un dulce sonido para describirlo y que suene a música, y al mismo tiempo quieres algo que responda al fuerte latido de la vida, que lo plasme en un solo trazo, y la idea, o la sensación, o lo que sea que aparezca en la tierra, el cielo y el espacio, infinito como un rayo de luz. La propia sombra de la pluma en el papel te dice que es absolutamente imposible expresar estas cosas. Ahí está la sombra y la blancura resplandeciente, y ahora cuéntame por escrito el contraste entre ellas. No en veinte páginas, porque la luz brillante muestra el papel como de verdad es, con sus ásperas fibras, no como un cuaderno.

La delicadeza y la belleza de lo que piensas o sientes es tan intensa que no se puede plasmar con tinta. Es como el verde y el azul del campo y del cielo, de la verónica y de la brizna de hierba, que en su existencia real se arrojan luz y belleza la una a la otra, pero que en colores artificiales se repelen. Vuelves a meter la mesa en casa, y el libro, porque lo que piensan e imaginan los demás es vano, y lo que piensas e imaginas tú es demasiado profundo para escribirlo. Porque la mente está llena de la belleza que desprenden estas cosas, de su enorme capacidad de asombrar y maravillarse. Nunca he podido escribir lo que sentía sobre la luz del sol. Para mí, el color, la forma y la luz son como magia. Es un trance. Exige un lenguaje de ideas para transmitirlo. La última vez que me tumbé en esa hierba fue hace diez años, pero he escrito sobre ella como si fuera ayer, y cada brizna de hierba para mí es tan visible y real ahora como entonces. Junto a la casa eran más verdes, y de un tono más amarronado alrededor de las fresas, porque junto a la casa había más horas de sombra. Alrededor de las fresas, el intenso sol las quemaba.

La luz del sol apagaba los libros que sacaba como apagaba el fuego de la chimenea. Las amarronadas llamas ascendentes no podían morder las ramas crepitantes cuando los rayos caían sobre ellas. Tal derroche de luz anegaba el pequeño fuego hasta protegerlo de la luz del cielo. Así que aquí, a la sombra del manzano silvestre, la luz del cielo apagaba las páginas escritas. Porque esa bonita y maravillosa luz despertaba la sensación de una verdad igualmente bonita y maravillosa, una idea desconocida pero grandiosa sobrevolando como una golondrina. Las golondrinas sobrevolaban y no se posaban, pero estaban ahí. Una idea inexpresable temblaba en el cielo azul. No se podía captar del todo, pero se sentía su presencia. Ante esa mera sensación de su

presencia, las débiles y frágiles páginas, las pequeñas hogueras del conocimiento humano, menguaban y perdían significado. Allí había algo que no estaba en los libros. En todas las filosofías y búsquedas de la mente no había nada que descubrir, nada de lo que decir: esta es su intención, esta es la explicación del sueño. Las briznas de hierba confundían a las más sabias, la tierna hoja de tilo las avergonzaba, el saltamontes se burlaba de ellas y el gorrión del muro piaba su desprecio. Los libros se apagaban si no se colocaba una pantalla entre ellos y la luz del cielo, como para crear una oscuridad mental artificial, supongo. Si se aceptaban algunos supuestos —es decir, se tapaba la luz—, en esa oscuridad todo se disponía fácilmente, esto aquí y aquello allá. Pero la naturaleza no acepta supuestos, y los libros se apagaban. En la luz, en las briznas de hierba, la hoja, el saltamontes y el gorrión del muro hay algo que está más allá de las filosofías. La bonita idea que sobrevuela los límites de la mente se posará por fin algún día. Hay esperanza en ello, todo el cielo rebosa de esperanza. El consuelo es algo que está más allá de los libros.

¿Cuántos miles de briznas contiene la hierba, amarronada alrededor de las fresas, y verde junto a la sombra de la casa? Aquí son altas, están enmarañadas y se arrastran unas sobre las otras. Si las separas, por debajo sobresalen las que estaban ocultas. Las fibras están entrelazadas, tejidas en una cesta infinita, en un caos de verdes hilos secos. Una profusión culpable. Con una quinta parte bastaría. Un despilfarro despreocupado. Como esos insectos que brotan cuando presiono la hierba. Una centésima parte de ellos bastaría. El manzano silvestre es un monte nevado en primavera. Al caer los copos de las flores, cubren la hierba con una película, un montón de flores que el viento arrastra y dispersa. El despilfarro es sublime. Los dos pequeños cerezos también son un derroche, lanzan puñados de flores, pero en el campo no pueden expresarse la despreocupación y el derroche de la hierba, de las flores y de todas las cosas. Cien millones de semillas flotan en el aire con absoluta indiferencia. El roble tiene cien mil hojas más de las que necesita, y no esconde una sola bellota. Nada es funcional, todo es un espléndido derroche. Es maravilloso contemplar tan noble y cordial derroche. Ningún refrán miente tanto como «Lo bueno, si breve, dos veces bueno». Dadme lo abundante, dadme millones de semillas desperdiciadas, lujosas alfombras de pétalos y verdes montañas de hojas de roble. Cuanto mayor es el derroche, más se disfruta y más nos acercamos a la vida real. De nada sirven los sofismas. La realidad es obvia. La naturaleza lanza tesoros, los sopla con labios abiertos con cada brisa, acumula copiosas capas al aire libre y los coloca por millares en las hojas de un abeto. La abundancia y la superfluidad están estampadas en todo lo que hace. La espiga de trigo devuelve cien veces el grano del que creció. La tierra nos ofrece mucho más de lo que podemos consumir. Los granos, las semillas, las frutas, los animales, los abundantes productos son más de lo que toda la especie humana puede devorar. También pueden multiplicarse por mil. No hay escasez natural. Cada vez que hay escasez entre nosotros es por causas no naturales, que la inteligencia debería eliminar.

Desde la pequeñez, la frugalidad y la tacañería a las que nos obligan las circunstancias, ¡qué

alivio dirigir la mirada a la abundancia de la naturaleza! Su generosidad es tan grande que no tiene límites, no tiene igual. No hay razón física por la que todo ser humano no deba tener sus necesidades cubiertas, como mínimo. Que un ser humano se muera de hambre, incluso que tenga problemas para conseguir comida, parece extraño e inexplicable, contrario al sentido común si por un momento consideras la enorme abundancia que la tierra arroja a nuestros pies. Con el lento paso del tiempo, a medida que el corazón humano crezca, confío sinceramente en que se tomarán medidas para que a nadie deba preocuparle la mera subsistencia. Imitemos pues esta cordial generosidad y este derroche divino. Que las generaciones venideras disfruten del festín sin preocuparse, como mis pinzones de las semillas de la hierba cortada, de la que ninguna voz las aleja. Ojalá pudiera regalar con tanta libertad como la tierra.

La golondrina de la espalda blanca ha regresado muchísimas veces del lugar poco profundo del riachuelo a su nido medio construido. A veces las dos se quedan junto al mortero que han colocado debajo del alero y se pían la una a la otra respecto del avance del trabajo. Cuando se sueltan, descienden a tal velocidad que parece que vayan a chocar con el suelo, pero remontan el vuelo y pasan por encima del muro y de los tilos. Un tordo ha ido a aquella pérgola veinte veces, una pérgola de listones cruzados, cubiertos de plantas de té, y el nido está entre los listones. Un gorrión se ha pasado por el rosal del muro, con los capullos cubiertos de pulgón. Una enredadera marrón ha llegado a los tilos, a los cerezos e incluso al grueso tallo de un lilo. Por pequeño que sea el árbol, intenta trepar por todo lo que encuentra en su camino. Hasta hace un momento se veían los brillantes colores de un pardillo atravesando las sombras del fondo del jardín, bajo los ciruelos, en dirección a los arbustos. El saltamontes ha dejado atrás la hierba y ahora no se oye su voz. Mientras yo estaba sumido en mis pensamientos, todos ellos, y cientos más en el prado, han sido inmensamente felices. Muy concentrados en su trabajo bajo el sol, muy absortos en el diminuto huevo, en el insecto capturado en una brizna de hierba para llevárselo a los impacientes polluelos, muy alegres escuchando la canción que les cantan o cantando, ajenos a todo lo demás. Esta intensa concentración les hace muy felices. Ojalá vivieran más tiempo, no solo unas cuantas estaciones. Ojalá vivieran cien años solo para disfrutar de las semillas, cantar, ser absolutamente felices y vivir ajenos a todo menos al momento presente. Una línea negra ha volado desde el manzano en espaldera hasta la parte superior de la casa al menos treinta veces. Los estorninos vuelan tan rápido y tan rectos que parecen formar una línea negra en el aire. Tienen un nido en el tejado, y se pasan el día entero, desde el amanecer hasta el crepúsculo, yendo y viniendo entre el tejado y el prado. El manzano en espaldera me oculta el prado como una pantalla, así que los estorninos parecen sumergirse detrás de él. El prado se inclina formando un valle. No puedo verlo, pero sé que está cubierto de ranúnculos dorados y que al fondo fluye un riachuelo.

Desde allí veo una cima en la que la hierba crece más alta que aquí. Hay arbustos y olmos cuya altura reduce la distancia, caballos a la sombra de los árboles y un pequeño rebaño de ovejas

reunidas, como es su costumbre, junto a la cálida y soleada entrada. Junto a la cima, en la ladera, hay una profunda zanja verde. Eso parece desde aquí. En realidad es el cauce de un riachuelo hundido en la tierra. No veo nada entre la pantalla de la espaldera y los caballos, bajo los olmos de la colina. Pero los estorninos suben y bajan por el hueco cubierto de ranúnculos dorados, y sí, veo más de cien pinzones buscando impacientes y cantando dulcemente, felices como el día de verano. Miles y miles de saltamontes saltan, los tordos trabajan, llenos de amor y ternura, las palomas arrullan... Hay tanta alegría como hojas en los setos. Mi mente, más rápida que el vuelo de los estorninos, vuela hasta el riachuelo de la profunda zanja verde de la colina.

Era agradable subir por la orilla del riachuelo, que se estrechaba a medida que ascendía, hasta que la delgada corriente, más delgada que un frágil cristal, se limitaba a deslizarse sobre las piedras. Un poco más delgada y no habría fluido en absoluto, el agua no podría extenderse ni ensancharse. Acariciaba suavemente las piedras marrones y las alisaba. Llenaba pequeñas cuencas de arena y escapaba por los bordes entre diminutas piedras de sílex. Luego pasaba por debajo de espesas verónicas acuáticas, de flores azules, y de dentadas chirivías de agua, y, como muchos ríos grandes, durante un tiempo se perdía entre un bosque de hojas. Enormes macizos de zarzas y de espinas prominentes detenían al explorador, que debía rodear el montículo cubierto de hierba. Haciendo una pausa para mirar un momento atrás, bajo la colina se veían prados con hierba muy baja y verde, siempre regada, y sin un solo ranúnculo, una franja verde entre flores amarillas y maíz amarillento. Varios robles huecos en cuyas ramas trinaban los cucos, dos o tres avefrías subiendo y bajando, alondras cantando, y por lo demás silencio. Entre el trigo y el montículo cubierto de hierba, el camino estaba casi cerrado, bardanas y zarzas empujaban al aventurero hacia las espigas de trigo. Ascendía y de repente giraba y avanzaba escalonado por la orilla hasta parecer hundirse en las raíces de los olmos. Los olmos crecían justo por encima de un hueco profundo y escarpado. Sus ramas se extendían por encima formando una cueva.

Allí estaba el manantial, al pie de una roca perpendicular, cubierta de musgo por abajo e invadida por la hiedra por arriba. Verdes arbustos de espinas llenaban las grietas y formaban un muro ante el pozo, y una larga y estrecha franja de lengua cervina cruzaba la parte delantera del acantilado. El riachuelo se ocultaba detrás de las gruesas espinas, enfrente se alzaba la sólida roca, a la derecha la hierba llegaba al extremo —se agitaba de vez en cuando, cuando los caballos que estaban a la sombra de los olmos la pisaban—, y a la izquierda las espigas de trigo asomaban por el margen. Una celda rocosa entre el concentrado silencio de la vegetación. De vez en cuando un pinzón, un estornino o un gorrión se acercaba a beber —sediento tras haber estado en el prado o en el maizal— y, asombrado de que hubiera alguien allí, casi se le enredaban las alas en los arbustos. El manantial crece imperceptiblemente en un hueco bajo la roca, sin burbujas ni sonido. La fina arena de la cuenca, poco profunda, permanece impertérrita, ningún diminuto volcán de agua propulsa una cúpula de partículas. Tampoco hay grietas en la piedra, aunque la cuenca

siempre está llena y no deja de fluir. A medida que se desliza desde el borde, un rayo de sol atraviesa las ramas y la alcanza. A esa celda solía yo ir de vez en cuando en verano, quizá tentado, como los pinzones, por el agua dulce y fría, aunque también atraído por una sensación que no se podía analizar. Me agachaba, cogía agua con las manos —con cuidado, para no levantar arena—, y la luz del sol brillaba en el agua mientras me resbalaba entre los dedos. Solo en la cueva de techo verde, solo con la luz del sol y el agua pura, me daba la sensación de que eran algo más. Para mí el agua era más que agua, y el sol más que sol. Los brillantes rayos en el agua de las palmas de mis manos me sostenían por un momento, y el contacto del agua me daba algo de sí misma. Un momento, y los rayos desaparecían, el agua fluía, pero habían sido míos. Además del agua física y de la luz física, había recibido su belleza, me habían comunicado aquel misterio silencioso. El agua pura y hermosa, la luz, pura, clara y hermosa, me habían dado algo de su verdad.

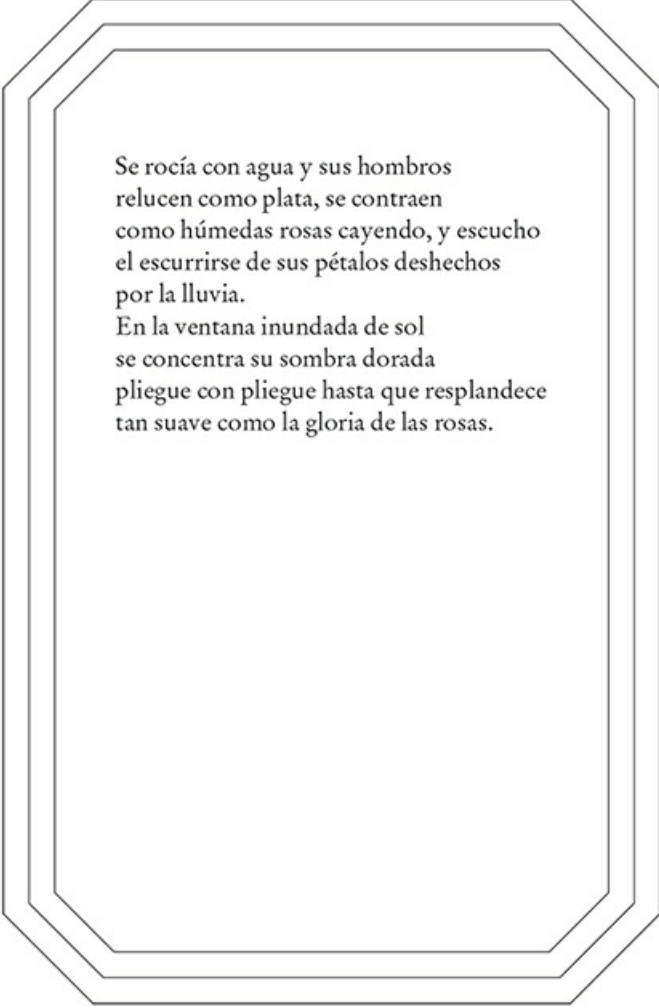
Muchas veces llegué allí con esfuerzo, tras ascender el largo camino bajo el sol abrasador, y a menudo me llevaba un recipiente para volver a casa con algo de todo aquello. También había un riachuelo, sí, pero aquel era diferente, era el manantial. Me lo llevaba a casa como si me llevara una hermosa flor. No es el agua física, sino la sensación que provoca. Ni el sol físico, sino la sensación de belleza inexpresable que trae consigo. Sigo bebiéndola, y espero seguir haciéndolo aún más profundamente.



Gloire de Dijon

D. H. LAWRENCE

Cuando se levanta por la mañana
me detengo a contemplarla;
tiende el albornoz bajo la ventana
y los rayos de sol la alcanzan
resplandeciendo blancos en los hombros
mientras a cada lado la suave
sombra dorada brilla mientras
se agacha hasta la esponja y sus pechos
[conmovidos
tiemblan como amarillas rosas
Gloire de Dijon muy abiertas.

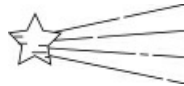


Se rocía con agua y sus hombros
relucen como plata, se contraen
como húmedas rosas cayendo, y escucho
el escurrirse de sus pétalos deshechos
por la lluvia.

En la ventana inundada de sol
se concentra su sombra dorada
pliegue con pliegue hasta que resplandece
tan suave como la gloria de las rosas.

El jardín secreto (extracto)

FRANCES HODGSON BURNETT



10

Dickon

El sol llevaba casi una semana brillando en el jardín secreto. Así lo llamaba Mary, el jardín secreto, cuando pensaba en él. Le gustaba ese nombre, y le gustaba aún más la sensación de que cuando sus hermosos y viejos muros la rodeaban, nadie sabía dónde estaba. Era casi como estar fuera del mundo, en un lugar de cuento de hadas. Los pocos libros que había leído y que le gustaban eran cuentos de hadas, y en varios de ellos había jardines secretos. Algunos personajes dormían en ellos durante cien años, lo que le parecía una tontería. Ella no tenía la menor intención de quedarse dormida. En realidad, cada día que pasaba en Misselthwaite estaba más despierta. Empezaba a gustarle estar al aire libre, y ya no odiaba el viento, disfrutaba de él. Le permitía correr más deprisa, llegar más lejos y saltar cien veces. Los bulbos del jardín secreto debían de estar atónitos. Tenían tantos claros a su alrededor que disponían de todo el espacio que querían para respirar, de modo que empezaron a alegrarse bajo la tierra oscura y a trabajar duro, aunque la señorita Mary no lo sabía. El sol los alcanzaba y los calentaba, y cuando llovía, el agua les llegaba de inmediato, por lo que empezaron a sentirse muy vivos.

Mary era un niña extraña y decidida, y ahora había tomado una decisión importante. De hecho, estaba muy absorta en cumplirla. No dejaba de trabajar, cavar y arrancar las malas hierbas, y en lugar de cansarse, lo que hacía le gustaba cada vez más. Para ella era como un juego fascinante. Encontró muchos más brotes verdes de los que habría esperado encontrar jamás. Parecían crecer por todas partes, y cada día encontraba nuevos brotes diminutos, algunos tan pequeños que apenas

sobresalían de la tierra. Había tantos que recordaba lo que le había dicho Martha sobre los «miles de campanillas de invierno» y los bulbos que se extendían y se multiplicaban. Los habían dejado crecer a sus anchas durante diez años y, como las campanillas de invierno, ahora se contaban por miles. Se preguntó cuánto faltaba para que se viera que eran flores. A veces dejaba de cavar, miraba el jardín e intentaba imaginar cómo sería cuando estuviera cubierto de miles de hermosos tallos en flor. Durante aquella soleada semana se hizo más amigo de Ben Weatherstaff. Le dio más de un susto acercándose a él sigilosamente y colocándose a su lado como si acabara de brotar de la tierra. La verdad es que temía que él recogiera sus herramientas y se marchara si la veía llegar, así que siempre se le acercaba intentando no hacer ruido. Pero Ben ya no le ponía tantas objeciones como al principio. Quizá en el fondo le halagaba que a la niña le gustara tanto estar con un anciano. Y también ella era más educada de lo habitual. El hombre no sabía que la primera vez que la niña lo vio, le habló como le habría hablado a alguien de allí, y no sabía que un robusto anciano de Yorkshire no estaba acostumbrado a hablar con sus amos, que se limitaba a recibir sus órdenes.

—Te pareces al petirrojo —le dijo una mañana al levantar la cabeza y verla a su lado—. Nunca sé cuándo te veré ni desde dónde llegarás.

—Ahora es amigo mío —le contestó Mary.

—Igual que él —le dijo Ben Weatherstaff—. Que les hace la pelota a las mujeres solo por vanidad y frivolidad. Haría cualquier cosa por presumir y coquetear con las plumas de la cola. Está tan lleno de orgullo como un huevo lleno de carne.

Rara vez hablaba mucho, y a veces solo respondía a las preguntas de Mary con un gruñido, pero aquella mañana habló más de lo habitual. Se incorporó y la observó apoyando una bota en la parte superior de la pala.

—¿Cuánto llevas aquí? —le preguntó.

—Creo que más o menos un mes —le contestó la niña.

—Misselthwaite está sentándote bien —le dijo—. Estás un poco más gorda que antes y no tan amarilla. La primera vez que entraste en este jardín parecías un cuervo desplumado. Pensé que nunca había visto a una niña tan fea y amargada.

Mary no era presumida, y como nunca le había preocupado mucho su aspecto, no se enfadó.

—Sé que estoy más gorda —le dijo—. Los leotardos me aprietan, y antes me hacían arrugas. Aquí está el petirrojo, Ben Weatherstaff.

Sí, allí estaba el petirrojo, y Mary pensó que era más bonito que nunca. Su chaleco rojo era brillante como el satén, movía presumidamente las alas y la cola, y hacía todo tipo de graciosas piruetas. Parecía decidido a que Ben Weatherstaff lo admirara, pero Ben fue sarcástico.

—¡Vaya, ahí estás! —exclamó—. Vienes a verme un ratito cuando no tienes a nadie mejor. Llevas dos semanas tiñéndote de rojo el chaleco y puliéndote las plumas. Ya sé lo que te pasa.

Estás cortejando a una descarada jovencita y le mientes diciéndole que eres el mejor petirrojo de Missel Moor y que estás dispuesto a pelear con todos los demás.

—¡Oh, míralo! —exclamó Mary.

Era evidente que el petirrojo se sentía audaz y quería llamar la atención. Se acercó cada vez más mirando a Ben Weatherstaff cautivadoramente. Voló al arbusto de grosellas más cercano, inclinó la cabeza y le cantó una canción.

—Cree que así lo aceptaré —dijo Ben frunciendo el ceño de tal manera que Mary estuvo segura de que pretendía dar a entender que no le gustaba—. Cree que nadie puede resistírsele. Eso es lo que cree.

A Mary le costaba creer lo que estaba viendo. El petirrojo extendió las alas, voló hasta el mango de la pala de Ben Weatherstaff y se posó. Entonces la cara del anciano adoptó lentamente otra expresión. Se quedó quieto, como si temiera respirar, como si por nada del mundo quisiera moverse para que el petirrojo no se alejara. Habló casi en susurros.

—Maldita sea mi suerte —dijo en voz baja, como si estuviera diciendo otra cosa—. Este sabe cómo hacer amigos. Lo sabe perfectamente. Parece de otro mundo. Lo hace a propósito.

Y se quedó quieto —casi sin respirar— hasta que el petirrojo volvió a mover las alas y se fue volando. Luego se quedó mirando el mango de la pala como si tuviera poderes mágicos, volvió a cavar y durante varios minutos no dijo nada.

Pero como de vez en cuando sonreía, Mary no temió hablar con él.

—¿Tú tienes un jardín? —le preguntó.

—No. Estoy soltero y vivo en la cabaña con Martin.

—Si tuvieras un jardín, ¿qué plantarías? —le preguntó Mary.

—Coles, patatas y cebollas.

—Pero si quisieras hacer un jardín de flores, ¿qué plantarías? —insistió Mary.

—Bulbos y flores que olieran bien, pero sobre todo rosas.

A Mary se le iluminó la cara.

—¿Te gustan las rosas? —le preguntó.

Ben Weatherstaff arrancó una mala hierba y la tiró a un lado antes de contestar.

—Pues sí, me gustan. Empezaron a gustarme cuando cuidaba el jardín de una muchacha. Tenía muchas en un jardín que le encantaba y las quería como si fueran niños... o petirrojos. La veía inclinarse a besarlas. —Arrancó otra mala hierba y la miró frunciendo el ceño—. Fue hace ya diez años.

—¿Dónde está ahora la muchacha? —le preguntó Mary, muy interesada.

—En el cielo —le contestó, y hundió la pala en el suelo—. Eso dice el cura.

—¿Qué pasó con las rosas? —volvió a preguntarle Mary con más interés que nunca.

—Se quedaron solas.

Mary empezó a ponerse nerviosa.

—¿Se murieron? ¿Las rosas se mueren cuando las dejan solas? —le preguntó.

—Bueno, a mí me gustaban, y la muchacha me caía muy bien, y a ella le gustaban —admitió Ben Weatherstaff a regañadientes—. Un par de veces al año voy a cuidarlas un poco, las podo y aireo la tierra. Nadie las cuida, pero, como la tierra es rica, algunas han sobrevivido.

—¿Cómo sabes si están vivas o muertas cuando no tienen hojas, están secas y son de color gris y marrón? —le preguntó Mary.

—Espera a que llegue la primavera, espera a que salga el sol y llueva, y vuelva a salir el sol, y lo verás.

—¿Cómo? ¿Cómo? —gritó Mary sin miramientos.

—Mira las ramas, y si ves bultitos marrones aquí y allá, obsérvalos después de que haya llovido y verás lo que pasa. —Se calló y miró con curiosidad la cara entusiasmada de la niña—. ¿Por qué de repente te interesan tanto las rosas?

La señorita Mary sintió que se ruborizaba. Casi le daba miedo contestar.

—Quiero jugar a... a que tengo un jardín —balbuceó—. No tengo nada que hacer. No tengo nada... ni a nadie.

—Bueno —dijo Ben Weatherstaff lentamente, mirándola—, es verdad. No tienes nada que hacer.

Lo dijo en un tono tan raro que Mary se preguntó si le tenía un poco de lástima. Ella nunca se había compadecido de sí misma. Solo se sentía cansada y enfadada porque no le gustaba nada la gente y las cosas que la rodeaban. Pero ahora parecía que todo estaba cambiando a mejor. Si nadie descubría lo del jardín secreto, en adelante siempre se divertiría.

Se quedó con él diez o quince minutos más y le preguntó todo lo que se atrevió a preguntarle. Ben contestó a todas sus preguntas con sus extraños gruñidos, no pareció enfadarse y no cogió su pala y se marchó. Dijo algo sobre las rosas justo cuando la niña se alejaba, lo que le hizo recordar las que había dicho que le gustaban tanto.

—¿Sigues yendo a ver esas rosas? —le preguntó.

—Este año no he ido. Tengo las articulaciones agarrotadas por el reuma.

Lo dijo en su tono gruñón, y de repente pareció enfadarse con ella, aunque la niña no entendía por qué.

—¡Hay que ver! —exclamó bruscamente—. No me hagas tantas preguntas. Nunca había conocido a una niña que hiciera tantas preguntas. Vete a jugar por ahí. Ya he hablado bastante por hoy.

Y lo dijo tan enfadado que la niña supo que era inútil quedarse un minuto más. Se marchó dando saltitos por el camino, pensando en él y diciéndose que, por raro que fuera, le caía bien, aunque

siempre estuviera enfadado. Le caía bien el viejo Ben Weatherstaff. Sí, le caía bien. Siempre intentaba que hablara con ella. Además, empezaba a creer que lo sabía todo sobre las flores.

Un camino bordeado de laureles rodeaba el jardín secreto y terminaba en una puerta que daba a un bosque del parque. Pensó en recorrer el camino y entrar en el bosque, a ver si había conejos correteando por allí. Disfrutó mucho del paseo y cuando llegó a la pequeña puerta, la abrió y la cruzó porque oyó un peculiar silbido y quiso descubrir de qué se trataba.

Era algo muy extraño. Se detuvo a mirarlo conteniendo la respiración. Un niño estaba sentado bajo un árbol, con la espalda apoyada en el tronco, tocando una tosca flauta de madera. Era un niño raro, de unos doce años. Iba muy limpio, tenía la nariz respingona y las mejillas rojas como amapolas. La señorita Mary nunca había visto a un niño con los ojos tan grandes y tan azules. Una ardilla se agarraba al tronco en el que estaba apoyado y lo miraba; desde detrás de un arbusto cercano un faisán estiraba delicadamente el cuello para asomarse, y cerca de él había dos conejos sentados que olfateaban con nariz temblorosa. Parecía que todos se acercaban a observarlo y a escuchar la extraña melodía que salía de su flauta.

Al ver a Mary, levantó una mano y le habló en un tono casi tan bajo como el de la flauta.

—No te muevas —le dijo—. Los asustarás.

Mary se quedó inmóvil. El niño dejó de tocar la flauta y empezó a levantarse del suelo. Se movía tan despacio que daba la impresión de que no se movía en absoluto, pero al final se incorporó, la ardilla volvió corriendo a las ramas del árbol, el faisán retiró la cabeza y los conejos se pusieron a cuatro patas y se alejaron saltando, aunque no parecían asustados.

—Me llamo Dickon —le dijo el niño—. Sé que tú eres la señorita Mary.

Entonces Mary se dio cuenta de que, por alguna razón, sabía desde el principio que era Dickon. ¿Qué otra persona habría hechizado conejos y faisanes como los indios hechizan serpientes? Tenía la boca grande, roja y curvada, y su sonrisa se extendía por toda la cara.

—Me he levantado despacio porque si haces movimientos bruscos los asustas —le explicó—. Hay que moverse con suavidad y hablar bajito cuando estás rodeado de animales en libertad.

No le hablaba como si nunca se hubieran visto, sino como si la conociera bien. Como Mary no sabía nada de niños, le habló en un tono un poco rígido, porque le daba vergüenza.

—¿Has recibido la carta de Martha? —le preguntó.

Su cabeza de pelo rizado y rojizo asintió.

—Por eso he venido.

Se agachó a recoger algo que la niña había visto en el suelo, a su lado, mientras tocaba la flauta.

—He traído las herramientas. Hay una pala pequeña, un rastrillo, una horca y una azada. Son herramientas buenas. También he traído una palita. Y cuando fui a comprar semillas, la mujer de la tienda metió un paquete de amapolas blancas y otro de consueltas azules.

—¿Me enseñas las semillas? —le preguntó Mary.

Deseó poder hablar como él. El niño hablaba deprisa y con naturalidad. Parecía que la niña le caía bien y que no temía caerle mal, aunque solo era un niño de campo, con ropa remendada, con la cara curiosa y la cabeza llena de rizos de color rojizo. Al acercarse a él le llegó un fresco olor a brezo, a hierba y a hojas, como si estuviera hecho de esas cosas. Le gustó mucho, y al observar su curiosa cara, con las mejillas rojas y los grandes ojos azules, olvidó la vergüenza.

—Sentémonos en ese tronco a verlas —le dijo Mary.

Se sentaron y el niño se sacó del bolsillo del abrigo un paquetito de papel marrón. Desató la cuerda, y dentro había paquetitos aún más pequeños con un dibujo de una flor en cada uno de ellos.

—Hay un montón de resedas y de amapolas —le dijo—. Las resedas huelen muy bien y crecen donde las plantes, como las amapolas. Crecen y florecen como si nada. Son las más bonitas. —Se calló y giró rápidamente la cabeza con la cara de rojas mejillas iluminada—. ¿Dónde está el petirrojo que nos llama? —le preguntó.

El trino procedía de un espeso arbusto de acebo con brillantes bayas color escarlata, y Mary pensó que sabía de quién era.

—¿De verdad nos llama? —le preguntó.

—Claro —le contestó Dickon como si fuera lo más natural del mundo—. Está llamando a un amigo. Es como si le dijera: «Estoy aquí. Mírame. Quiero charlar un rato». Está en el arbusto. ¿De quién es?

—De Ben Weatherstaff, pero creo que me conoce un poco —le contestó Mary.

—Sí, te conoce —le dijo Dickon, de nuevo en voz baja—. Y le caes bien. Te ha elegido. En un minuto me lo contará todo de ti.

Se acercó al arbusto con los lentos movimientos que Mary había visto antes y emitió un sonido muy parecido al gorjeo del petirrojo. El petirrojo escuchó unos segundos con mucha atención y contestó como si estuviera respondiendo a una pregunta.

—Sí, es amigo tuyo —le dijo Dickon riéndose.

—¿Tú crees? —exclamó Mary, entusiasmada. Estaba impaciente por saberlo—. ¿De verdad crees que le caigo bien?

—Si no le cayeras bien, no se acercaría a ti —le contestó Dickon—. Los pájaros no eligen a cualquiera, y los petirrojos no suelen hacer caso a las personas. Mira, ahora está poniéndose guapo para ti. Está diciendo: «¿No ves que soy tu amigo?».

Y parecía verdad. El petirrojo avanzó, pio y saltó en el arbusto.

—¿Entiendes lo que dicen los pájaros? —le preguntó Mary.

La sonrisa de Dickon se amplió hasta que toda su cara pareció una boca grande, roja y curvada, y se rascó la cabeza.

—Creo que sí, y ellos también lo creen —le contestó—. He vivido mucho tiempo en el campo con ellos. Los he visto tantas veces romper el huevo, salir, echar las plumas, aprender a volar y empezar a cantar que creo que soy uno de ellos. A veces creo que soy un pájaro, o un zorro, o un conejo, o una ardilla, incluso un escarabajo, no sé.

Se rio, volvió al tronco y empezó a hablar de nuevo de las semillas. Le contó cómo eran cuando se convertían en flores. Le contó cómo plantarlas, cuidarlas, alimentarlas y regarlas.

—Mira —le dijo de repente girándose a mirarla—. Las plantaré yo mismo para ti. ¿Dónde está tu jardín?

Mary apretó las manos en el regazo. Como no sabía qué decir, durante un minuto no dijo nada. Nunca lo había pensado. Se puso triste. Y sintió que se ruborizaba y luego se quedaba pálida.

—Tienes un trozo de jardín, ¿no? —le preguntó Dickon.

Era cierto que se había ruborizado y que después se había quedado pálida. Dickon lo vio y, como la niña seguía sin decir nada, se quedó desconcertado.

—¿No te han dado un trozo de jardín? —le preguntó—. ¿Aún no tienes ninguno?

Mary apretó aún más las manos y lo miró.

—No sé nada sobre niños —le dijo muy despacio—. ¿Me guardarás un secreto si te lo cuento? Es un gran secreto. No sé qué haría si alguien lo descubre. ¡Creo que me moriría!

Dijo la última frase con vehemencia.

Dickon se quedó aún más desconcertado y volvió a rascarse la cabeza, pero le contestó de buen humor.

—Siempre guardo secretos —aseguró—. Si contara a los demás chicos dónde están los cachorros de los zorros, los nidos de los pájaros y las guaridas de los animales, no estarían seguros en el campo. Sí, sé guardar secretos.

La señorita Mary no pretendía extender la mano y agarrarlo de la manga, pero lo hizo.

—He robado un jardín —le dijo muy deprisa—. No es mío. No es de nadie. Nadie lo quiere, nadie lo cuida y nadie entra en él. Quizá ya se ha muerto todo. No lo sé. —Empezó a acalorarse y se enfadó como nunca en su vida—. ¡Me da igual! ¡Me da igual! Nadie tiene derecho a quitármelo, porque a mí me importa y a ellos no. Están dejándolo morir abandonado —concluyó apasionadamente.

Se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar. Pobre señorita Mary.

Dickon abrió sus curiosos ojos azules como platos.

—¡Ehhh! —exclamó muy despacio y en un tono que expresaba tanto sorpresa como simpatía.

—No tengo nada que hacer —le dijo Mary—. No tengo nada. Lo encontré yo misma y entré. Como el petirrojo, y al petirrojo no se lo quitarían.

—¿Dónde está? —le preguntó Dickon en voz baja.

La señorita Mary se levantó del tronco de golpe. Sabía que había vuelto a enfadarse, que estaba

siendo tozuda, pero no le importó. Se sentía arrogante, furiosa y triste a la vez.

—Ven conmigo y te lo mostraré —le dijo.

Lo llevó por el sendero bordeado de laureles hasta el muro cubierto de hiedra. Dickon la siguió con una expresión rara, casi con lástima. Creyó que lo llevaba a ver el nido de algún pájaro extraño y que tenía que avanzar despacio. Cuando Mary llegó al muro y levantó la hiedra, se sobresaltó. Había una puerta. Mary la abrió despacio, entraron juntos y Mary extendió los brazos en tono desafiante.

—Aquí lo tienes —le dijo—. Es un jardín secreto, y soy la única en el mundo que quiere que esté vivo.

Dickon miró a su alrededor una y otra vez.

—¡Oh! —casi susurró—. ¡Qué sitio tan raro y bonito! Es como si estuviera soñando.

11

El nido del tordo

Se quedó dos o tres minutos mirando a su alrededor, con Mary observándolo, y luego empezó a andar muy despacio, incluso con más cuidado que Mary la primera vez que había estado entre aquellas cuatro paredes. Sus ojos parecían fijarse en todo: los árboles grises con enredaderas grises trepando por ellos y colgando de las ramas, la maraña en las paredes y entre la hierba, los rincones de árboles de hoja perenne con bancos de piedra y maceteros con altas flores.

—Nunca pensé que lo vería —dijo Dickon en un susurro.

—¿Sabías que existía? —le preguntó Mary.

Como había hablado en voz alta, el niño le hizo un gesto.

—Tenemos que hablar bajito —le dijo—, o alguien nos oirá y se preguntará qué hacemos aquí.

—¡Oh! ¡Lo había olvidado! —le dijo Mary asustada y tapándose rápidamente la boca con la mano—. ¿Sabías que existía este jardín? —volvió a preguntarle en cuanto se recuperó del sobresalto.

Dickon asintió.

—Martha me dijo que había uno en el que nadie entraba —le contestó—. Nos preguntábamos cómo era.

Se calló y observó la bonita maraña gris que lo rodeaba, y sus grandes ojos parecían extrañamente felices.

—¡Oh! En primavera todos los pájaros harán su nido aquí. Debe de ser el lugar más seguro de Inglaterra. Nadie se acerca a la maleza, los árboles o las rosas. Me pregunto si todos los pájaros del campo construirán aquí su nido.

La señorita Mary volvió a cogerle de la manga sin darse cuenta.

—¿Habrán rosas? —le susurró—. ¿Lo sabes? Pensaba que quizá estarían todas muertas.

—¡No, no! ¡Todas no! —le contestó—. ¡Mira ahí!

Se dirigió al árbol más cercano, un árbol muy viejo con la corteza cubierta de líquen gris, pero que sujetaba una cortina de ramas enmarañadas. Sacó una gruesa navaja del bolsillo y abrió una de sus hojas.

—Hay muchas ramas secas que deberíamos podar —le dijo—. Y hay muchas ramas viejas, pero también del año pasado. Aquí hay una nueva —dijo tocando un brote que no era duro, seco y gris, sino verde amarronado.

Mary también lo tocó con un gesto reverente.

—¿Este? —le preguntó—. ¿Este está vivo?

Dickon sonrió.

—Tan vivo como tú y como yo —le contestó.

—¡Me alegro de que esté vivo! —exclamó Mary en un susurro—. Quiero que todos estén vivos. Demos una vuelta por el jardín y contemos cuántos están vivos.

Mary estaba entusiasmada, y Dickon tanto como ella. Fueron de árbol en árbol y de arbusto en arbusto. Dickon llevaba la navaja en la mano y le mostraba cosas que a ella le parecían maravillosas.

—Nadie los cuida —le dijo—, pero a los más fuertes les ha ido bien. Los más delicados se han muerto, pero otros no han dejado de crecer y de extenderse, y son una maravilla. ¡Mira! —le dijo tirando de una gruesa rama que parecía seca—. Cualquiera pensaría que está seco, pero creo que las raíces no lo están. Cortaré por abajo y veremos.

Se arrodilló y cortó con la navaja una rama que parecía seca, cerca de la tierra.

—¡Sí! —dijo exultante—. Te lo he dicho. La rama es verdosa. Mira.

Mary se arrodilló sin decir nada y observó atentamente.

—Cuando es verdosa y jugosa, como esta, está viva —le explicó—. Cuando está seca por dentro y se rompe fácilmente, como este trozo que he cortado, está muerta. Este tiene raíces grandes, porque han brotado todas estas ramas, y si cortamos las ramas secas, cavamos y lo cuidamos, este verano... —se interrumpió y levantó la cara para mirar las ramas que colgaban por encima de él—, en verano aquí habrá una cascada de rosas.

Fueron de arbusto en arbusto y de árbol en árbol. Dickon era muy fuerte e inteligente, sabía cómo cortar con la navaja las ramas secas y sabía cuándo una rama que parecía muerta todavía tenía vida por dentro. En media hora Mary pensó que ella también lo sabía, y cuando él cortaba

una rama que parecía seca, gritaba muy contenta al ver el menor indicio de color verde y de humedad. La pala, la azada y la horca fueron muy útiles. Dickon le enseñó a utilizar la horca mientras él cavaba con la pala alrededor de las raíces y removía la tierra para que se airearan.

Estaban trabajando afanosamente junto a uno de los rosales más grandes cuando Dickon vio algo que le hizo lanzar una exclamación de sorpresa.

—¿Por qué? —gritó señalando la hierba a unos pasos de distancia—. ¿Quién ha hecho eso?

Era uno de los trozos que Mary había limpiado alrededor de los brotes.

—He sido yo —le contestó Mary.

—¿Por qué? Creía que no sabías nada de jardinería —le dijo.

—No sé nada —le contestó—, pero eran tan pequeños, y la hierba era tan espesa y tan fuerte que parecía que no tenían espacio para respirar. Así que les he hecho sitio. Ni siquiera sé lo que son.

Dickon se arrodilló junto a los brotes sonriendo de oreja a oreja.

—Muy bien hecho —le dijo—. Ni un jardinero lo habría hecho mejor. Ahora crecerán como habichuelas mágicas. Son azafranes y campanillas de invierno, estos son narcisos y aquellos —dijo girándose hacia otro trozo de tierra— son narcisos amarillos. Serán preciosos. —El niño corrió de un claro a otro—. Has hecho un gran trabajo para ser tan pequeña —le dijo mirándola.

—Estoy engordando y poniéndome más fuerte —le contestó Mary—. Antes siempre estaba cansada. Cuando cavo no me canso. Me gusta el olor de la tierra removida.

—Te sentará bien —le dijo el niño asintiendo, sabiendo lo que decía—. No hay nada más agradable que el olor de la tierra, aparte del olor de las plantas que acaban de brotar bajo la lluvia. Cuando llueve, muchas veces salgo al campo, me tumbo debajo de un arbusto, escucho el suave borboteo de las gotas de agua en el brezo y respiro su olor. Mi madre me dice que me tiembla la punta de la nariz como la de un conejo.

—¿No te resfrías? —le preguntó Mary mirándolo sorprendida.

Nunca había conocido a un niño tan gracioso y tan simpático.

—No —le contestó sonriendo—. No he pillado un resfriado desde que nací. He crecido fuerte. He corrido por el campo hiciera el tiempo que hiciera, como los conejos. Mi madre dice que he tomado demasiado aire fresco durante doce años para resfriarme cuando hace frío. Soy fuerte como un roble.

Hablaba sin dejar de trabajar, y Mary lo seguía y lo ayudaba con la horca o con la palita.

—¡Aquí hay mucho que hacer! —le dijo mirando entusiasmado a su alrededor.

—¿Volverás a ayudarme? —le rogó Mary—. Estoy segura de que yo también podré hacer algo. Puedo cavar, arrancar las malas hierbas y hacer lo que me pidas. ¡Oh, ven, Dickon!

—Si quieres, vendré cada día, llueva o haga sol —le contestó con firmeza—. Encerrarme aquí a devolver la vida a un jardín es lo más divertido que he hecho en mi vida.

—Si vienes —le dijo Mary—, si me ayudas a devolverle la vida, yo te... No sé lo que puedo hacer por ti —concluyó con un gesto de impotencia.

¿Qué podía hacer por un niño como él?

—Te diré lo que puedes hacer —le dijo Dickon con su alegre sonrisa—. Engordarás, tendrás más hambre que un zorro y aprenderás a hablar al petirrojo, como yo. Sí, nos divertiremos mucho.

Empezó a andar mirando los árboles, las paredes y los arbustos con expresión pensativa.

—No quiero que parezca el jardín de un jardinero, todo recortado, limpio y ordenado. ¿Y tú? —le preguntó Dickon—. Es más bonito así, con plantas creciendo silvestres, colgando y enlazándose unas con otras.

—No lo ordenaremos —le dijo Mary, entusiasmada—. Ordenado no parecería un jardín secreto.

Dickon se rascó el pelo de color rojizo y la miró desconcertado.

—Sí, es un jardín secreto —le dijo—, aunque parece que alguien, aparte del petirrojo, ha venido por aquí desde que lo cerraron, hace diez años.

—Pero la puerta estaba cerrada y habían enterrado la llave —le dijo Mary—. Nadie podía entrar.

—Es verdad —admitió el niño—. Es un lugar extraño. Pero me da la impresión de que algunas de estas plantas no llevan diez años sin ser podadas.

—¿Cómo es posible? —le preguntó Mary.

Dickon observó una rama de rosal y asintió.

—¡Sí! ¿Cómo es posible? —murmuró—. Con la puerta cerrada y la llave enterrada.

La señorita Mary sentía que, por muchos años que viviera, nunca olvidaría aquella primera mañana en que su jardín empezó a crecer. Por supuesto, a ella le parecía que empezó a crecer aquella mañana. Cuando Dickon empezó a limpiar trozos de tierra y a plantar semillas, recordó lo que Basil le cantaba cuando quería burlarse de ella.

—¿Hay flores que parecen campanas? —le preguntó.

—Los lirios de los valles —le contestó Dickon escarbando con la palita—, las campanillas de Canterbury y las campánulas.

—Plantemos algunas —le dijo Mary.

—Ya hay lirios de los valles. Los he visto. Tendremos que separarlos, porque han crecido muy juntos, pero hay muchos. Las otras tardan dos años en crecer desde que las plantas, pero puedo traerte varias plantas de nuestro jardín. ¿Por qué las quieres?

Entonces Mary le habló de Basil y de sus hermanos en la India, le contó que los odiaba y que la llamaban «Señorita Mary, la tozuda».

—Bailaban y cantaban alrededor de mí. Me cantaban:

*Tozuda señorita Mary,
¿cómo crece tu jardín?
Con campanas de plata y conchas
junto a las caléndulas.*

»Acabo de recordarlo y me he preguntado si hay flores que parezcan campanas de plata. — Frunció un poco el ceño y hundió con más fuerza la palita en la tierra—. No era tan tozuda como ellos.

Pero Dickon se rio.

—¡Vaya! —exclamó, y mientras escarbaba la fértil tierra negra, Mary vio que aspiraba su olor—. Creo que no hay razón para ser tozudo cuando hay flores y cosas así, tantos animales construyéndose su hogar, haciendo nidos, cantando y silbando, ¿verdad?

Mary, que estaba arrodillada a su lado sujetando las semillas, lo miró y dejó de fruncir el ceño.

—Dickon, eres tan simpático como me dijo Martha. Me caes bien, y eres la quinta persona que me cae bien. Nunca pensé que me caerían bien cinco personas.

Dickon se agachó, como hacía Martha cuando limpiaba la chimenea. Mary pensó que era divertido y encantador, con sus grandes ojos azules, sus mejillas rojas y su bonita nariz respingona.

—¿Solo te caen bien cinco personas? —le preguntó—. ¿Quiénes son las otras cuatro?

Mary empezó a contarlas con los dedos.

—Tu madre, Martha, el petirrojo y Ben Weatherstaff.

Dickon se rio tanto que para no hacer ruido tuvo que taparse la boca con el brazo.

—Sé que crees que soy un chico raro —le dijo—, pero yo creo que eres la niña más rara que he visto nunca.

Entonces Mary hizo algo extraño. Se inclinó hacia delante y le preguntó algo que jamás había pensado que le preguntaría a nadie.

—¿Te caigo bien?

—¡Sí! —le contestó el niño, muy efusivo—. Me caes muy bien, y creo que también al petirrojo.

—Pues eso son dos —le dijo Mary—. Para mí son dos.

Y empezaron a trabajar más duro que antes y más contentos. Mary se sobresaltó al oír que el gran reloj del patio daba la hora de la cena.

—Tengo que irme —le dijo muy triste—. Y también tú tienes que irte, ¿no?

Dickon sonrió.

—Mi comida es fácil de transportar —le contestó—. Mi madre siempre me deja meterme algo en el bolsillo.

Cogió el abrigo de la hierba y sacó de un bolsillo un paquetito envuelto en un pañuelo limpio de color azul y blanco. Dentro había dos grandes rebanadas de pan con algo en medio.

—A menudo es solo pan —le dijo—, pero hoy tengo una loncha de beicon.

A Mary le pareció una cena rara, pero él estaba dispuesto a disfrutarla.

—Corre a comer —le dijo Dickon—. Yo acabaré antes. Trabajaré un rato más antes de volver a casa. —Se sentó con la espalda apoyada en un árbol—. Llamaré al petirrojo y le daré la corteza del beicon para que la picotee. Les encanta el tocino.

Mary no soportaba la idea de marcharse. De repente creyó que quizá era un hada del bosque y que cuando ella volviera al jardín habría desaparecido. Le parecía demasiado bueno para ser real. Recorrió despacio la mitad del camino que llevaba a la puerta, se detuvo y volvió.

—Pase lo que pase, no se lo dirás a nadie, ¿verdad? —le dijo.

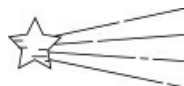
Las mejillas de color amapola de Dickon se habían hinchado al dar el primer mordisco de pan con beicon, pero consiguió sonreír animadamente.

—Si fueras un tordo y me hubieras mostrado dónde está tu nido, ¿crees que se lo diría a alguien? No —le dijo—. Tu jardín está tan a salvo como el nido de un tordo.

Y Mary estuvo segura de que así era.

La hilandera y los monjes (extracto)

D. H. LAWRENCE



La maestra me había dicho que encontraría campanillas de invierno detrás de San Tommaso. Si no lo hubiera dicho con tanta seguridad, yo habría dudado de cómo había traducido *perceneige*. Se refería a rosas de Navidad.

Sin embargo, fui a buscar campanillas de invierno. Las paredes se derrumbaron de repente y me encontré en un olivar cubierto de hierba, abriéndome camino entre escombros caídos. Bordeé la orilla de un empinado desfiladero en cuyo fondo un riachuelo corría hacia el lago. Allí me detuve a buscar mis campanillas de invierno. Desde mis pies, la orilla, cubierta de hierba y de piedras, descendía. Oí el chapoteo del agua abajo, en un profundo terreno sombreado. En la penumbra había manchitas pálidas, pero sabía que eran primulas. Así que bajé.

Mirando hacia arriba, más allá de la pesada sombra de la grieta, veía, justo en el cielo, piedras grises brillando trascendentes en el empíreo. «¿Tan arriba están?», pensé. No me atrevía a decir: «¿Tan abajo estoy?». Pero estaba incómodo. Aunque era un lugar precioso, a la fría sombra, perfecto. Cuando olvidabas las piedras brillantes de arriba, era un mundo de sombras perfecto, sin sombras. La oscura y escarpada pendiente de la grieta estaba cubierta de matas de primulas cuyas pálidas flores brillaban en la oscuridad, helechos colgando, y aquí y allá, debajo de las cañas y de las ramas de los arbustos, había matas de rosas de Navidad destrozadas, casi muertas, aunque, en los rincones más fríos, los bonitos capullos parecían puñados de nieve. Durante el invierno había tantas matas de rosas de Navidad en los barrancos que aquellas escasas flores apenas se veían.

En lugar de rosas de Navidad, cogí primulas, que olían a tierra. No había campanillas de invierno. El día anterior había encontrado una mata de azafranes de pálidas y frágiles flores lila con vetas oscuras, que se alzaban con entusiasmo como miríadas de pequeñas llamas violáceas

entre la hierba, debajo de los olivos. Y deseaba encontrar campanillas de invierno colgando en la penumbra, pero no había ninguna.

Cogí un ramillete de primulas y me alejé rápidamente del profundo riachuelo, impaciente por volver a la luz del sol antes de que cayera la noche. Arriba vi los olivos entre la hierba dorada, y rocas grises inmensamente altas bajo la luz del sol. Mientras andaba a tientas como una nutria en la húmeda oscuridad, lo que temía no era tanto que anocheciera como que terminara el día.

Enseguida volví a la luz del sol, a la hierba bajo los olivos, más tranquilo. Era el mundo de luz brillante, y estaba de nuevo a salvo.

Se habían recogido las aceitunas, y los molinos, junto al lago, funcionaban día y noche y desprendían un fuerte olor a aceite de oliva. El riachuelo traqueteaba. Un hombre gritaba a sus mulas en la Strada Vecchia. Arriba, en la Strada Nuova, la bonita carretera militar nueva, que traza hermosas curvas en la ladera de la montaña, cruza el riachuelo varias veces con puentes, atraviesa la escarpada pendiente por encima del lago y serpentea con gracia hacia la frontera austríaca, donde termina. Arriba, en la bonita carretera, bajo el intenso sol de la tarde, vi una carreta de bueyes que se movía como una visión, aunque el ruido de la carreta y el chasquido del látigo del buey parecían resonar en mis oídos.

Allí arriba todo estaba iluminado y coloreado por el sol, las rocas grises que participaban del cielo, la hierba y la maleza amarillenta, las hojas de cipreses de color verde amarronado y la bruma de olivos verdes grisáceos descendiendo hacia la orilla del lago. No había sombra, solo la clara sustancia solar hasta el cielo, una carreta de bueyes moviéndose lentamente a la luz del sol por el tramo más alto de la carretera militar. Me senté en la cálida quietud de la tarde trascendente.

El vapor de las cuatro en punto se deslizaba por el lago desde el extremo austríaco, por debajo de los acantilados. A lo lejos, Verona, más allá de la isla, se diluía en un tono dorado. La montaña de enfrente estaba tan silenciosa que mi corazón pareció dejar de latir, como si quisiera quedarse también en silencio. Todo era perfectamente silencioso, pura sustancia. El pequeño vapor abajo, en el suelo del mundo, y las mulas de la carretera, no proyectaban sombras. También ellos eran pura sustancia solar viajando por la superficie del mundo de sol.

Un grillo saltó cerca de mí. Entonces recordé que era sábado por la tarde, cuando el mundo se queda extrañamente suspendido. Y justo debajo de mí vi a dos monjes caminando por su huerto, entre vides desnudas, caminando por su huerto invernal de vides desnudas y olivos, con sus sotanas marrones pasando entre las ramas marrones, con la cabeza expuesta al sol, a veces un destello de luz cuando sus pies sobresalían de los faldones.

Todo estaba tan en silencio, tan perfectamente suspendido, que los sentía hablar. Andaban con los peculiares andares de los monjes, a grandes zancadas, con las cabezas juntas, los faldones meciéndose lentamente, dos monjes marrones con las manos escondidas, deslizándose bajo las

vides desnudas y junto a las coles, con las cabezas siempre juntas en oculta conversación. Era como si con mi oscura alma presenciara su voz inaudible. Todo el tiempo que estuve sentado en silencio era uno de ellos, alguien que participaba en la conversación, aunque no oía el sonido de sus voces. Avancé con las grandes zancadas de sus pies cubiertos de faldones, que se deslizaban despacio y sin hacer ruido de un extremo al otro del huerto, y luego volvían. Tenían las manos a los lados, ocultas en las largas mangas y en los faldones de las sotanas. No se tocaban ni gesticulaban al andar. El único movimiento eran las grandes zancadas furtivas y las cabezas juntándose. Pero su conversación era animada. Casi como criaturas de las sombras que se aventuran a salir de su elemento frío y oscuro, iban de un lado a otro de su huerto invernal creyendo que nadie los veía.

Al otro lado, por encima de ellos, estaba el débil e impactante resplandor de la nieve. Los monjes nunca miraban hacia arriba. Pero el resplandor de la nieve empezó a brillar mientras caminaban, el maravilloso, débil y etéreo rubor de la gran cantidad de nieve en el cielo empezó a avivarse por la noche. Llegaba otro mundo, la extraña y fría noche. La gran cima de enfrente se iluminaba con un exquisito y glacial tono rosa. Los monjes caminaban de un lado a otro, charlando en la primera sombra de la montaña.

Y observé que, por encima de la nieve, frágil en el cielo azulado, había aparecido una frágil luna, como una delgada película de hielo flotando en la lenta corriente de la inminente noche. Y sonó una campana.

Y los monjes seguían caminando de un lado a otro, de un lado a otro, con extraña y neutra regularidad.

Como las montañas estaban al este, las sombras iban invadiéndolo todo. El tronco de olivo en el que estaba sentado ya se había extinguido. Este era el mundo de los monjes, el pálido límite entre la noche y el día. Aquí paseaban de un lado a otro, de un lado a otro, en la neutra luz sin sombras de la sombra.

Ni el resplandor del día ni la completitud de la noche los alcanzaban, caminaban por el estrecho camino del crepúsculo, pisando la neutralidad de la ley. Ni la sangre ni el espíritu hablaban en ellos, solo la ley, la abstracción del promedio. El infinito es positivo y negativo. Pero el promedio solo es neutro. Y los monjes caminaban de un lado a otro por la línea de la neutralidad.

Entretanto, a lo largo de la cordillera, la nieve se volvió rosa incandescente, como si el cielo floreciera. Después de todo, el eterno no ser y el eterno ser son lo mismo. En la nieve rosada que brillaba en el cielo, sobre una tierra oscurecida, estaba el éxtasis de la consumación. Noche y día son uno, luz y oscuridad son uno, ambas lo mismo en origen y en asunto, ambas lo mismo en el momento de éxtasis, luz que se fusiona con oscuridad y oscuridad que se fusiona con luz, como en la nieve rosada sobre el crepúsculo.

Pero en los monjes no era éxtasis, en ellos era neutralidad, la tierra baja. Trascendente, sobre la tierra ensombrecida y crepuscular, estaba la nieve rosada del éxtasis. Pero abajo, extendiéndose a mucha distancia de nosotros, estaba la neutralidad del crepúsculo, de los monjes. La carne neutralizando el espíritu, el espíritu neutralizando la carne, la afirmación de la ley del promedio, eso eran los monjes caminando de un lado a otro.

La luna se elevó, se alejó de la atenuada cresta nevada y poco a poco se convirtió en sí misma. Entre las raíces del olivo, una margarita rosada se iba a dormir. La cogí y la introduje en el delicado ramito de primulas iluminado por la luna para que su sueño calentara a las demás. También introduje varias pequeñas hierbas doncella, muy azules, que me recordaban los ojos de una anciana.

El día había desaparecido, el crepúsculo había desaparecido y la nieve no se veía cuando bajé a la orilla del lago. Solo la luna, blanca y brillante, estaba en el cielo, como una mujer orgullosa de su belleza deambulando maravillosamente ante la mirada de todo el mundo, mirando unas veces a través de la franja de oscuras hojas de olivo, otras veces mirando su magnífico cuerpo tembloroso, totalmente desnudo en el agua del lago.

Mi ancianita se había marchado. Ella, toda luz, no tendría luna. Siempre debe vivir como un pájaro, contemplando todo el mundo a la vez para que todo él dependa de ella, la despierta conciencia que planea sobre el mundo como un halcón, como un sueño de insomnio. Y, como un pájaro, se fue a dormir cuando llegaron las sombras.

Ella no conocía la rendición a los sentidos ni la posesión de lo desconocido, a través de los sentidos, que tiene lugar bajo una luna magnífica. El siempre glorioso sol no conoce ninguna de estas rendiciones. Sigue su camino. Y todas las margaritas se van a dormir. Y el alma de la vieja hilandera también se cerraba al atardecer, y el resto era sueño, un cese.

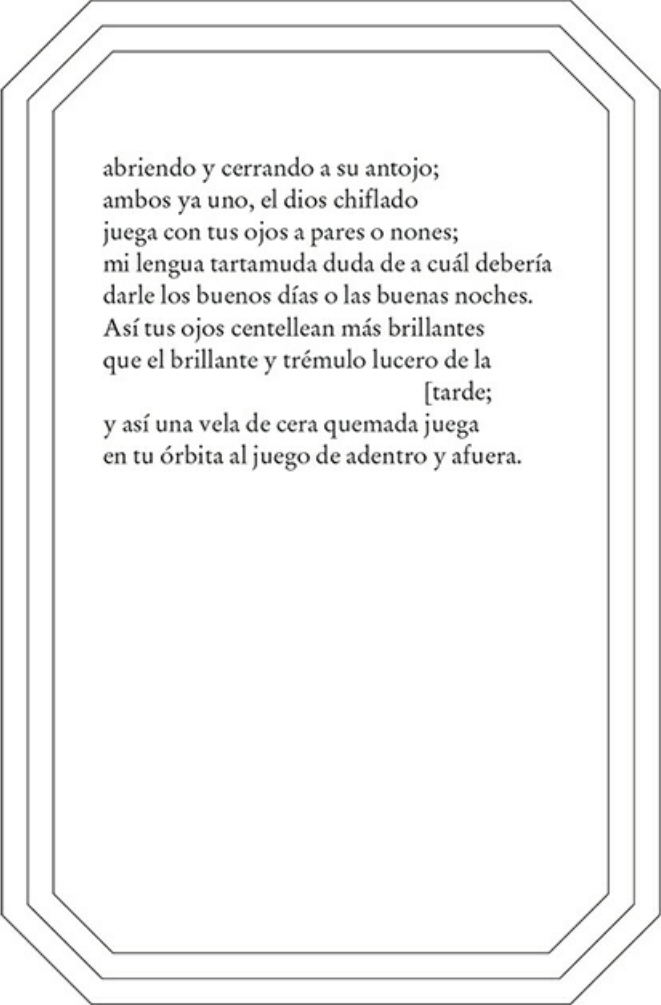
Todo es muy extraño y variado: los italianos, de piel oscura, extáticos en la noche y la luna, la anciana de ojos azules extática en la atareada luz, los monjes del huerto de abajo, que se supone que deben unir ambas, pasando solo por la neutralidad del promedio. ¿Dónde está entonces el punto de encuentro? ¿En qué parte de la humanidad está el éxtasis de la luz y la oscuridad juntas, la suprema transcendencia del resplandor crepuscular, día planeando en el abrazo de la inminente noche como dos ángeles abrazados en el cielo, como Eurídice en brazos de Orfeo o Perséfone abrazada por Plutón?

¿Dónde está el éxtasis supremo en la humanidad, que convierte el día en un placer y la noche en un placer, el propósito en éxtasis y antesala del éxtasis, y el abandono del cuerpo y del alma también en éxtasis bajo la luna? ¿Dónde está el conocimiento trascendente en nuestros corazones, que unen sol y oscuridad, día y noche, espíritu y sentidos? ¿Por qué no sabemos que los dos en la consumación son uno, que cada uno es solo una parte, parcial y sola para siempre, pero que los dos en la consumación son perfectos, más allá del alcance de la soledad?



De «Amanda»
NATHANIEL HOOKES

¿Soñolienta, querida? Sí, sí, ya veo que
Morfeo se ha enamorado de ti,
Morfeo, el peor de mis rivales, trata
de correr las cortinas de tus ojos
y los abanica con su ala dormida,
hace que el sueño soñoliento juegue al
[veo veo,
¡con qué delicadeza sus plumas soplan,
esos cierres de carne abajo y arriba!
¡Oh cómo me obliga a tantalizar
con las bellas niñas de tus ojos!
Juega y me engaña todavía,



abriendo y cerrando a su antojo;
ambos ya uno, el dios chiflado
juega con tus ojos a pares o nones;
mi lengua tartamuda duda de a cuál debería
darle los buenos días o las buenas noches.
Así tus ojos centellean más brillantes
que el brillante y trémulo lucero de la
[tarde;
y así una vela de cera quemada juega
en tu órbita al juego de adentro y afuera.

Índice de autores



ARNOLD, MATTHEW

BÉCQUER, GUSTAVO ADOLFO

BLAKE, WILLIAM

BURNETT, FRANCES HODGSON

CARROLL, LEWIS

CHÉJOV, ANTON

CHOPIN, KATE

CROKER, T. CROFTON

FIELD, EUGENE

GARCÍA LORCA, FEDERICO

GOETHE, JOHANN WOLFGANG VON

GRAHAME, KENNETH

GROSSMITH, GEORGE

GROSSMITH, WEEDON

HENRY, O.

HOOKES, NATHANIEL

HUDSON, W. H.

JEFFERIES, RICHARD

LANG, ANDREW

LAWRENCE, D. H.

MANSFIELD, KATHERINE

MAUPASSANT, GUY DE

MONTGOMERY, L. M.

NESBIT, E.

RICHARDS, LAURA E.

ROSSETTI, CHRISTINA

SAKI

SPYRI, JOHANNA

TOLSTÓI, LEV

WHARTON, EDITH

WILDE, OSCAR

WORDSWORTH, WILLIAM

Un maravilloso compañero nocturno para calmar mentes inquietas.



¿Recuerdas lo que era leer de niño?

Acurrúcate y redescubre la alegría de sumergirte en un libro, de pasar sin darte cuenta de la realidad a la imaginación. Con esta colección de cuentos y poemas, tan breves como amenos, lograrás alejarte de las preocupaciones cotidianas y viajarás a otros mundos.

Deja que las historias —deliciosamente nostálgicas o pequeñas joyas desconocidas— te arrastren, que el ritmo de las frases te arrulle y que el sutil encanto de las fábulas te devuelva la paz al final del día. Desconecta y revive la evasión tranquilizadora de la lectura de la mano de grandes autores, desde Lorca y Wilde hasta Chéjov y Maupassant, con estas pequeñas píldoras de bálsamo literario para mentes exhaustas.

Dulces sueños.

«El equivalente literario a un baño relajante antes de acostarse.»

Browns Books for Students

«Tranquiliza y alivia las mentes inquietas antes de dormir. Un hermoso libro que, sin lugar a dudas, te facilitará los ronquidos.»

The Sun

«¡Bravo! Por fin un libro nos aleja de la fría luz del móvil para dejarnos en manos del reconfortante resplandor de cuentos y poemas.»

Revista The Simple Things

Título original: *Bedtime Stories for Stressed Out Adults*

Edición en formato digital: octubre de 2019

Publicado por Hodder & Stoughton, una empresa de Hachette UK

© 2018, Lucy Mangan, por la introducción

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Noemí Sobregués Arias, por la traducción de los cuentos: «El regalo de los Reyes Magos»; «El ratón»; «Al este del sol y al oeste de la luna»; «Un par de medias de seda»; «La tía y Amabel»; *El viento en los sauces*; «Las ventanas de oro»; *Diario de un don nadie*; «La extracción de la espada»; «El cansancio de Rosabel»; «La leyenda de O'Donoghue»; «Xingú»; *Allá lejos y tiempo atrás*; *Ana de las Tejas Verdes*; «Pensamientos campestres»; *El jardín secreto*, y *La hilandera y los monjes*

© 2019, Andreu Jaume Enseñat, por la traducción de los poemas: «Dormir»; «Nubes»; «Guiño, Párpado y Cabezón»; «Las Bacanales»; «Noche»; «Gloire de Dijon», y «Amanda»

© 2019, Itziar Hernández Rodilla, por la traducción de «Canción nocturna del caminante» y *Heidi*

© 2015, Paul Viejo, por la traducción de «Las bellas», cedida por la Editorial Páginas de Espuma

© 2011, Mauro Armiño, por la traducción de «Un retrato», cedida por la Editorial Páginas de Espuma

© 2008, Víctor Gallego, por la traducción de «Tres cuestiones»

© 2016, Luis Maristany, por la traducción del extracto de *Alicia en el País de las Maravillas*

© 1946, Julio Gómez de la Serna, por la traducción de «El gigante egoísta»

© 2019, Miquel Vila Calvo, por las ilustraciones del interior y el *lettering* de la portada

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02383-5

Composición digital: Comptex & Ass., S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Cuentos de buenas noches para adultos estresados

Introducción de Lucy Mangan

El regalo de los Reyes Magos

El ratón

Al este del sol y al oeste de la luna

Canción nocturna del caminante

El gigante egoísta

Un par de medias de seda

La tía y Amabel

Romance de la Luna, Luna

El viento en los sauces (extracto)

Un retrato

Las ventanas de oro

Dormir

Diario de un don nadie (extracto)

La extracción de la espada

El cansancio de Rosabel

Nubes

Las bellas

Alicia en el País de las Maravillas (extracto)

El rayo de luna

La leyenda de O'Donoghue

Guiño, Párpado y Cabezón

Xingú

Heidi (extracto)

De «Las Bacanales»

Tres cuestiones

Allá lejos y tiempo atrás (extracto)

Ana de las Tejas Verdes (extracto)

Noche

«Pensamientos campestres», de La vida de los campos

Gloire de Dijon

El jardín secreto (extracto)

La hilandera y los monjes (extracto)

De «Amanda»

Índice de autores

Sobre este libro

Créditos